

La Confesión de Ferradini

Andrea Cristina Pérez Briones



LA CONFESIÓN DE FERRADINI

*No toda confesión es por
arrepentimiento...*

Andrea Cristina Pérez Briones

Capítulo 1

CAPITULO 1

Natalia fumaba su último cigarrillo en el balcón de su consultorio. Su mirada perdida, estaba enfocada hacia la calle, por donde los carros transitaban con la fluidez usual. En su mente giraban todos los acontecimientos que se venían suscitando desde hace unos días atrás y que la tenían al borde del colapso.

Su hombro apoyado a la pared y su cabeza ligeramente inclinada, perdida entre sus pensamientos. Le resultaba fastidioso escuchar los coches sonar su bocina con fuerza alterando sus nervios al máximo, dejando notar un pequeño temblor en su mano derecha al llevarse el cigarrillo a sus labios para succionar el humo que aparentemente, trataba de tranquilizarla.

Entonces, como en una película que debe ser retrocedida para mirar el inicio, se vio recordando su vida, para llegar a entender cómo empezó toda su angustia, la que ahora nuevamente la mantenía en un estado patético.

Llevaba tan solo 6 años de ejercer su profesión, había estudiado en las mejores Universidades de Italia y España, la Psicología Clínica era su pasión, por lo que le dedicaba tiempo y entrega completa.

Su vida no fue siempre tan perfecta como pretendía que fuera, también ella estuvo como paciente alguna vez, mas no por tratarse de una joven "incomprendida" sino más bien por problemas graves que necesitaban de intervención. La terapia fue la fuerza que le ayudó a superar acontecimientos que la perturbaron hasta llegar al borde de una depresión y la inclinó aún más a su profesión.

Vivía sola en un pequeño departamento en el centro de la ciudad de Roma y a sus 30 años había logrado tener un gran reconocimiento por su seriedad, profesionalismo y dedicación a sus pacientes, quienes con el tiempo se iban incrementando más y más; pacientes ahogados en sufrimientos, ya sean banales o trascendentales, eran importantes para ella.

Una mañana de septiembre, como todos los días, Natalia salió de su departamento hacia su consultorio ubicado a pocas cuerdas de su morada. A pocos metros antes de llegar, se percató que había un hombre arrimado a la pared junto a la puerta del edificio donde se ubicaba su consultorio.

Éste era un hombre que no podía pasar desapercibido, tanto por su apariencia tan elegante como por su mirada penetrante y seductora que

se fijó en Natalia mientras ella se aproximaba a su destino.

Él, fumaba un cigarrillo recién encendido y al verla llegar, se incorporó y la continuó mirando hasta que ella abrió la puerta.

—Busco a la Dra. Natalia Córdova —dijo el hombre con una sutil sonrisa en su rostro y una voz suave y perfectamente modulada—. He llamado al timbre pero al parecer es muy temprano aún.

—Soy yo, buen día, puede pasar y seguirme por favor.

Subieron hasta el segundo piso del edificio e ingresaron al consultorio. Antes de ella poder preguntar cualquier cosa, el hombre se adelantó a responder lo que Natalia tenía en mente preguntar.

—He venido sin previa cita —dijo él sonriendo coquetamente—, mi mente está un poco confundida, antes no lo quería aceptar y me negaba a venir... y ahora, heme aquí.

—No te preocupes, eres el primer paciente de hoy, así que dime ¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Davide Ferradini, un placer —extendió su mano para estrecharla firmemente con la de Natalia.

"Un hombre seguro" —pensó ella.

Natalia estaba impresionada ante tal hombre, Davide era alguien muy educado, sus ojos azules penetrantes la miraban con fuerza, su cabello negro como el de un azabache parecían tener tonalidades azuladas y su sonrisa encantaba a quien la mirara. Su contextura era la de un hombre atlético, alto y corpulento... definitivamente un hombre sorprendente a primera vista, sin embargo no era el primer hombre apuesto al que Natalia trataría, para ella no había género a partir del momento en que entraba a su consultorio, así que empezó con la sesión que no podría imaginar, sería el inicio de su calvario.

Siguió el procedimiento de siempre, lo invitó a recostarse en su diván mientras ella a su lado escuchaba todo lo que él quisiera decir.

—No sé muy bien cómo funciona todo esto —dijo él meneándose en el diván, sin encontrar la comodidad—, sé que debo hablar todo lo que siento y por qué he venido hoy...

—Puedes empezar por donde gustes.

—Bien, he venido, no porque esté enfermo de la mente, estoy sano en realidad, pero me gusta hablar con gente que sabe guardar secretos y que

sobre todo, sabe de lo que estoy hablando... ¡Ah! Y que sabe escuchar, por supuesto.

Antes de continuar Davide se volteó hacia Natalia y con una mirada que causaba cierto escalofrío prosiguió, ahora mirándola fijamente a los ojos.

—¿Puedo decir todo lo que quiera sin tapujos? Quiero decir que ustedes los Psicólogos no pueden contar sobre lo que se dice en sus sesiones ¿cierto?

—Así es Davide, todo lo que digas, aquí se quedará.

—Muy bien, entonces... —dijo volviendo a su postura anterior, seguido de un incómodo silencio.

—... Davide, has dicho que estás sano —prosiguió Natalia tratando de romper el hielo—, no cabe duda de que lo estés, pero dime ¿Qué tipo de confusión es la que tienes?

—Exactamente se trata de un problema, pero no es MI problema en realidad, es el problema de toda esa gente loca que esta allá afuera, no saben nada y si hablara con ellos se escandalizarían y entonces todos dirían que el loco soy yo —respondió Davide incorporándose para sentarse en el diván.

—Bien, entonces dime los problemas que no tienes, pero que los demás creen que tienes si hablaras con ellos.

—Voy a contarte sobre ellos, seguro que lo haré... pero primero me gustaría que investigues un poco sobre unos hechos que han acontecido desde hace unos meses atrás, es sobre unos asesinatos y desapariciones de niños. Tal vez no hayas escuchado al respecto, pues la policía tiene mucha precaución sobre eso hasta el momento. Me gustaría que sepas de lo que hablaremos antes de empezar y yo volveré el lunes para así, poder contarte sobre esos problemas.

—Has venido hasta aquí ¿No prefieres hablarme tú sobre ello?

—No doctora, ahora no tengo tiempo, te pido que investigues en la prensa para que estés al tanto y así puedas ayudarme de mejor manera ¿lo harás por mí? —preguntó con una media sonrisa, mientras acomodaba su gabardina.

—Está bien —respondió ella, cerrando su libreta y dando por finalizada la sesión— lo haré, trataré de estar lo mayormente informada al respecto.

Davide se acercó hacia Natalia y con un inesperado beso en su mejilla, se

despidió y salió del consultorio, situación que la hizo sonrojar.

Al igual que todos los casos que ella escuchaba, no debía tomar muy enserio ciertas cosas, ni dejarse impresionar demasiado.

Aquel día transcurrió normalmente, al regresar a su casa Natalia estaba dispuesta a cumplir con lo prometido, además de hacer su trabajo no podía ocultar para sí misma la enorme curiosidad que le había provocado ese hombre aquella mañana.

Cómoda en su ropa de dormir inició su trabajo, buscó en los periódicos de los últimos meses, noticias relacionadas con los asesinatos de los que habló Davide y así encontró un artículo que hablaba sobre el hallazgo de dos cuerpos de niños asesinados a sangre fría; coincidía la forma en que los habían asesinado a los dos. Evitó leer en detalle, le producía repudio las noticias de tal magnitud.

Al igual que ese artículo encontró otro en el que hablaban sobre el cadáver de una niña, la cual había sido asesinada de la misma manera que los otros dos niños.

"Puede Tratarde de un Asesino en Serie" decía el encabezado del último artículo encontrado, sin embargo las declaraciones de los policías a cargo de la investigación, negaban dicha afirmación y en cambio, trataban de calmar los nervios de la gente afirmando que los patrones de los asesinatos, en el fondo de la investigación, no empataban.

Natalia interrumpió la lectura para pensar un poco.

"¡Claro, es un periodista!" —concluyó para sí misma y se sintió emocionada por su apresurada y tan brillante deducción.

Ella había tratado a muchos periodistas en el pasado, no le sería difícil tratar a uno nuevamente y menos a éste que le producía tal curiosidad.

Sin más que investigar, decidió descansar. Dejando todo el desorden detrás de sí, se recostó sobre su cama en la oscuridad de su habitación.

Pequeñas gotas empezaban a caer sobre su ventana, el cielo de Roma se encendía con rayos lejanos, que cual flashes de cámaras iluminaban su habitación repentinamente, dejando en ella ese sentimiento de soledad que cada noche la agobiaba y marcaban los recuerdos de los momentos más difíciles de su vida. Dando un poco de vueltas en su cama, concilió el sueño luego de unos minutos.

Era verano y la luz del sol reflejaba delicadamente en su rostro; conducía un mini cooper y junto a ella, su madre sonreía con suma felicidad mientras conversaban amablemente. Por el retrovisor veía a su novio en el asiento trasero, quien escuchaba y reía con ellas también. Su madre zafó su cinturón de seguridad y mientras no dejaba de reír, se retiraba su ligera chaqueta.

Natalia sentía el calor subir por sus mejillas y la brisa refrescante que ingresaba por su ventanilla abierta, moviendo sus cabellos delicadamente, jugando con ellos a su voluntad.

Volteó a ver a su novio, mientras jugaba con él sin descuidar el camino. En un instante tan corto que se hacía imposible describir, un golpe la despertó.

Sobresaltada se incorporó en su cama, el sudor resbalaba por su frente y agitada pasaba su mano por las sábanas, tratando de despertar bien y ubicarse en la realidad.

"Fue sólo un sueño" —se dijo a sí misma.

Bebió el agua que estaba sobre su cómoda e intentó conciliar el sueño nuevamente, lográndolo sólo cerca del amanecer.

La calle por la que transitaba usualmente mucha gente estaba vacía, era domingo y aquella tarde el cielo anunciaba con sobriedad que la lluvia se aproximaba.

Frente a la puerta de una Iglesia de mediano tamaño, estaba de pie Davide Ferradini, sonriendo con triunfante gozo. Decidió entrar cuando las últimas personas salían y en una de las bancas frente al altar, se sentó por unos minutos.

El párroco de la Iglesia, el padre Francesco, ingresó por el altar y se dirigió hacia el confesionario para atender a quienes desearan confesarse o simplemente desahogarse por las penas que necesitaran cura de Dios.

Pese a la Iglesia estar con únicamente una persona en ella, él no dejaba de hacer su habitual rutina que consistía en sentarse a esperar en el confesionario.

No siempre llegaba gente a confesarse pero el Padre Francesco estaba a las órdenes de Dios y dejar de hacer su rutina implicaba para él, fallar a sus feligreses y por ende, fallar al Señor.

Davide se acercó, sin prisa alguna, manteniendo su usual sonrisa y percatándose nuevamente, de ser el único en la Iglesia.

—Padre, he venido a confesarme —dijo él al ingresar al confesionario.

—Dime tus pecados hijo.

—Mis pecados son simplemente parte de un acto que le atribuyo al hombre, he cedido a los instintos que cualquier persona puede tener. No creo que haya maldad en eso. Pero he venido sobre todo a contarle sobre mis grandes hazañas, guardando el secreto que ustedes los Curas deben guardar en cada confesión ¿no es así padre? —preguntó Davide dando un pequeño golpe en la malla que separaba al Padre Francesco de su confesor, haciendo alterar un poco al párroco.

—Claro que sí hijo, no hace falta que llames mi atención golpeando, te escucho.

Davide tomó aire como quien fuera a ingresar al agua por muchos minutos y comenzó con su confesión.

—Yo Padre, cuando era un niño, una noche escuché una voz susurrando a mi oído dulcemente: "soy tu ángel, ve y mata a tu padre para que podamos jugar". Al principio, como cualquier niño, me asusté mucho y acudí a mi padre para contárselo, pero él estaba demasiado ebrio y ocupado llevando mujeres a la casa como para prestarme atención. Al no tener a quien acudir, pues mi madre me abandonó siendo un bebé, decidí olvidarlo, sin embargo la siguiente semana la volví a escuchar Padre, y con esa voz tan maternal, como la de una dulce mujer, repitió su frase: "soy tu ángel, ve y mata a tu padre para que podamos jugar"; esa ocasión ya no me asusté y simplemente me dormí escuchando una y otra vez sus dulces palabras. Así transcurrió mucho tiempo en el que sólo podía escuchar su voz, cada noche o cada vez que veía el cuerpo viejo y deteriorado de un hombre joven pero acabado por el alcohol y por su sucia conciencia al maltratar a su único hijo. Una noche decidí que quería jugar en paz con mi ángel, agarré el cuchillo de la cocina y cuando mi padre dormía, se lo introduje en la garganta mientras la dulce voz maternal de mi ángel susurraba a mi oído y reía conmigo. Posteriormente vino la decepción de no conseguir jugar con ella, estuve muchos años en terapias y bajo custodias, ya sabe, en un hospital psiquiátrico para ser más exacto. Un día desperté con 15 años sobre mí y después de haber estado tantos años en terapias con distintos psicólogos y Psiquiatras, descubrí lo que ellos tanto querían escuchar; así fue como memoricé la Biblia, estudié arduamente, dije amar a Dios y a mis semejantes, memoricé todas esas pruebas inútiles que me tomaban y así respondí de acuerdo a lo que ellos querían que respondiera, fingí un completo olvido a lo que en mi niñez había sucedido... De esta manera, a mis 18 años me dieron de alta, mi estado mental era normal... siempre lo fue, desde que

maté a mi borracho padre siendo un niño de apenas 8 años, él no haría falta a nadie, en realidad era un estorbo para la humanidad. Ahora padre, le contaré lo que sigue, esto es arte: La voz que había escuchado de niño se transformó en la voz sutil de mi propia conciencia que continúa hablando para mí, por ello me dieron ganas de matarlos Padre, simplemente cedí a mis impulsos naturales —Davide hizo una pausa esperando respuesta del atónito Párroco

—¿Has... has ma... matado... a quién hijo? —preguntó tartamudeando del terror el Padre Francesco.

—A esos angelitos —dijo Davide emitiendo una suave carcajada—, esos angelitos que no dejan de pedir, gritar, jugar y succionar la energía de quienes los rodean, esos angelitos que de niño eran igual a mí y sin embargo no jugaron conmigo después de matar a mi padre. Lo hice y a cambio me enviaron a terapias aburridas. Son muchos Padre, son muchos ángeles y usted lo sabe. En fin, puede ser que en realidad imagino aquella voz, pero entonces da igual, yo simplemente cedo a mis deseos, tal vez en mi anterior vida fui un cazador o un guerrero —concluyó diciendo con absoluta naturalidad y con un hondo suspiro que heló los huesos del Padre Francesco.

El Párroco no tenía palabras después de escuchar tan tétrica historia, en realidad lo que más lo asustaba, era la manera tan tranquila con la que él la narraba.

—Pero... pero hijo... ¿has venido a arrepentirte por tus pecados?
—preguntó el Padre tratando de salir del asombro.

—Ja ja ja ja.... ¿arrepentirme?, ¿de qué Padre? —refutó Davide entre carcajadas que resonaron por todo el templo.

—Hijo, esta es la casa de Dios y donde ahora estás sentado es un confesionario ¡¡si has venido a confesarte, es porque buscas el perdón de Dios por tus aterradores actos!!

—No Padre, no siento culpa alguna —encendió Davide un cigarrillo que sacó de sus bolsillos—. La muerte no es más que un estado, así como el agua se puede transformar en estado gaseoso y esfumarse hacia el cielo... es algo natural, no hay de qué espantarse. ¿O acaso ustedes los creyentes no suelen decir que todo es bajo la voluntad de Dios? Entonces, la voluntad de Él ha sido que yo nazca para que algunos puedan morir... y ahora Padre, mi pregunta es: ¿usted está dispuesto a ayudar a esos niños? ¿Está dispuesto a ser un héroe?

El Padre Francesco sintió gran enojo y repudio ante ese hombre que se creía en la libertad de matar a voluntad y después de ello, tener el descaro de pisar la casa de Dios y faltar al respeto de todos encendiendo

un cigarrillo como si estuviera en algún bar cualquiera.

—Te voy a pedir que salgas de aquí por favor, éste no es lugar para un hombre como tú—. Le dijo el párroco poniéndose de pie.

—¿Usted cree que yo me iré? —preguntó Davide con un tono algo amenazante—, se equivoca, no lo haré, terminaré mi confesión y usted que tiene un alma caritativa tratará de salvar a los "pobres" niños que aún viven, pero que han desaparecido... ¡Sí!, ¡Gracias a mí!

Curioso y sintiendo lástima hacia un hombre aparentemente normal, pero totalmente fuera de sí; el Padre Francesco decidió quedarse y así tomó asiento nuevamente.

—Me gusta su actitud Padre, ahora le confesaré por qué he venido a contarle todo esto —dio una bocanada de humo a su cigarrillo—. La razón es simple, puedo parecer egoísta a veces cuando mato simplemente por matar y ceder a mis impulsos, pero le demostraré que no soy así, pues le diré que a uno de los angelitos que he raptado, un niño muy gritón y exasperante, está amarrado en una pequeña cueva junto al río en el parque Turona, llegando a la Zanja de Arlene a 20 metros río abajo. Ahora Padre, es su decisión. Si lo deja, él muere porque recién ahora he recordado que aún está ahí, no quiero que muera simplemente de inanición, quiero que muera por mi obra, no lo capturé en vano, mañana por la tarde iré a verlo... Espero que su decisión sea la adecuada y si llego y veo que ya ha muerto por su descuido, no importa, aún tengo más niños que matar —concluyó Davide, sabiendo que el secreto de confesión era sagrado, especialmente para el Padre Francesco, él lo conocía más de lo que el cura podía imaginar.

—No hijo, lo que tú haces es destruir tu vida y no la de los demás, piénsalo, porque Dios nos hizo semejantes, somos hermanos de espíritu, no dejamos de ser una sola especie: El Hombre —dijo el Padre intentando de alguna manera detener lo que Davide estaba haciendo.

—¡Sí padre! Usted lo ha dicho, somos una especie: El Hombre, y somos una especie animal; por ello debemos responder a nuestros más bajos instintos. Yo no soy hipócrita Padre, por eso hago lo que mis deseos dictan, no me escudo en la moral y en los valores, simplemente soy libre...

Diciendo esto, Davide se levantó brevemente y salió del confesionario, para después de unos segundos volver y pedir su penitencia.

—No daré penitencia a quien no está arrepentido de sus más horrorosos pecados —respondió el Párroco estrechando fuertemente sus dientes y su

puño para no perder el control.

—Está bien... por mi parte rezaré dos padres nuestros y una ave María, para no perder la costumbre...

Con garbo y tranquilidad, volvió a salir del confesionario hacia las bancas, donde se puso de rodillas y permaneció con sus ojos cerrados durante un minuto; se puso de pie y sonriendo hacia el confesionario, de donde aún no salía el Padre Francesco, dio media vuelta y salió de la Iglesia, tan campante como cualquier persona.

El Padre Francesco por su parte estaba angustiado, sabía dónde había un niño todavía con vida, ¿Qué debía hacer?

"Llamaré a la Policía" —pensó, pero entonces ¿qué les diría?, ¿cómo justificaría el hallazgo del niño?.

"Debo ir a buscarlo" —volvió a pensar—, "pero será muy peligroso" —debatía para sí mismo.

Por último, después de permanecer sentado en el confesionario por casi una hora más, tomó una decisión: Lo buscaría y del peligro que lo protegiera Dios.

Después de salir de la Iglesia, Davide Ferradini estaba caminando por la calle, bajo una tenue llovizna, en su rostro se dibujaba una sonrisa de satisfacción por estar poniendo en marcha sus planes.

Sus pensamientos transcurrían con gran rapidez, el almacenamiento de información en su cerebro era inmenso y donde fijaba la mirada, había un entendimiento completo al respecto.

Y es que Davide Ferradini era un hombre con un coeficiente intelectual superior al normal, su cerebro era una enciclopedia que no dejaba de arrojar resultados para cada cosa que sus ojos veían, sin embargo este hombre carecía de sentimientos, al único ser que amaba profundamente era a sí mismo y todo ese afán que tenía de visitar a Natalia la Psicóloga y Francesco el Párroco, era simplemente el resultado de su aburrimiento; sentía deseos de jugar con ellos, había escogido a esas dos personas para empezar un juego en el que él se divertiría viendo su sufrimiento. Natalia y Francesco se caracterizaban por algo muy simple: cualquier cosa que dijera dentro de la iglesia o del consultorio no podía ser revelado, los dos estaban guardados bajo el secreto de confesión, además de estar sumamente apegados a su vocación.

Él no había escogido al azar a estas dos personas, las conocía y sabía que el nivel de devoción y de profesionalismo de Francesco y Natalia, era superior al de cualquiera, así que su secreto, sabía que ya estaba bien

guardado.

Su plan era perfecto y en pocos días su aburrimiento desaparecería. Natalia podía extender un diagnóstico lo suficientemente bueno como para encerrarlo en un hospital psiquiátrico, pero la Psiquiatría era una de las especialidades de Davide; podía engañar a cualquier doctor y convencerlo de su estabilidad mental con un mínimo esfuerzo.

Él, sufría por una sola razón y no era por su soledad o su locura, sino por su insomnio. Davide no sabía desde su adolescencia lo que significaba tener una noche completa de sueño, su mente era demasiado dinámica por lo que le bastaba una o dos horas para dormir, pese a querer hacerlo más, no lo lograba. Ocupaba sus horas sin sueño en vigilar a sus víctimas, ya sean las que serían secuestradas, así como las que estaban dentro de su juego psicológico.

Esta vez decidió ir a vigilar a la bella Natalia. Era temprano y el sol aún no se escondía por entre el horizonte, así que tendría tiempo de sobra antes de que el Párroco emprendiera su viaje (si es que lo hacía) hacia el bosque a buscar al niño del que le habló.

Frente al departamento de Natalia había una Hotel; por fuera, las paredes que algún día lucieron blancas, ahora eran negras y cuarteadas por la humedad, sumado a la falta de cuidado. Se podían todavía distinguir las letras dibujadas en la pared con rojo y negro, pese a la nube negra de moho y polvo que le cubría.

Davide se dirigió como siempre hasta una reja de hierro ubicada en la entrada del Hotel, ésta estaba cerrada con una cadena gruesa que terminaba con un candado enorme y pesado. Con las llaves que Davide había conseguido robándolas del guardia, quien ebrio se dormía en su caseta todos las noches; entró al lugar donde pasaba su tiempo, en una habitación que estaba en el piso superior donde se encontraba una de las tantas bodegas llenas. Aquel cuarto olvidado y gigantesco estaba ocupado de cartones y maquinarias pequeñas, henchido de polvo y era oscuro, perfecta guarida para un lunático.

La habitación, tenía una única ventana, pequeña y redonda en el centro de la pared; frente a ésta un sofá viejo y de un solo puesto en el que Davide descansaba.

La ventana daba con la vista que aquel hombre deseaba tanto: el departamento de Natalia. Desde allí él la vigilaba y cuando ella salía, él también lo hacía tras de ella, estudiando sus pasos.

Lo mismo había hecho con el Padre Francesco, sabía todo lo que necesitaba sobre los dos, además de contar con formas mucho más

eficaces para conocer el pasado y presente de cada uno de ellos.

En tanto Natalia, al otro lado del edificio, no imaginaba que era observada desde hacía tanto tiempo, segura de que Davide Ferradini era simplemente un periodista o un policía que deseaba desahogar los horrores de su profesión; se alistaba para dormir aquella noche de domingo, se preparaba para volver a verlo después de dos días de espera para al fin, poder saber a qué se dedicaba ese hombre tan apuesto y misterioso.

Mientras tanto el Padre Francesco había emprendido camino en su pequeño y viejo automóvil hacia el Bosque, a las afueras de la ciudad. La noche era fría y el cielo estaba despejado, dejando ver la luna con su resplandor iluminándolo todo.

Cuando el Padre Francesco llegó a su destino, bajó de su vehículo con la linterna en sus manos; nervioso y temeroso caminó recordando lo indicado por Davide, desde el sendero que terminaba en el río.

Inquieto, encontró la pequeña cueva que se llenaba de agua por la subida de corriente que la lluvia del día anterior había causado. Era un hueco muy pequeño pero se las arregló y entró a gatas; mojándose las rodillas e iluminando con su linterna en mano, distinguió un costal lleno y grande.

El Párroco apresurado, con miedo de que aquel hombre volviera en cualquier momento, jaló el costal pesado hasta donde él estaba y lo abrió, llevándose una desagradable sorpresa al encontrar a un niño pequeño dentro de éste. Lo sacó del costal, lo tomó en sus brazos y lo llevó hasta la orilla del río y entre unos matos, lo recostó.

Sobresaltado por la impresión, trataba de controlarse y actuar con astucia, así que primero, con sus temblorosas manos, tomó el pulso del niño para confirmar que estaba aún con vida, pese al color amoratado de su rostro, pero con el frío de la noche y lo mojado que estaba, podría sufrir de una hipotermia en cualquier momento.

Inmediatamente lo subió en su automóvil para llevarlo hasta un hospital, mas no podría dejarlo personalmente, pues no conseguiría explicar su hallazgo.

Condujo presuroso hasta el hospital más cercano, en dónde lo dejó en la entrada de emergencias envuelto en una chaqueta caliente que llevaba consigo, para que enfermeras y doctores lo atendieran, ellos se encargarían de ayudarlo ahora que estaba a salvo.

El Padre Francesco estaba tan aterrorizado, que de vuelta a la iglesia; mojado, sucio y con la mirada perdida, se encerró en su habitación y de rodillas se echó a llorar mientras rezaba y rogaba a Dios por la protección

de los demás niños y por el perdón de Davide, ya que él mismo no estaba consiguiendo perdonar al desgraciado.

Todos los derechos reservados en el Instituto Ecuatoriano de Propiedad Intelectual.

ACPB

Capítulo 2

CAPITULO 2

Nuevamente conducía Natalia su automóvil con la ventanilla abierta, el calor en sus mejillas y la brisa rosando sus cabellos; la sonrisa de su madre iluminaba más que el mismo sol y la mirada cómplice de su novio, reflejada en el retrovisor, la hacían sonreír con más afán. Jugaba con él con su mano libre del volante y en un segundo, el golpe que debía despertarla, esta vez no lo hizo; como en aquellos segundos que duran horas, su madre dejó de sonreír y dos cuerpos se despidieron por el parabrisas mientras ella sentía un intenso dolor en su cabeza.

Empapada en llanto abrió sus ojos asustada. Se sentó al filo de la cama, buscó entre sus cajones unas pastillas que las tomó con un poco de agua.

Esperó unos segundos viendo el reloj de su velador, esperando a su usual sonido abrumador para detenerlo antes de que alterase sus nervios más de lo que el sueño había conseguido hacerlo.

Como cada mañana siguió su rutina diaria y se dirigió hasta su consultorio, llegó puntual como de costumbre y su secretaria aún no llegaba; se dirigió hasta su despacho, en donde se dispuso a encender un cigarrillo, pero entonces escuchó unos pasos acercándose hasta la puerta y alguien tocó delicadamente; sin esperar respuesta la puerta se abrió ante la atención de Natalia. Era Davide Ferradini quien entraba saludándola cordialmente.

—Buen Día Natalia, espero no interrumpir.

—De ninguna manera Davide, pasa que ahora te atiendo —respondió con una peculiar sonrisa, guardando el cigarrillo para después.

Davide entró y se recostó en el diván, se lo notaba muy cómodo y tranquilo

—¿Investigaste sobre lo que te pedí? —preguntó él, antes de empezar.

—Sí, lo he hecho —respondió ella ingenuamente.

—Muy bien, entonces empezaré por contarte sobre mí.

Davide empezó a hablar, le contó exactamente la misma historia que le contó al Padre Francesco, no titubeo ni paró un segundo y lo hizo con aquella naturalidad que helaba los huesos de quien la oyera y Natalia no fue la excepción. Siempre estuvo expuesta a historias difíciles de creer, sus pacientes llegaban a ser personas con muy malos hábitos en

ocasiones, pero éste era un hombre con alma retorcida, sádica y lo que más le aterraba era la falta de culpa en su ser, ya sea por estar mintiendo o de ser verdad, por la falta de conciencia que demostraba.

Cuando Davide terminó su historia volteó a ver a Natalia, quien estaba algo asustada ante la presencia de un posible asesino o mitómano; aquella confesión la impresionó, pese a que una parte de ella le advertía de que todo podría ser mentira.

—Bien Natalia, te noto un poco impactada —dijo él mostrando su peculiar sonrisa—, no esperaré respuestas por ahora, así que continuaré con algo mucho mejor aún... te diré dónde tengo a una niña, muy bonita, tanto como tú. Me molestaba mucho una belleza en un cuerpo tan pequeño, pero he decidido darle la oportunidad de que una mujer tan astuta como tú, la salve de la muerte.

Esperó unos segundos por una respuesta que no consiguió; ella no lograba reaccionar.

—La pequeña está en aquella casa abandonada, esa casa que está camino al bosque de la ruta 14, justo en el monte que se divisa desde la carretera, la única casa en medio de los árboles. Ahora, si tú la salvas será tu vida, tú sabrás que hacer con la niña, de lo contrario será mía, entonces tendré el gusto de matarla.

—¿Por qué habrías de hacerlo Davide? —preguntó Natalia recobrando el aliento.

—Me gusta hacerlo, simplemente disfruto dejando que mi instinto asesino sea libre.

—Si tanto gozas haciéndolo ¿Por qué no la has matado aún?

—Porque también gozo de la intriga, yo la secuestro y los demás la buscan desesperadamente...

—¿Qué te hace pensar que yo iré a salvarla?

—Eso no importa, si tú la salvas bien por ti, habrás hecho tu buena acción del día o tal vez del año; mientras que en caso de no hacerlo, yo la mataré o la dejaré sola hasta que muera de inanición. Está en tus manos Natalia.

“¿Y si estoy frente al caso de un psicópata?” —pensó analizando sus opciones. En ese caso cabía perfectamente esa posición que demostraba carencia de conciencia y un alto grado de egoísmo.

Ella había estudiado los rasgos de un psicópata en su carrera aunque nunca tuvo la oportunidad de tratar a uno directamente, sólo había estado cerca de algunos durante sus prácticas en la universidad, como ayudante de psiquiatría. Le costaba anticiparse a una respuesta.

Parecía a su vez, estar frente a un hombre desesperado por llamar la atención, sin embargo Davide no parecía estar mintiendo; su actitud, sus gestos y todo lo que salía de su boca era con seguridad absoluta.

—¿Has venido a contarme todo esto con el fin de que yo salve a esa niña que tú raptaste para matar? —preguntó Natalia recobrando algo de seguridad —¿Qué te hace pensar que yo no diré nada al respecto en caso de que exista tal niña?

Davide, percatándose de que Natalia podría resultar una amenaza a sus intenciones, sonrió; se puso de pie y dirigió sus palabras hacia ella con un tono amenazador y un tanto sarcástico.

—Te he dicho, puedes salvarla, así como no, depende de ti, sabes mi nombre y mi posición y yo sé todo de ti... Así es doctora, sé que eres española y tienes poca familia aún en España, pese a ello los quieres ¿verdad? Y yo conozco muy bien Barcelona porque también viví allí un tiempo, conozco la plaza por donde pasean tus sobrinas, Carla y Sabrina, son un encanto, especialmente Carla, quien siempre sonríe con ternura.

Los grandes ojos de Natalia se abrieron asombrados, trataba de controlar la zozobra que le había causado lo que él conocía de ella.

—Las amenazas son de cobardes —dijo apretujando su puño, sintiendo el sudor en la palma de sus manos—, o de personas que no tienen otra salida y en este caso, tú estás acorralado ¿no es así? Me has contado algo y supones que yo no haré nada al respecto.

—Tú sabrás Doctora, pero ¿por qué arriesgarse tanto? ¿Acaso todos estos años como Psicóloga no te han servido para identificar a los que sólo hablan de los que actúan? ¿O tanta terapia para tu depresión te bloqueo en algunos detalles? No voy a perder más tiempo, todo está en tus lindas manos, debo marcharme —dijo Davide depositando unos billetes sobre el escritorio de Natalia y saliendo del consultorio—. Nos vemos la próxima cita Doctora...

Pensativa y confundida después de las amenazas y todo el pavor que sintió en aquella sesión, Natalia abrió la ventana de su consultorio y encendió su cigarrillo con algo de dificultad pues le temblaban las manos. Cada bocanada de humo le tranquilizaba en un grado mínimo, la ansiedad que sentía al saber que un hombre la había vigilado desde algún tiempo sin que ella lo supiera, la inquietaba, y le resultaba peor aún que el individuo había estado minutos antes en su consultorio y ella no conseguía

juntar todas las piezas necesarias para saber con quién estaba tratando.

Repentinamente de un salto, por el susto que le causo su secretaria y amiga Lorena al entrar al consultorio, volteó.

—Disculpa, no quise asustarte —dijo la ella, encontrando cómico el salto dado por su amiga.

—Descuida Lorena, no te preocupes... mejor dime ¿Tengo citas en la mañana?

—Sí, pero primero cuéntame ¿qué tal la cita con ese apuesto hombre que salió de aquí hace poco? me lo topé en las escaleras y tenía una linda sonrisa... imagino que debe ser algún hombre interesante y que su única razón para consultar a una Psicóloga es porque su novia lo ha dejado —expresó Lorena con gran interés.

—No, ya te he dicho que no todo lo que brilla es oro... Me siento mal y creo que no me quedará todo el día aquí.

—Tienes agenda llena todo el día, no creo que te quede tiempo, pero si te sientes mal puedo llamar y decirles que vengán mañana y...

Natalia no dejaba de pensar en aquella posible niña raptada y pese a que Lorena estaba parada frente a ella hablando, ella parecía haber quedado sorda.

—Natalia... ¿Natalia?... ¡Natalia!

—Disculpa —respondió ella volviendo en sí y tomando sus cosas—. No me encuentro bien, iré a mi casa y por favor llama a todos mis pacientes, diles que los atenderé mañana.

—Está bien... espero que te mejores, aunque tu distracción parece que tiene relación con aquel hombre apuesto que salió de aquí ¿eh? —dijo Lorena sonriendo, viendo extrañada cómo su amiga sin tan solo despedirse, salía presurosa de su consultorio.

“¿Habría tal niña?” —Se preguntaba mientras caminaba a casa.

“¿Y si es mentira?” —Dijo en voz tenue hablando sola para sí misma.

“¿Y si es verdad?” —Se contradecía al mismo tiempo.

Todo señalaba a que aquel hombre no podía haber mentido, conocía muchas cosas de ella con las que la había amenazado.

Llegó a su departamento, cerró las cortinas y se sentó en el sofá a pensar un momento. Si era verdad que había tal niña sería muy peligroso ir sola... o sí, tal vez podría tratarse de algún tipo de broma pesada.

Sin más, tomó la decisión de ir hasta aquel lugar del que Davide le había hablado, no era muy difícil llegar hasta allá y estaba a solamente una hora de camino; no lo pensó más, sacó su auto del garaje y emprendió camino hacia aquella casa abandonada en medio del bosque.

Mientras conducía, su mente daba mil explicaciones sobre Davide, había escuchado voces en su cabeza de niño antes de matar a su padre a sangre fría y se notaba en él la falta absoluta de culpa. Podría tratarse de un caso de esquizofrenia y él podría ser también un psicópata... aún le faltaba tanto por descubrir de él.

Después de una hora de camino, llegó hasta el lugar que buscaba. Desde la carretera, podía distinguir aquella casa vieja y con ventanas selladas con tablones de madera y manchas por todos lados causadas por el tiempo y el descuido. Era una horrible casa ahora que le prestaba más atención.

Tomó aire profundamente y sin detenerse a pensar más; tomó una linterna de la guantera y dejó su auto, comenzando a caminar por el sendero que daba hasta la mitad del pequeño monte, en donde la fantasmagórica casa la esperaba.

Al llegar, miró su reloj, eran ya las tres de la tarde y el sol empezaba a salir de entre las nubes que habían estado espesas y oscuras cubriéndolo hasta ese momento. El silencio era perturbador, por un momento parecía que lo único que podía escuchar eran sus pasos al caminar por entre las hojas secas que en el piso yacían, crujiendo con cada pisada.

“¡Qué casa tan grande! Me pregunto ¿por qué la abandonarían?” —pensó tratando de distraer su atención del hecho de que estaba tan cerca de entrar al aterrador lugar.

Se acercó más en búsqueda de alguna manera de ingresar a ella, encontrando una puerta de madera vieja y desgastada por las polillas. La topó con recelo, aún no estaba segura de lo que hacía en ese sitio. Percatándose entonces que aquella puerta no tenía ninguna cerradura, lo que la obligaba a entrar y saciar su curiosidad natural.

Adentro, el aire fresco se transformaba en un aire pesado y contaminado por el polvo; el olor a madera mojada y la oscuridad provocada por las ventanas selladas, le daban un toque tétrico al ambiente.

Continuó con pasos muy lentos avanzando hasta donde pudiera usar su linterna. Sintió el miedo recorrer por todo su cuerpo, provocándole

un repentino escalofrío que helaba hasta sus huesos. Encendió la linterna cuando sus ojos no podían ver más allá, divisando unas escaleras que le mostraban un camino un tanto peligroso.

El piso bajo ella era de tablones de madera podridos de tanta humedad, dedujo entonces que las escaleras debían estar en la misma condición; sería difícil avanzar hacia los pisos superiores sin caer.

—Estoy perdiendo mi tiempo y arriesgándome demasiado, creo que no debería estar aquí —se dijo a si misma, nuevamente buscando desesperadamente la manera de desviar su atención del miedo, mientras buscaba alguna otra forma de subir.

Optó por limitarse a preguntar:

—¿Hay alguien aquí?! —exclamó con un tono leve, como si tuviera miedo de despertar a los tantos bichos que debían haber en esa casa vieja.

No recibió respuesta alguna a excepción de su propio eco, así que se volteó y dirigiéndose hacia la puerta pensó que su locura por estar en esa situación la debería preocupar aún más.

Ya en la puerta la abrió tratando de evitar el chirrido desagradable que tenía, cuando escuchó un fuerte golpe que provenía del piso superior. Asustada corrió hacia afuera de la casa, en donde se quedó mirando hacia las ventanas del segundo piso con el pulso acelerado.

—¡Dios mío! ¡¿Qué fue eso?!

Natalia intentaba darse mil respuestas a aquel sonido fuerte: en una casa tan vieja, debían estar cayéndose a pedazos las paredes o tal vez algún animal adentro lo provocaría, y sería más peligroso subir en ese caso.

Sin poder responderse con acierto, decidió que era muy arriesgado, pero debía entrar de cualquier manera o la duda no la dejaría en paz nunca. Entonces sacó su celular de entre los bolsillos de su chaqueta y llamó con apuro a su amiga y secretaria Lorena, a quien le pidió que fuese a verla en aquel lugar urgentemente, las explicaciones se las daría después.

Lorena al saber que debía ser algo importante accedió a tal petición e inmediatamente salió en su encuentro.

Natalia esperaba afuera de la casa con temor, sentada en un tronco, no sabía a qué le temía exactamente, si al estar sola frente a una casa tenebrosa o al saber que podría haber una niña realmente necesitando ayuda mientras ella perdía el tiempo esperando a su amiga.

Después de un poco más de una hora, advirtió a lo lejos el automóvil de su amiga estacionándose y a Lorena empezando la caminata hacia donde ella estaba.

Cuando al fin Lorena llegó la luz estaba empezando a perder brillo en el cielo, pronto les aprehendería la noche, pero la preocupación de Natalia se basaba más en que se estén arriesgando demasiado por algo de lo que ella no estaba segura.

—Me gustaría tener una explicación ¿Qué haces aquí? —preguntó Lorena jadeante, intentando recuperar el aliento después de subir la pequeña colina.

—No hay tiempo para explicártelo, necesito que entres conmigo a la casa, pero debemos hacerlo armadas de algo como los palos que hay en el piso... por si hay algún animal adentro.

—¿iAlgún animal!? ¿Quieres decir que me llamaste para que entremos a cazar algún animal? —preguntó Lorena confundida.

—Claro que no Lorena, tal vez no haya animales más grandes que una cucaracha aquí adentro, pero como no estoy segura de nada, debemos tener cuidado, especialmente porque esta casa se está cayendo en pedazos.

Lorena se limitó a mirar extrañamente a su amiga y siguiendo las indicaciones que le había dado, decidieron entrar.

Esta vez Natalia llevaba la linterna encendida desde la puerta y en la otra mano una rama gruesa, por si tuviera que defenderse. Lorena iba atrás de ella con una piedra grande en su mano y la duda de que tal vez su amiga por fin se había vuelto loca.

Llegaron a las escaleras, Natalia fue la primera en subir, los tablones de cada escalón que estaban podridos le imposibilitaban pisar sobre ellos sin escuchar un rechinido insoportable y algunos se quebraban con tan solo apoyar delicadamente el pie sobre ellos.

Cuando llegaron al segundo piso, Natalia se dio cuenta del estado de nervios en el que se encontraba, la mano con la que sostenía la linterna temblaba y el sudor empezaba a incomodarla.

Lorena en cambio comenzaba a preocuparse del estado en que la casa a la que habían entrado estaba y quería decírselo a Natalia, pero no se atrevía a interrumpir la concentración en la que su amiga se hallaba, no entendía qué buscaba o esperaba escuchar cuando se detenía repentinamente con el dedo índice sobre sus labios indicando silencio, con los ojos bien

abiertos y atenta hacia algún sonido que Lorena desconocía.

Buscaron por todos los cuartos del segundo piso, éstos eran grandes y algunos tenían objetos rotos e inservibles dentro, pero causaban curiosidad por verse tan antiguos y le daban al lugar un tinte más lúgubre del que ya tenía.

—Natalia, no hay nada aquí, vamos antes que oscurezca y no podamos ver bien el camino de regreso a la carretera.

—Si, tienes razón —respondió ella consternada por no haber encontrado nada más que polvo—, creo que me dejé llevar demasiado esta vez, vámonos.

—Pero eso sí, quiero una explicación de todo esto cuando estemos de regreso porque...

Apenas Lorena alzó su voz, la interrumpió el sonido de un golpe fuerte y seco que provenía del techo, haciéndolas espantar.

—¿Qué fue eso? ¡Debemos salir de aquí ahora! —expresó Lorena exaltada.

—No, espera, debo averiguar de dónde salió tal sonido, en vez de asustarte ayúdame a buscar alguna entrada hacia el techo, parece que hay un ático en esta casa y de haberlo puede haber una niña necesitando auxilio.

Lorena quedó aún más aturdida con las palabras de su amiga.

—¿Una niña?... ya basta Natalia, explícame que sucede por favor que me estás asustando más con esta locura.

—No es locura amiga, por favor ayúdame a encontrar lo que te pido y luego te explico, confía en mí...

No tuvo más remedio Lorena que confiar en su amiga y ayudarle a buscar alguna entrada hacia el techo, y después de un largo tiempo mirando hacia arriba centímetro por centímetro, encontraron una pequeña cuerda que colgaba del techo, la agarraron y juntas jalaban fuertemente, saliendo unas escaleras que dirigían hacia un ático.

Sin pensarlo dos veces, Natalia subió rápidamente, quedándose a medio camino, sólo le bastó asomar la cabeza para mirar lo que temía encontrar; quedó estupefacta por unos segundos y sólo reaccionó ante los gritos de apuro que su amiga le daba desde abajo.

Todo era cierto, había una niña acostada, con los ojos vendados, las manos y pies atados y la boca amordazada, parecía haber logrado salir de un costal que cubría parte de sus pies. Subió con prisa para socorrer a quien ella deseaba no encontrar para estar segura de que todo era mentira, sin embargo ahora tenía la verdad frente a ella.

La cargó y frente al gran asombro de su amiga, bajó las escaleras cuidadosamente con una niña en sus brazos.

Con mucho cuidado para no tropezar la llevaron hasta afuera de la casa, en donde Lorena se sentó en el piso y en sus piernas apoyaron a la niña, quien muy suavemente gemía sin fuerzas. La liberaron de sus vendas que le cubrían casi todo el rostro y de las sogas para encontrarse con una niña asustada, llorosa y en muy mal estado.

—¿Ahora vas a explicarme lo que sucede Natalia? —preguntó Lorena muy asustada.

—Te lo explicaré después, ahora llevémosla a un hospital.

La noche había llegado ya, por lo que les fue difícil llegar hasta la carretera, Natalia llevó a la niña en su automóvil y seguida de Lorena se dirigían hacia el hospital más cercano.

Los pensamientos de ella no hallaban lugar exacto, se mezclaban entre sí, le era complicado concentrarse en la carretera y sus lágrimas comenzaban a brotar de sus ojos. Miraba por su retrovisor continuamente a la niña recostada en su asiento trasero.

“¿Cuánto tiempo estaría en aquella casa pasando frío y hambre?”
—pensaba sintiendo lástima.

Ese hombre, Davide, era de verdad un psicópata, no habría otra explicación para ella.

Ahora estaba envuelta en una disyuntiva: ¿Qué haría con ese hombre? Lo más lógico era hablar con la policía, pero no podría decirles mucho, entonces pensó en su segunda opción: extender un análisis completo para demostrar su estado mental, así que llamaría a su amigo psiquiatra, al Dr. Pasquetti para la próxima cita con Davide y llevaría algunos enfermeros para trasladarlo a un Hospital Psiquiátrico mientras se demostrara su culpabilidad. Después de emitido el diagnóstico respectivo, el Dr. Pasquetti le ayudaría a contactar con las autoridades para que también estén ahí en caso de necesitarlo, él ya había pasado por este tipo de situaciones.

—“Davide Ferradini no volverá a cometer ningún delito si está encerrado donde debe estar” —con ello finalizó sus pensamientos al llegar al

hospital, donde presurosa bajó del automóvil, tomó a la niña en brazos y la llevó hacia adentro, mientras Lorena llegaba tras de ella, todavía asustada.

—¡Necesito ayuda para esta niña! —gritó Natalia con desesperación, entrando por la puerta de emergencias.

En ese momento tomaron a la niña y se la llevaron a ser atendida con prisa, sus signos vitales eran sumamente bajos y Natalia temía lo peor.

Ya sin la niña se soltó en llanto en los brazos de su amiga y ésta sin entender nada, prefirió esperar a que se calmara para volver a preguntar sobre el hallazgo de aquella tarde.

ACPB

Capítulo 3

CAPITULO 3

—Señora ¿usted es la madre de la niña? —escuchó entre sueños mientras volteaba a mirar quién se dirigía a ella.

—Eh... no, no soy su madre —respondió despertando en la sala de espera.

—Entonces ¿es algún familiar? —insistió la mujer que la había despertado.

—No... no, tampoco soy familiar.

Aquella mujer no llevaba mandil blanco, por lo que no parecía ser doctora o enfermera. Vestía un elegante y ejecutivo traje negro y después de las respuestas de Natalia, se la notó un tanto confundida.

—Los enfermeros dicen que usted trajo a la niña en brazos, asumo que debe tener alguna relación con ella, ¿O simplemente la encontró?

—preguntó notoriamente impaciente.

—¿Quién es usted?

—Ah... sí, lo siento, no me he presentado, soy la detective de homicidios Ivana Malagoli y usted ha traído a una niña que llevaba desaparecida ya varios días.

Natalia comprendió entonces la actitud de la mujer, pero ella no podía contar con exactitud lo que sucedía, así que decidió contar una verdad a medias, tal vez una mentira que la mantuviera a salvo hasta que todo quedara claro, después de todo Davide la había amenazado y por lo experimentado ese día, no era un tipo con el que jugar.

—Mi nombre es Natalia Córdova y no, no conozco a la niña; la encontramos... —dijo mirando a los lados, percatándose de la ausencia de Lorena —... en una casa antigua que está loma arriba, junto a esta carretera hacia el norte, es aquella casa de la colina.

—¿Íbamos?, ¿quiénes?

—Mi amiga Lorena y yo.

—¿Y dónde está ahora su amiga Lorena?

—Estaba conmigo hasta hace un momento, tal vez fue a buscar café, si es que no fue ya para su casa a calmarse un poco después de tremenda

impresión que nos dimos al encontrar a la niña... por cierto ¿cómo está ella?

—Está bien ahora, su nombre es Emilia y los doctores dicen que pese a la deshidratación, está estable. Pero ese no es el tema en este momento, me gustaría saber ¿qué hacía usted con su amiga en una casa antigua que se está cayendo en pedazos? —continuó preguntando la detective, ahora algo más impaciente que antes.

—Siempre sentí curiosidad por aquella casa, busco una propiedad y decidí ir a revisar qué tan mal estado tenía. Cuando entré me topé con que en efecto, se estaba cayendo en pedazos. Al momento de subir las escaleras, la madera se rompió y mi pie quedó atorado, por más que intenté sacarlo, no conseguí liberarme, así que como estaba sola, llamé a mi amiga para que me auxiliara. Mientras esperaba logré sacarlo, escuché un fuerte golpe en el segundo piso y cuando Lorena llegó, me invadía la curiosidad de saber que sucedía. Le pedí que subiéramos, ahí encontramos un ático y dentro de él estaba la niña... nos sorprendimos de sobremanera.

En medio del relato, Lorena había regresado con dos tazas de café en sus manos, limitándose a escuchar desde el otro lado de la pared, junto a la entrada de la sala de espera. Quedó aún más confundida con aquel relato que sabía, no era cierto.

—¿A qué se dedica usted Natalia? —preguntó Ivana con expresión de escepticismo.

—Soy Doctora en Psicología Clínica y trabajo en mi propio consultorio.

El celular de la detective sonó, interrumpiendo el interrogatorio. Excusándose, salió de la sala a contestar la llamada.

Lorena aprovechó para entrar rápidamente y con cautela.

—¿Dime enseguida qué es lo que sucede? ¿Por qué has mentido?

—preguntó susurrando y sentándose junto a su amiga.

—Te lo contaré después, ahora vete para que la detective no te pregunte nada —susurro ella un tanto nerviosa.

—¿Quién es esa mujer?

—Es una detective, por favor confía en mí y desaparece, que no te encuentre para que no puedas contradecir lo que le he contado.

Lorena miró un tanto desconcertada a su amiga, analizando su mirada suplicante por que desaparezca de ese lugar, dejó las tazas de café sobre

la mesa y salió de la habitación.

Ivanna lo vio todo en el reflejo de la ventana frente a ella, pero cuando volvió la mirada hacia la sala, Natalia estaba sola nuevamente.

—Debo irme ahora —dijo la detective acercándose—, le voy a pedir que no viaje fuera de la ciudad ni del país hasta tener su declaración —sacó una tarjeta de entre sus bolsillos entregándola a Natalia—. Si recuerda algo más, llámeme.

—Lo haré, gracias.

La detective se quedó parada un momento frente a Natalia, esperando.

—Oh, lo siento, no tengo tarjetas conmigo ahora pero si gusta le doy mi número...

—No se moleste, sabré donde encontrarla, gracias por su tiempo —concluyó saliendo apresurada.

Natalia suspiró profundamente. Sintióse un poco más aliviada, tomó el vaso de café que estaba sobre la mesa y lo bebió sorbo a sorbo, esperando el regreso de Lorena, pensando en qué le iba a decir, no podía a ella también mentirle, no después de todo lo que le había hecho pasar, pero tampoco podía contarle todo.

Lorena no tardó mucho en volver y cuando entró en la sala, pidió nuevamente explicaciones.

—Está bien Lorena, te contaré lo que puedo, pero no esperes que conteste todas tus preguntas porque hay cosas que no podré responder.

—Empieza por decirme ¿cómo sabías que había alguien ahí en esa casa?

—Siguiendo la pista que un paciente me ha dado.

—Pero Natalia debiste haberlo dicho a la policía —advirtió Lorena acongojada.

—Y ¿qué les iba a decir de un hombre que no tengo más que su nombre? Además recuerda que soy Psicóloga y lo que se dice en sesión no se puede divulgar sin un previo diagnóstico que justifique su estado mental.

—Sí puedes ¡éste es un caso extremo! además ahora estás segura ¿Por qué le mentiste a la detective?

—Porque encontré a la niña pero no tengo todos los datos del secuestrador, además él me amenazó y después de hoy, sé que puede ser

peligroso de verdad... Pero tengo un plan, ya lo verás.

—Realmente espero que puedas salir de esta como planeas.

—No te preocupes, todo estará bajo control... Ahora que la niña está segura debemos irnos.

La primera hora del día fue contactar al Dr. Pasquetti, y a sabiendas de la hora en la que Davide aparecería en su consultorio, le pidió se presentara junto con dos enfermeros del hospital por si lo necesitaban. Conociendo que el Dr. Pasquetti trabajaba con la policía local, y luego de explicarle un poco la situación, no hizo falta pedirle que acudiese con un policía también.

—Lorena, cancela todas mis citas y vete a casa a descansar, lo necesitas —dijo Natalia al llegar a su consultorio.

Luego de impedir que Lorena se involucrara más, esperó inquieta a que su amigo llegara.

El Dr. Fabio Pasquetti llegó en una furgoneta grande y blanca, las únicas ventanas que tenía eran las del parabrisas delantero y una en cada puerta del pasajero y conductor; dentro de ella estaban dos enfermeros, esperando la llamada para subir cuando los necesitaran.

Juntos, el Dr. Pasquetti y Natalia esperaron mientras conversaban placenteramente sobre asuntos ajenos a sus profesiones.

Escucharon la puerta abrirse con el rechinado usual, apareciendo de entre la sombra que formaba la puerta, Davide Ferradini.

Natalia intentaba con esfuerzo controlar sus nervios.

—Buen día Natalia —dijo esbozando esa sonrisa encantadora.

—Buen día Davide, te estábamos esperando —respondió ella fingiendo tranquilidad.

—Veo que hoy tendremos compañía, espero que sea otro profesional.

—Así es Davide, el Dr. Pasquetti te atenderá el día de hoy, pensé que tal vez necesitabas una ayuda un poco más... apropiada, espero que hoy tengas tiempo suficiente.

—Lo que tú digas, tú eres mi doctora —respondió retirándose la gabardina

para usar el diván.

El Dr. Pasquetti pidió a Natalia que saliera para iniciar con la tan esperada sesión.

Ella se sentó, impaciente en la sala de espera.

Pasaron cuatro horas de agotable expectativa, llevaba más de cinco tazas de café y un cenicero apilado de colillas de cigarrillos. El agotamiento provocado por las pocas horas de sueño de la noche anterior, la venció, quedando sobre el cómodo sofá de su sala de espera, inmersa en un profundo sueño.

Nuevamente escuchó la misma voz que le había despertado en el hospital.

—Dra. Córdova... qué sorpresa.

—Ah... disculpe, parece que cada que nos vemos yo duermo —respondió Natalia aturdida y un tanto avergonzada.

—No se preocupe, entiendo su cansancio después de lo de ayer.

La posición de la Detective Malagoli, era diferente a la del día anterior, se la notaba más relajada.

—¿Ha venido a hablar conmigo? ¿O el Dr. Pasquetti la llamó?

—No sé quién es el Dr. Pasquetti, pero ¿Por qué debió haberme llamado, ha sucedido algo?

—No, olvídalo, pensé que él podía conocerla, él conoce a muchos detectives... entonces por lo visto vino a hablar conmigo.

—No, en realidad es una sorpresa verla aquí, su nombre me resulto familiar pero no sabía que era usted precisamente la que...

Fueron interrumpidas sus palabras por la salida del Dr. Pasquetti junto con Davide.

—Muchas gracias Doctor —dijo Davide estrechando la mano de Fabio y regresando a ver hacia Natalia y la detective con una sonrisa amistosa—. Por lo visto no necesitaba de una ayuda tan profesional.

—Sí, hay ocasiones en las que hasta los más profesionales pensamos no poder con algún paciente, especialmente si estamos bajo mucho estrés, después de todo nosotros también tenemos derecho a sufrir —se disculpó

el Dr. Pasquetti, riendo.

Natalia miraba esta escena anonadada, esperando despertar en cualquier momento.

—¿Qué sucedió Fabio? —preguntó sin importarle la presencia de todos.

—Ya hablaremos Natalia, ahora dejemos que el Detective Ferradini vaya a trabajar, ya le hemos quitado mucho tiempo.

—¿Detective? ¿De qué estás hablando?

Hubo un silencio prolongado e incómodo que inundó la habitación, y las miradas extrañadas de los presentes, se clavaron en Natalia.

—Disculpa Doctora si no dije que soy detective —irrumpió en el silencio Davide—, simplemente esperaba que me trataras como una persona común, pero ya no hay misterio, soy detective de homicidios y la detective Malagoli, a quien acabas de tener el placer de conocer, es mi compañera y ha tenido la amabilidad de venir por mí... pocas veces tenemos compañeros así.

—No Davide, no me conoce de ahora ¿Recuerdas la psicóloga de la que te hablé ayer, aquella que encontró a la niña? Pues está frente a ti ahora.

—¿Tú fuiste la que encontró a la niña? ¡Qué sorpresa! —respondió Davide mostrando un falso asombro —Ahora veo por qué te escogí de entre tantas psicólogas, debe haber una conexión entre nosotros.

—¿Conexión? ¡¿De qué estás hablando miserable?! —respondió Natalia exaltada —¡tú me enviaste a aquel lugar a buscar a una niña raptada por ti mismo!

—Vamos Natalia, deja que se vayan y entremos a conversar un poco...

—dijo un tanto avergonzado el Dr. Pasquetti.

—¡No! Sé lo que supones y no entraré a hablar de lo que ya me he recuperado mil veces, ¡Esto es real! ¡Davide Ferradini podrá ser detective, pero también es un asesino!

—¿Qué es esto? Doctora, usted dio otra declaración ayer en la noche —continuó Ivanna notoriamente enfadada, más que confundida—, ¿Y ahora dice que mi compañero la envió hasta allá?

Tratando de controlar su respiración agitada, manteniendo esa expresión de horror en sus ojos, en medio de toda esa confusión, comenzó a deducir de lo que se trataba. Un hombre de la magnitud de Davide, no iba a dejar

cabos sueltos.

Sin decir más, con sumo y notorio enfado, se limitó a retirarse hacia su despacho.

—Mil disculpas señores —expresó el Dr. Pasquetti apenado—, Natalia es excelente en su trabajo, pero como todo ser humano, está en su derecho de cometer errores... esta profesión no es tan fácil de llevar, pero les aseguro que ella es una excelente profesional.

—No se preocupe Doctor, lo entiendo, suele suceder lo mismo con la nuestra. Aunque esté ahora pasando por un mal momento, entiendo que ella es una excelente psicóloga, no quisiera que deje de atenderme cuando lo necesite... Por ahora, temo que debemos irnos.

Estrechando sus manos se despidieron y el Dr. Pasquetti entró al despacho de Natalia.

Se sentó junto a ella, mirándola por varios segundos; encorvada con el rostro entre sus manos, entrecortada su respiración y sollozando.

—Natalia, debes calmarte —dijo él poniendo su mano con delicadeza sobre la espalda de su amiga—, es normal que después de todo por lo que atravesaste, ahora tengas una recaída.

—Fabio, él es un asesino —respondió ella retirando las manos de su rostro, volteando a ver al Dr. Pasquetti con sus ojos llenos de lágrimas—, ¿Cómo es posible que no lo hayas descubierto? Yo no he tenido ninguna recaída desde hace un año, ya superé el haber perdido casi todo en aquel accidente. Aún los echo de menos Fabio, eso nunca cambiará, pero ahora ya no caigo en depresiones ni dependo de pastillas ¡Ahora estoy bien! Y te digo que ese hombre me mandó a aquel lugar a buscar a la niña, por eso la encontré —alegó Natalia desesperada.

El Dr. Pasquetti parecía comenzar a dudar, pero ¿Cómo hacerlo si él era tan bueno en lo que hacía? Era imposible que alguien lograra salir estable de los exámenes aplicados a Davide, en toda su carrera nunca habían fallado, todas sus respuestas pertenecían a un hombre totalmente equilibrado y maduro; sumada a la larga charla que mantuvo con él durante un poco más de tres horas. Además de su instinto, nato detector de gente con problemas serios.

—Natalia ve a tu casa y descansa, pero mañana quiero verte temprano en mi consultorio, me preocupa tu situación.

No se esforzó más por convencer a su amigo, simplemente asintió con la cabeza y sin decir nada, recogió sus cosas y salió de su consultorio,

suspirando profundamente y secando su rostro con su mano libre.

Caminando hacia su casa, esa nueva paranoia la obligaba a mirar constantemente hacia atrás, manteniendo la impresión de que alguien la observaba; parecía que alguien la alcanzaba cuando sentía en su espina dorsal recorrer un escalofrío, como si un dedo rosara suavemente su espalda, siguiendo el curso de su columna. Aceleró su paso con angustia y al llegar a casa, lugar donde aparentemente estaba segura, sobre su cama se recostó, abrazando sus rodillas apegadas al pecho, maldiciendo el momento en que ese maldito se había cruzado en su camino, echándose a llorar por la impotencia.

Capítulo 4

CAPITULO 4

El cielo todavía estaba oscuro y los gallos del patio de la Iglesia comenzaban a cantar como todas las madrugadas a las cuatro de la mañana. Esa era la hora en la que el Padre Francesco hacía de lado las cobijas de su cama para empezar el día con las oraciones matutinas de costumbre.

Después de dedicarle la primera hora de su día a Dios, se dirigía al comedor, en donde el padre, junto con el novato aspirante a sacerdote Samuele Bianchetti; daban una oración de agradecimiento por los alimentos servidos en la mesa y los comían en silencio.

Hacía ya una semana que el Padre Francesco no hablaba mucho, andaba solo por los rincones de la iglesia pensativo y a veces de muy mal humor. Nadie sabía lo que sucedía con él. A la hora de dar la misa olvidaba salmos y en toda la semana no entró al confesionario a las diez de la mañana, hora en la que acostumbraban los feligreses a realizar sus confesiones de la mañana.

—Padre Francesco, sé que estos últimos días no han sido los mejores para usted ¿qué sucede? —preguntó Samuele mientras retiraba los platos de la mesa.

Su pregunta fue seguida de nada más que silencio.

—Merezco saberlo, después de todo nos hemos visto afectados, tanto yo como los feligreses a quienes no ha querido atender en todo este tiempo.

—No sucede nada —respondió el párroco mal humorado —simplemente no me he sentido bien estos días, pero no te preocupes que desde hoy empiezo con la misma rutina de siempre.

Y así fue, el Padre Francesco estaba decidido a no dejar ganar a aquel hombre con su mente y alma retorcida, quien sólo quería hacerle daño a él y a todas esas personas a las que ya había lastimado demasiado.

Después de dar la misa de la mañana, Francesco salió de la Iglesia a realizar una visita a uno de sus feligreses, solía visitar a la gente de su parroquia y asistirlos en cuestiones que necesitaran la ayuda divina. De regreso a la Iglesia, detuvo su paso frente a un puesto de revistas, con expresión atónita, observó un periódico y lo tomó con un tanto de temor.

"Encontraron a Emilia. Su diagnóstico es reservado"

Era el encabezado del periódico, lo compró y presuroso volvió a la Iglesia, se encerró en su cuarto y comenzó a leerlo. Sabía, por noticias pasadas que aquella niña fue secuestrada hacía un tiempo atrás y claro, él asumía que se trataba de un acto del mismo hombre que hizo la confesión para él.

Leyó con atención un párrafo:

"Tanto Emilia como Carlos, fueron encontrados por la policía, según la versión de la detective Ivana Malagoli, encargada del caso y vocera oficial. Versiones extraoficiales de los enfermeros del lugar, señalan que los niños fueron encontrados por otras personas no identificadas. A ciencia cierta no se conoce detalles de los posibles sospechosos o salvadores de estos niños. Tal parece que el caso se complica cada vez más, al no contar los detectives, con pistas ciertas que les lleven al asesino y secuestrador".

Ahora conocía el nombre de la detective encargada del caso, pero aun así ¿Cómo haría él para decirle que sabía quién era el secuestrador? Simplemente no encontraba la forma de hacerlo.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por Samuele.

—Padre Francesco, le esperan en el confesionario —dijo del otro lado de la puerta.

El párroco abrió la puerta de su habitación con una sonrisa disimulada en su rostro y se dispuso a trabajar; entró en el confesionario y comenzó con las confesiones.

Pasaron dos mujeres que lo habían estado esperando y cuando terminó, el Padre decidió esperar un poco por si alguien más lo necesitara, pese a sentir temor de volver a escuchar a Davide.

Tomó su Biblia, la colocó bajo su brazo y se dirigió nuevamente a su habitación para pensar con mayor claridad sobre el paso que daría para acercarse a la detective Malagoli, sin embargo por más que pensaba en todas las posibilidades de hacerlo, no encontraba una forma de acercársele sin decirle lo que realmente sucedía. Entre pensamientos e ideas pasó el tiempo encerrado en su habitación.

Decidió salir a dar la misa de la tarde, posteriormente cerró las puertas de la Iglesia, dejando como de costumbre, la puerta pequeña abierta hasta las siete de la noche. Mientras tanto, se paró frente al pequeño altar que se encontraba cerca de la entrada y encendió una a una las más de 50

velas para los Santos. Continuaba inmerso en sus pensamientos.

—Padre Francesco, me da gusto volver a verlo —dijo la voz del hombre que dio su confesión hace unos días atrás, haciendo voltear atemorizado al sacerdote.

—No escucharé más lo que tengas que decir. ¡Márchate que éste no es lugar para ti!

—Le traigo buenas noticias, será usted nuevamente el salvador de un pobre niño.

—Eres un mal nacido, debería darte vergüenza entrar a la casa de Dios con tanta maldad en tu alma.

—Debo confesarme y usted no se puede rehusar a escuchar mi confesión, supongo que le interesa salvar la vida de otro pequeño... o puedo acudir al joven que siempre lo acompaña para que él escuche mi confesión y quién sabe, él tal vez prefiera irse a saludar a Dios de cerca...

—No tienes remedio, estás desgraciado en el mal —respondió el cura resignado.

No tenía otra salida, el Padre Francesco dentro del confesionario volvió a escuchar las palabras que salían de la boca de Davide, palabras que lo dejaban casi sin aliento, lleno de rabia, pena y dolor.

—Muy bien Padre —empezó Davide hablando con tranquilidad—. Esta vez será fácil encontrar a este niño. La verdad es que le subestimé, pensé que no llegaría a encontrar al primero, pero percatándome de que usted está un poco viejo, esta vez le prepararé un lugar mucho más cercano.

—¡Habla ya! no quiero escucharte por mucho tiempo.

—El niño está en la estación de trenes... pero su actitud está muy ruda hoy, así que sólo eso le daré a conocer, este niño lo guardaré para mí si no lo encuentra —dijo Davide saliendo del confesionario.

—¡Espera! la vía del tren es muy grande ¿cómo voy a encontrarlo ahí?

Él volteó, abrió sus labios ante la expectativa del Padre, luego sonrió y cerró su boca, volteando nuevamente para marcharse. Sin responder, Davide salió de la Iglesia satisfecho por la intriga que dejaba en la cabeza del cura.

Samuele, quien estaba cerca del altar, observaba con curiosidad la escena; ver al párroco en tal estado de nervios al salir del confesionario,

le preocupó aún más.

—Dígame lo que sucede, ese hombre lo ha dejado con los nervios de punta.

—No hay nada qué decir...

—¿Por qué está así?

—Porque a veces los pecados que escucho me disgustan, soy humano y tengo derecho a sentirme disgustado.

—Nunca se ha puesto antes así, dígame ¿qué le dijo ese hombre?

—Es una confesión Samuele, basta de preguntas.

—Padre, yo pienso que ese secreto de confesión debe ser interrumpido en el caso de dañarlo de tal forma, sólo al ver su expresión me doy cuenta de que algo sucede —insistió el joven aprendiz.

—Eres tan joven y tan “abierto” en tus pensamientos —replicó el párroco con sumo enfado—, todo cambia con el tiempo, hasta el secreto de confesión tiene para ti un límite. No deberías pensar así, la palabra de un hombre, especialmente de un hombre dedicado a Dios, debe valer más que cualquier cosa. La promesa de no romper el secreto de confesión no tiene excepciones ¿o acaso tú leíste o conociste alguna vez una?

—No, Padre pero...

—¡Pero nada Samuele! Tú sigue con tus ideas “modernas” que yo me quedo con las mías, ahora déjame que voy a descansar —concluyó el padre perturbado.

El Padre Francesco era un buen hombre, siempre amable y dispuesto a ayudar a quien lo necesitara, sin embargo habían cosas que no se permitía a sí mismo cambiar, después de todo, a sus 65 años, era difícil ahorrar los hábitos y mudar de ideas.

Samuele se sorprendía de la actitud del Padre, nunca lo había visto tan enfadado y encerrado en sí mismo, así que se dispuso a saber lo que sucedía, se propuso que lo haría de cualquier forma.

Aquella fue una noche de incertidumbre y desvelo para el Párroco, no hacía nada más que imaginar el sufrimiento de aquel niño, lo imaginaba en formas que atormentaban su consciencia.

No tenía la localización exacta, pero se planteó que haría todo lo que

estuviese a su alcance para encontrarlo.

Tomó su linterna y fue hacia la estación más cercana del tren, Davide fue claro al decir que estaba cerca, así que buscaría hasta en el último rincón en ese lugar.

Caminó entre la oscuridad de la noche, la luz de los faroles lucían titilantes y con menos intensidad de lo habitual, todo a su alrededor lucía como en una pantalla en blanco y negro; le parecía escuchar pasos detrás de sí, pero al detenerse y voltear, se trataba simplemente del eco de sus propios pasos, sumado a lo sugestionado que estaba.

Pensó entonces en Samuele, había estado muy insistente en sus preguntas y de seguro sabría que salió de la Iglesia, era un joven muy perspicaz y no dudaría en seguirlo hasta lograr una respuesta, así que también volteaba buscándolo entre las sombras de las casas, pero no hallaba nada más que la misma oscuridad. Aunque en realidad no estaba tan seguro de no querer encontrar a alguien como Samuele siguiéndolo, estaba asustado, era un viejo metiéndose en la boca del lobo, temía por su seguridad, por lo que algo de compañía le habría agradado.

Siguió su camino pues debía apresurarse, estaba preocupado por las condiciones en las que pudiera estar el pequeño niño al que buscaba.

En la estación había, como de costumbre a altas horas de la noche, muy poca gente, lo cual facilitaría su búsqueda, no obstante comenzarla se le complicaba al no saber por dónde hacerlo ¿En qué sitio de un lugar tan grande y transitado escondería Davide a un niño?

Se percató de los horarios en los que el tren pasaría por esa estación. Comenzaría su búsqueda por el lugar más escondido de todos los que pasaban por su mente: las vías del tren.

“A las 23h, aún faltan 15 minutos” —se dijo mirando su reloj, era poco tiempo y debía darse prisa.

Mirando a los lados, fijándose de no ser visto, se metió en la vía del tren; se dirigió hacia el túnel por donde miles de veces pasaba el tren avisando con su eco, para los que estaban en la estación, su llegada.

Conforme se alejaba de la estación, dentro del túnel la oscuridad se hacía cada vez más espesa y adquiriría un olor desagradable, mezcla de humedad con algo rancio, se vio obligado a encender su linterna en las tinieblas del lugar a dónde había llegado, miró su reloj y continuó buscando alguna puerta o algún rincón en el cual existiera un escondite perfecto.

Ya faltaba únicamente 5 minutos, debía regresar antes de que no tuviera tiempo para hacerlo, giró envuelto de temor por tanta oscuridad mientras

susurraba una oración a Dios. Caminó con más rapidez pues parecía escuchar el tren venir y de regreso, encontró la puerta que tanto buscaba, había pasado junto a ella sin darse cuenta al principio.

La puerta dirigía hacia un cuarto de control, por donde se daba mantenimiento eléctrico a la estación, era visitado cada cierto tiempo o cuando alguna conexión o luz fallaba en la estación.

El padre Francesco se apresuró aún más, subió unas escaleras con pocos escalones para llegar hasta la puerta, no le fue difícil ingresar pues ésta no tenía seguridad alguna, como invitándolo a pasar.

Ya adentro, todo se movió como en un pequeño temblor, el tren estaba pasando con la rapidez habitual y con su sonido casi ensordecedor para quien lo escuchaba de tan cerca. A partir de ese momento tendría otros 15 minutos más para buscar, antes de que el próximo tren volviese a pasar.

Buscó con la linterna encendida, entre cables, cajas y tubos que atravesaban el lugar, acompañado del malestar que le proporcionaba en su nariz, el polvo en el que el cuarto estaba sumido.

No le daría mucho trabajo encontrar lo que buscaba en aquel sitio oscuro y desagradable si es que estaba en el lugar cierto, pues era un pequeño cuarto.

Al extremo de éste, se encontró con un costal lleno. Ya había buscado por los otros rincones sin encontrar nada y ver aquel costal grande, le recordó el primero que encontró, provocándole este hallazgo, ansiedad, sus piernas se helaron y sus manos comenzaron a sudar.

Se acercó y con un tanto de recelo, topó el sacó con la punta de su zapato, y éste se movió.

Hincado y presuroso, desató el costal mientras sostenía la linterna con su boca; lo abrió y en su interior, el niño que buscaba. Era pequeño, de aproximadamente 5 años; sudoroso; con los ojos hinchados de tanto llorar y evitando la luz que lastimaba su vista luego de haber estado sumergido en la oscuridad; sellado la boca con cinta de embalaje y atado de pies y manos.

El niño se encontraba en buen estado físico, con la ropa un poco sucia, parecía haber sido secuestrado recientemente. Cuando el sacerdote se dispuso a desatar sus muñecas, se halló con un papel enrollado entre las cuerdas, lo sacó y se lo guardó en su bolsillo para leerlo cuando estuviese a solas y más tranquilo, en ese momento lo único que le importaba era el

pequeño.

Cargándolo, con dificultad por el dolor usual en sus articulaciones en alguien de su edad, lo sacó de aquel lugar oscuro y sucio.

—No llores más pequeño —decía al oído del niño mientras corría por las rieles del tren dentro del túnel, tropezando a momentos, escuchando el vago sollozo del pequeño entre sus brazos—, ahora podrás ir a casa.

El padre Francesco no podía creer por lo que estaba travesando, pensaba que no podría seguir con eso toda su vida, era un juego muy macabro en el que Davide lo estaba involucrando.

Pensó también, durante los pocos minutos que le tomaba cruzar el tramo que había recorrido buscando el escondite, en Samuele, quien podía tener un poco de razón al decir que el secreto de confesión no debía ser válido si habían daños de por medio.

Entre tantos pensamientos que fluían como gotas de lluvia en su cabeza, pasaban las opciones que tenía, mientras corría por las oscuras vías del tren. Pensaba que debía decirle a las autoridades sobre este hecho, pero entonces debía romper el silencio de confesión ¿Debía hacerlo? Mientras la lógica respondía que sí, sus hábitos respondían que no. Lo más triste para él mismo, aunque pareciera contradictorio, era que escuchaba más claramente a la parte que respondía negativamente; era la parte que reconocía sus principios, los que le enseñaron desde el inicio de su vocación y lo cual aprendió con mucha devoción, tal vez por ello no podía cambiar las reglas de sí mismo.

Al llegar al final del túnel, las pocas personas que esperaban el tren lo miraron asombrados, lo ayudaron a subir de las vías y socorrieron al niño.

El párroco se aseguró de que todos atendieran al pequeño, pidió que llamaran a emergencias y al descuido de todos, desapareció del lugar. Salió corriendo y sin parar hasta la Iglesia, sitio en el que por primera vez en su vida, sentía inseguridad y a donde no deseaba regresar.

Dentro de su cuarto estaba Samuele, esperándolo mientras hurgaba sobre el escritorio del padre con mucho cuidado y culpa, pues su intención no era rebuscar, pero con las pocas respuestas que había obtenido a sus preguntas, sumada la preocupación y la misma curiosidad, le llevaban a tomar medidas indeseables, pero necesarias en su situación.

Al escuchar la puerta abrirse, de un salto el joven se impulsó hacia la silla, donde pretendió estar simplemente esperando al padre.

—¿Por qué ha salido a esta hora padre?

—No podía dormir... así... así que fui a dar una vuelta —respondió el párroco jadeante y tratando de contener sus nervios que se hacían notorios con cada palabra.

—Padre, esta pálido ¿qué le ha pasado? debe decirme qué sucede.

—No ha sido nada, simplemente me asustó un perro con rabia que se me cruzó.

—Padre, usted es la persona menos indicada para mentir, lo sabe perfectamente.

—Debo descansar hijo, ya vete a tu habitación.

El padre Francesco abrió la puerta de su dormitorio, manteniendo su mano en la manija, esperando a que Samuele saliera, la poca luz de la lámpara dejaba ver el brillo de su frente por las gotas de sudor.

—Está bien, me voy, pero no piense que he creído en usted.

Diciendo esto, Samuele salió de la habitación del párroco, decidido más que nunca a averiguar lo que sucedía con él.

Nada distraía al padre, se alistaba para pasar una noche más sin dormir. Se preguntaba cuánto tiempo más tendría que soportar todo eso; si pedía traslado a otra Iglesia, tal vez el próximo cura sería quien tomara su lugar, o tal vez escogería a Samuele para tan horrible juego.

Entonces recordó el papel que encontró entre las sogas que ataban las muñecas del niño, lo había guardado en el bolsillo de su chaqueta y ahora estaba preguntándose si debía o no leerlo, saber mucho en esos momentos no le resultaba lo más conveniente, pues él buscaba todo lo contrario: olvidar.

Luego de observarlo por unos cortos segundos, doblado y arrugado entre sus manos, decidió romperlo en trocitos sin leerlo y lo botó en el basurero. Resolvió seguir el juego de Davide, pero lo haría exclusivamente para salvar a los niños que necesitara salvar, desde ese momento estaría al servicio de la misión que Dios había puesto en sus manos al cruzar su camino con el del asesino.

Al día siguiente el padre Francesco, recogió todos los periódicos a medio leer que había comprado en la semana y los llevó hasta el basurero de la calle, donde los depositó lanzándolos de un solo golpe, procurando darles el último vistazo de despedida. Fue entonces que pasó rápidamente su mirada por entre las líneas de la última página del periódico y distinguió el

nombre de quien no se esperaba.

Rápidamente, del basurero tomó nuevamente el periódico, repasó el párrafo y sus huesos se helaron al conocer por medio del diario, el nombre de uno de los detectives que estaban a cargo del caso de los niños secuestrados y desaparecidos durante los últimos cinco meses.

—¡iDavide Ferradini es un detective!! —dijo con sus ojos bien abiertos para sí mismo, cogiéndose del borde del basurero para no desfallecer al sentir sus piernas temblar y un sudor frío recorrer todo su cuerpo.

Eso dejó aún más aturdido al sacerdote, quien a partir de ese momento rompió sus esperanzas de que algún día ese hombre lo dejara en paz.

A primera hora Natalia fue a visitar a su amigo, el Dr. Pasquetti, pero no quiso ir a su consultorio, así que fue directo a su casa, antes de que su día de trabajo empezara, después no lograría tener su completa atención con tantos pacientes que trataba Fabio.

Llegó hasta la puerta de entrada, una gigantesca reja, dentro de la que dos perros grandes custodiaban, sin ladrar, simplemente mostraban sus dientes a cualquiera que se acerque más de lo debido.

Hasta ese día Natalia no había entrado a la casa de Fabio, nunca asistió a las reuniones que en varias ocasiones había sido invitada, en aquellos tiempos ella se encontraba en recuperación, por lo que divertirse era su última opción.

Ahora estaba parada frente a ese gran portón, involucrada en su peor pesadilla y dispuesta a hacer lo que fuera para que Davide Ferradini desapareciera de su vida.

—¿Hola? —habló alguien en el altavoz después de que Natalia tocara el timbre.

—Hola, buen día, estoy buscando al Doctor Pasquetti, mi nombre es Natalia Córdova.

—Un momento por favor.

Esperó nerviosa, sin saber qué le diría exactamente a Fabio.

Era tan temprano que el sonido de los carros era lejano y las aves empezaban sus cantos desde los árboles, cerró sus ojos y por unos segundos trató de olvidar todo para poder con calma, hablar con su

amigo.

Entre el intento de relajación, el timbre de la puerta al abrirse la volvió a la realidad y desde lejos escuchó una voz llamando a los perros para que se alejaran de ella y pudiese entrar tranquilamente.

Había un camino de piedras en el medio de un jardín decorado con muchas flores y plantas preciosas y bien cuidadas, al final de éste se encontraba Fabio, parado en el cobertizo de su casa, mirando a Natalia acercarse. La miraba con cierta pena y desasosiego, cuando Natalia logró interpretar su mirada, al instante deseó no haber ido a buscarlo.

—¡Qué sorpresa Natalia! —dijo él sonriente pero con esa peculiar mirada sostenida sobre ella.

—Disculpa que haya venido a esta hora, luego sería imposible tener un poco de tu tiempo.

Se acercó lo suficiente para saludarlo con un abrazo.

—Siempre tendré tiempo para ti, pasa que está haciendo frío.

En ocasiones, Fabio atendía a sus pacientes en casa, tenía un estudio grande junto a su cochera. Lo había construido con el fin de realizar su trabajo más tranquilamente cuando le llegase la hora de retirarse del hospital psiquiátrico que dirigía y en el que había adquirido toda su experiencia y reconocimiento.

Con sus 65 años, todavía no lograba encontrar el momento preciso para retirarse, temía que al dejar de trabajar prestaría más atención a su soledad, tanta dedicación a su carrera le había costado no haber formado una familia propia.

Llevó a Natalia a la sala de estar junto a la chimenea, mientras tomaban una taza de café para calentar su mañana de otoño.

Fabio, inspirado por la confianza que había entre los dos, se dispuso a encender un habano mientras rompía el silencio.

—Me parece bien que hayas venido antes de que esto avance más Natalia, de verdad me alegro por tu iniciativa.

—¡Ah, sí! No olvido que tú crees que todo lo que dije después de que analizaste a Davide, fue producto de mis antiguas depresiones.

—Sabes lo que pienso...

—Lo sé... pero he venido para aclarártelo todo.

—Déjame entender lo que sucede —se inclinó un poco hacia atrás.

—Sabes que no es ético que me trates como paciente Fabio.

—Sé que no has venido a ser tratada como tal... Adelante, háblame de lo que has venido a hablar.

—Traje la cinta que grabé en la primera sesión que tuve con Davide —dijo ella mientras ponía en marcha la grabadora—, espero sirva de algo.

Luego de escuchar atentamente, Fabio continuó inhalando el humo que salía de su habano, tres bocanadas suaves y largas le dio antes de empezar a opinar.

—Dime tú ¿qué quieres que escuche? porque sólo he escuchado a un hombre darte la labor de investigar sobre el caso que él mismo investiga.

—Debes admitir que es extraño su tono de voz y su ironía.

—Sí, natural en ese tipo de gente que trabaja con la muerte.

—Fabio —dijo ella colocándose de cuclillas junto a él y tomando su mano—, él me envió a aquella casa para encontrar a la niña que secuestró, sino ¿cómo crees que la encontré?

—¿De verdad quieres saber lo que pienso Natalia?

—Por tu mirada sé lo que piensas y la respuesta es “no” no he sufrido de depresiones desde hace mucho tiempo.

—No soy tu médico amiga mía, pero tengo la ventaja de ser tu amigo y ser psiquiatra también.

Natalia bajó su mirada.

—Sabes como psicóloga los efectos de la depresión.

—¡No estoy mintiendo Fabio! Por el amor de Dios, ¡debes creerme!

—Eso es lo que más me asusta Natalia, no mientes, pero estás creyendo fielmente en que Davide es un asesino, cuando no lo es, no encaja en un perfil de asesino ni de mitómano, mas sí en el perfil de alguien centrado, maduro e incluso algo emocional.

—¡Vamos, dame tu diagnóstico! —dijo ella enfadada y poniéndose de pie—, dime lo que piensas porque la forma en la que me miras desde que

llegué, me altera de sobremanera.

—No te lo diré, simplemente creo que debes...

—¡Dime lo que piensas! —lo interrumpió.

—Está bien —absorbió más humo y lo botó sin prisa—, pienso que... Natalia, pienso que puedes presentar rasgos caracterológicos de psicosis y por eso me he preocupado por ti.

—Vaya ¿eso lo has deducido en estos 10 minutos? Ahora veo cómo en 4 horas te ha costado diagnosticar a un psicópata.

—Insultas mi trabajo, la batería de test aplicada a Davide, ha sido la misma que he aplicado a psicópatas de verdad en el Hospital y en poco tiempo me han dicho lo que son, además de la grafología...

Fabio, en toda su carrera de psiquiatra ya se había topado con muchos trastornos de personalidad, con quienes mienten, inventan o deliran de una manera muy creíble y aparentemente razonable; había trabajado con la policía forense gracias a sus estudios en el tema y tenía experiencia reconociendo rasgos de asesinos más que muchos de sus colegas.

No quería dejarse llevar por los sentimientos de amistad que tenía hacia Natalia, no quería mezclar el cariño y respeto con un diagnóstico. Pero él era un psiquiatra desde siempre, en su mente ya pretendía saber lo que sucedía con ella, pensaba que ciertamente podría tratarse de psicosis paranoide o algún trastorno delirante provocado por la fuerte depresión.

Tenía su teoría, habían muchas probabilidades para lo cual Natalia estuviera actuando así, una de ellas podía ser confusión de los hechos por lo que Davide mencionara el día que la visitó, justo cuando Natalia estaba sufriendo una recaída en sus depresiones. Tal vez por la alteración de sus nervios se produjo la psicosis que le llevó a confundir las cosas a tal grado... Y listo, ese era su diagnóstico bien estructurado.

—Debes ir donde tu médico antes de que sea más grave —concluyó Fabio acercándosela y tomándola de los hombros, con el puro entre sus dedos, dejando que el humo la estorbara.

Natalia se limitó a mirar con rabia a Fabio y sin decir nada más, se soltó de sus manos, recogió sus cosas dejando café derramado sobre la mesita de centro, y salió de la casa azotando la puerta.

Uno de los psiquiatras más reconocidos del país le había dado un diagnóstico en tan poco tiempo.

“Ese era el doctor que aseguró que Davide Ferradini tenía salud mental”
—pensó Natalia indignada.

Caminó pensativa por la calle de vuelta a su casa ¿Y si Fabio tenía razón y ella estaba delirando? se preguntaba a sí misma, recordando que todo aquel que tiene un problema psicológico niega tenerlo o peor aún, no sabe que lo tiene, el famoso primer paso de la negación.

Para poder reconocer si estaba delirando e inventando toda esa historia tendría que investigar más sobre aquel hombre. Ahora ella sería quien supiera de él, ya tuvo un adelanto en la sesión en la que Davide habló sobre su vida, sabía que había vivido en Barcelona porque así lo dijo él, incluso conocía a sus sobrinas que vivían allí, además su acento, casi perfecto, había reconocido que no era italiano. Probablemente debía viajar hasta Barcelona para averiguarlo.

Natalia no fue la única que estuvo en el encuentro de la niña, también estuvo su amiga Lorena. Pero tenía muchas explicaciones más para ese hallazgo, explicaciones que la asustaban, algunas la llevaban a conclusiones extremas de su estado mental, a creer por un momento que efectivamente, podría estar sufriendo de psicosis.

Capítulo 5

CAPITULO 5

Con las maletas listas, al siguiente día Natalia salió de su casa directo a la estación de autobuses. Compraría un boleto de autobús para viajar a Barcelona. Aunque la detective Malagoli le había solicitado no salir del país, ella se arriesgaría.

—¿Natalia dónde estás? —preguntaba Lorena al otro lado de la línea al llamarla a su celular muy temprano en la mañana.

Guardó silencio unos segundos por precaución, tratando de escuchar mejor lo que sonaba alrededor de su amiga. El motor del autobús se había encendido y con las ventanas abiertas se le dificultaba escuchar.

—¿Dónde estás tú?

—En tu consultorio ¿dónde más estaría?

—Es muy temprano aún...

—Hace una semana te dije que tendríamos que estar temprano hoy para la cita con el Señor Rogelio...

—Estoy algo ocupada ahora. Es difícil de explicártelo, pero necesito que me disculpes con mis pacientes.

—Lo haré... y con los detectives que han venido a buscarte —concluyó susurrando las últimas palabras.

—Especialmente con ellos... Gracias Lorena, nos veremos.

Se sintió un poco más tranquila al saber que los detectives la habían ido a buscar, significaba que Davide Ferradini no la estaría siguiendo por el momento, especialmente si pensaba que estaba todavía en mal estado por todo lo que había descubierto.

El viaje fue largo y con pocas paradas. Natalia aprovechó para descansar un poco de toda la tensión que la mantenía despierta desde que encontró la niña en esa casa vieja. Le emocionaba la idea de volver a su país, aunque hubiera preferido que las circunstancias fueran distintas.

Cuando llegó, era muy tarde para llamar a su hermana y contarle que estaba en Barcelona, así que en taxi fue directo a un hotel, donde se preparó para dormir, mientras ideaba el cronograma para al siguiente día,

empezar con la investigación.

Con el sonido de varios camiones que partían hacia su jornada laboral, Natalia despertó en la fría habitación del hotel. Estirándose en la cama y frotando sus ojos, buscó entre la oscuridad proporcionada por las pesadas cortinas de las ventanas, su reloj; marcaba las 6 de la mañana, hora precisa para levantarse, tomar un baño y salir en búsqueda de alguna solución a su problema.

No sería difícil encontrar en la biblioteca el periódico con la noticia de un niño que mató a su padre y que fue internado en algún hospital psiquiátrico, no eran usuales noticias de ese tipo. Ella misma recordaba algunas historias de jóvenes parricidas en distintas partes del mundo. Sólo esperaba encontrarse en la ciudad correcta y buscar con las fechas adecuadas, pues el internet no le había dado resultados.

Deducía en sus pensamientos, mientras dejaba caer gotas calientes en su cuerpo bajo la regadera, que por la apariencia de Davide, tendría unos pocos años de diferencia con ella.

Ató la toalla en su pecho y luego comenzó a vestirse con prisa. Se observó frente al espejo antes de salir, percatándose de las ojeras que hundían sus ojos. Suspiró profundamente y continuó su camino colocándose la bufanda alrededor del cuello al salir, evitando verse en el reflejo de la ventana.

Su plan iría rigurosamente seguido, así que primero se dirigió a la biblioteca más cercana.

Envuelta en su abrigo blanco y recogida el cabello, caminaba entre las calles de su ciudad con cierta nostalgia, cuántas veces había pensado en volver y sus atareados días no se lo habían permitido, y ahora estaba allí, caminando como una persona más, pero atormentada como muy pocas.

Tomó un taxi, tendría pocas horas para realizar su búsqueda, así, en caso de encontrar algo, tendría tiempo de continuar la investigación.

Debía regresar a Italia antes de que los detectives supieran que ella no estaba. Especialmente porque sabía que Davide la vigilaba muy de cerca.

Al llegar a la biblioteca, lo primero que realizó fue la búsqueda por Internet nuevamente, aunque no eran sus mejores aliados los buscadores de la Web, eran los más rápidos. Allí encontró las tantas noticias de jóvenes parricidas a nivel mundial, unos pocos en España pero que no coincidían con las fechas que ella pretendía buscar.

Seguiría entonces con la búsqueda por periódicos en la hemeroteca; para ella la forma "antigua" de investigar información le resultaba más eficaz, a

pesar de no ser siempre la más rápida.

En el salón donde yacían inmovilizados por el polvo los centenares de periódicos apilados, comenzó por rebuscar desde el año de 1970.

Transcurrieron las pocas horas que planeaba utilizar desde el principio y aún se encontraba buscando lo que necesitaba y, como en todo periódico, se encontraba con noticias deprimentes, intrigantes y muy poco positivas.

Después de cinco tazas de café y un terrible dolor en su espalda, encontró un artículo del año 1983 en el que hablaba del asesinato de un hombre llamado Darío López, el cual había sido asesinado por su hijo, un niño de ocho años que presentaba un cuadro psicopático. El niño al parecer había sido internado en el hospital psiquiátrico "San Lorenzo", desde donde recibiría tratamientos exclusivamente de la mano del Doctor Marco Ramos, médico psiquiatra que expidió el diagnóstico concerniente. Fuentes externas aseguraban que se trataba de un cuadro de esquizofrenia.

El año coincidía con la posible edad de Davide y el cuadro clínico, con el diagnóstico pronosticado por Natalia.

De tratarse de la noticia que buscaba, entonces sabía el nombre del psiquiatra que lo atendió en aquel entonces, el nombre del hospital al que fue y probablemente el verdadero apellido de Davide. Le serviría para buscar en los archivos del hospital.

Apresurada, buscó la dirección del lugar. Por fortuna, aún se encontraba en el mismo lugar de hacía décadas atrás, así no habría la historia de que los archivos antiguos se perdieron en el cambio de establecimiento.

Corrió a tomar un taxi y se dirigió hasta el "Hospital Psiquiátrico San Lorenzo" al norte de la ciudad.

Todo hospital psiquiátrico para Natalia, se caracterizaba por tener un ambiente triste, por más decorado que éste estuviera. La tristeza de quienes reposan encerrados en aquellos lugares, usualmente se la siente desde la entrada. Era un sentimiento más relacionado con la energía que emanaba el lugar.

Aquellas personas, olvidadas y abandonadas; víctimas de un mal funcionamiento en su cerebro, algo que posiblemente era para muchos irreparable; fueron los que desde el principio de sus estudios le inspiraron compasión y una infinita devoción hacia su carrera.

La primera vez que Natalia entró a un hospital psiquiátrico fue durante sus labores sociales inculcados por su madre y posteriormente en las prácticas de la universidad, en las tantas veces, siempre se halló con una dolorosa

realidad, que a muchos les era indiferente.

Las personas ajenas a este escenario, pensaban en los mal llamados "locos" tan solo como gente peligrosa; personas sin sentimientos que olvidaron cómo comportarse entre la sociedad, que hablan y deambulan solos y que merecían estar lejos de la colectividad. Sólo quien estudia su proceder con la compasión que se merece el ser humano, descubre que se trata de mucho más que gente para olvidar.

Dentro de un hospital psiquiátrico ella se había encontrado con personas devastadas por la situación que les tocó vivir y que su única salida era el escape de esa dura realidad. También se encontró con personas cuyo coeficiente intelectual era extraordinario, pero la diferencia de intelecto con el de los demás, los apartó de todos y los llevó a depresiones que fueron causando deterioro en otras áreas emocionales, llevándolos a una imagen triste de un ser solitario y olvidado; algo muy desaprovechado por la sociedad.

Entre tantas, también conoció personas con grandes ideas representadas como locuras... Después de todo entre la cordura y la locura hay un hilo muy delgado, dispuesto a romperse con únicamente un poco de presión.

—Buen día, soy la Doctora Natalia Córdova —dijo mostrando su licencia de psicología para la recepcionista —trabajo junto con la policía de Italia en la búsqueda de un hombre, me gustaría hablar con el encargado o el director del lugar por favor.

—No se encuentra aquí el director, pero voy a llamar a la psicóloga del lugar, ella le dará más información.

Desde el altavoz hizo su llamado:

"Doctora Martha Buenaño, acercarse a recepción"

—La Doctora la atenderá en unos minutos, debe estar en el otro edificio.

Natalia se dispuso a esperar un poco y su impaciencia se acrecentaba conforme miraba su reloj, le había tomado más tiempo del que había planeado la búsqueda de información de Davide.

Al fin, después de los cinco minutos más largos de su vida, Natalia divisó a una joven con un delantal blanco, entrando al lugar mientras buscaba a quien la necesitaba.

—Hola, soy la Doctora Martha Buenaño ¿usted me está buscando?

—preguntó con voz sutil y una sonrisa muy amable.

—Sí, soy la Doctora Natalia Córdova —extendió su mano y la estrechó con la de Martha—, he venido desde Italia con el fin de investigar sobre un hombre que estuvo internado aquí, en este hospital, en el año de 1983.

—¿Trabaja usted para alguna organización?

—No, trabajo directamente con la policía italiana —dijo arriesgándose a mentir.

Martha la miró desconfiada.

—¿Es usted doctora en leyes?

—No, disculpe, no me he presentado debidamente, soy doctora en psicología, al igual que usted.

Su mirada desconfiada cambió al ver su identificación.

—Es un placer, cuénteme ¿qué necesita exactamente?

—Este hombre de apellido López, es el principal sospechoso de asesinatos en serie, pero no hay pruebas claras y simplemente he venido a investigar sobre su estadía en el año que le mencioné.

—Sabe que los expedientes no son públicos...

—Lo sé, por eso he venido a buscar colaboración, se trata de un asesino de niños y ahora tiene con vida pero secuestrados a unos cuantos.

—Oh que lamentable escuchar eso... ¡Ah! He escuchado algo en el noticiero hace unos días atrás, en... Roma ¿cierto?

—Así es.

Martha pensó un momento.

—¿Sabe que necesita de una orden para solicitar eso?

—No, la verdad no estoy muy informada de la manera de proceder, ha sido mi desesperación por ayudar y desenmascarar a ese hombre lo que me ha traído aquí.

La joven volvió a quedar en silencio, parecía estar tomando una decisión.

—Mira, sé que es difícil de creer... o más bien, de confiar en una desconocida, pero hemos vivido un verdadero calvario con este hombre haciendo daño a tanta gente, si tuviera que hacer las cosas legalmente, tardaríamos demasiado y ese tiempo es valioso para los niños que están

en sus manos...

Martha emitió un suspiro.

—Me ha convencido con tan poco... Sígame —tomó la delantera—, pero me temo que esos archivos están refundidos en una bodega, tardaríamos un poco en sacarlos.

Ella seguía a Martha por un corredor blanco con el piso de cerámica tan frío, que casi no se diferenciaba la temperatura interior con la exterior.

El corredor estaba lleno de puertas a los costados, algunas tenían un vidrio por el cual se podía observar adentro, todas eran oficinas vacías, no había mucho personal en aquel lugar y Natalia, evitando el silencio que pudiera hacerle perder confianza, preguntó al respecto.

—En efecto —respondió Martha mostrándose resignada—, no tenemos mucho personal a excepción de los enfermeros y doctores, ellos son fijos. En tres años no hemos tenido renuncias de ellos, el último se fue porque se jubiló. A diferencia del área administrativa, donde la paga no es buena y el ambiente para muchos tampoco es el mejor. A momentos se puede escuchar gritos que provienen del corredor conjunto, donde los enfermos se encuentran, por ello el personal no dura mucho tiempo en este lugar, les asusta la idea de que en algún momento los "locos" se salgan de control —carcajeó irónicamente—. Tú sabes, los gritos muchas veces pueden ser duraderos y un tanto escalofriantes para quien los escucha desde aquí.

—Comprendo, a veces la gente se limita a creer lo que ve en televisión, más no a la realidad.

—Así es, hay personas muy peligrosas aquí, de eso no hay duda, pero están constantemente sedados y en el lugar más seguro y apartado del hospital, mientras que los que no son peligrosos están por todos lados, a veces saben que sus gritos asustan a los demás por lo que gritan constantemente, algunos en cambio gritan porque su comportamiento se limita a ello y otros... bueno, tú sabes, también eres psicóloga —dijo Martha riendo con espontaneidad.

Natalia sonreía también, era una muchacha muy agradable y durante su compañía le hizo olvidar, por poco tiempo, la angustia en la que se encontraba.

—Ésta es la bodega, todo está en cajas y los años están anotados en cada una. Son bastantes, tal vez te tome toda la tarde buscar lo que necesitas, te ayudaría pero aquí soy la única psicóloga y encargada del lugar, así que tiempo es lo que menos tengo. Te dejaré la puerta abierta, pero cuando salgas por favor cierra con seguro, así no se enterará nadie que estuviste

aquí —dijo guiñándole el ojo.

—Muchas gracias Martha, no imaginas el bien que estás haciendo.

—No soy tan confiada como parezco Natalia, de aquí iré a investigar sobre ti, es importante que lo sepas.

Natalia por su parte no se angustió, pues sus datos eran verdaderos, aunque sí se afligió un poco por mentir a quien le estaba dando la mano.

La bodega era un cuarto con cajas que llenaban 10 estanterías de 5 pisos cada una, habían cajas en el piso y hasta apiladas en los rincones. Natalia sólo necesitaba encontrar el año y así le sería más fácil continuar.

Después de mover muchas cajas y respirar el polvo que las cubría, encontró más de una caja con el año 1983, las abrió y buscó carpeta por carpeta.

Repasó con sus ojos el historial de todos, incluso se encontró con archivos arruinados por el tiempo, al parecer de alguna manera se habían mojado y algunas hojas se hacían difíciles de repasar.

Buscó hasta el año 1987 sin encontrar resultado alguno, ninguno de los archivos hablaba de algún niño que hubiera matado a su padre. Ella estaba muy consternada, no podía creer que justamente ese archivo hubiera desaparecido.

“El periódico nombraba este hospital” —pensó.

Sentada sobre el piso, con las mangas de su blusa recogidas; algunos cabellos le caían en el rostro y procuraba no moverlos por la suciedad de sus manos. Se quedó inmóvil mirando a su alrededor todas las cajas que había revisado, tratando de, con su vista, divisar alguna que se le hubiera pasado. Dio un hondo suspiro de resignación y se puso de pie.

Ordenó las cajas tal como estaban antes de que empezara a buscar y salió de ese cuarto en búsqueda de Martha, necesitaba encontrar al doctor que había atendido al niño de la noticia del periódico. No podía dejar que su viaje fuese en vano después de haber hallado la primera pista.

Al encontrar a Martha en su oficina trabajando, Natalia interrumpió su concentración.

—¿Martha? —dijo en voz baja, abriendo la puerta que encontró ya media abierta, asomando su cabeza y dando un pequeño golpe con su mano—. ¿Se puede?

—Claro, pasa por favor.

—No he encontrado nada de lo que he venido a buscar —dijo entrando completamente a la oficina de Martha con gesto de decepción—. ¿Hay la posibilidad de que algún archivo se haya perdido?

—En realidad sí —respondió la joven mirándola con desasosiego —son archivos antiguos que no han sido siquiera digitados.

—Tuvimos enfermeras que sacaron historiales clínicos para entregárselos a sus parientes con el fin de ayudarlos con sus tesis; otros los vendieron a escritores.

—Pero... eso es prohibido.

—Lo es, pero han sabido cómo hacerlo. Es tan prohibido como la ayuda que te he brindado.

Natalia calló y ambas rieron con complicidad.

—Pero he investigado sobre ti y sé que eres una psicóloga de buena fama en Italia.

Ella se extrañó de la rapidez con la que la joven la había investigado, tal parecía que no se había percatado de cuántas veces aparecía, si digitaba su nombre en los buscadores de la web.

—Entonces —prosiguió—, sí, es posible que ese archivo haya desaparecido...

—¿Aún trabaja aquí el Doctor Marco Ramos?

—¡Claro! Él te puede ayudar, él es tan antiguo en este hospital como lo que buscas. Te llevaré con él hasta el otro edificio.

Se dirigieron juntas al edificio contiguo, el lugar donde mantenían a los enfermos más peligrosos.

Natalia se puso nerviosa, no estaba segura de poder engañar a alguien más, no se consideraba a sí misma una buena mentirosa. Además que para ella, las mentiras eran como tejer una tela de araña gigante en la que al final el mentiroso terminaba atrapado, sin embargo ella estaba consciente de que habiendo empezado a mentir, ese era el momento para retractarse o continuar tejiendo...

El camino hacia el otro edificio era un túnel que atravesaba desde arriba todo el patio donde los enfermos inofensivos disfrutaban del aire puro. Mirándolos desde allí parecían tan normales, de no ser por la bata o la

ropa mal tratada que llevaban, parecería un parque en el que simplemente se reunían un grupo de personas a disfrutar del día.

La seguridad del edificio al que Martha llevó a Natalia era mucho más cuidadosa, a la entrada había una reja que se abría desde afuera por un guardia; seguida por otra puerta de metal que desde adentro se abría por otro guardia. Ya adentro se encontraban con otro corredor, pero éste era más ancho, corto y sin tantas puertas.

—En este edificio están las personas que sufren de demencia, los psicópatas, sociopatas, neurópatas, algunos esquizofrénicos paranoicos y un sinnúmero de peligrosas personas —señaló Martha hablando con suavidad.

—Hay bastante seguridad...

—Sí, ésta fue proporcionada desde que tuvieron la huida de un demente que parecía inofensivo, sólo el diagnostico, antes de ingresar, indicaba que era peligroso por sus actos, pero aquí todos lo consideraban alguien muy tranquilo, colaborador e incluso amigable; logró engañar a todos porque el día menos pensado atacó a un enfermero, antes de que hubieran reglas de que cada enfermero trabajara en un mismo edificio para no haber confusiones; se vistió con su bata y salió. Nadie lo notó hasta que el enfermero despertó, para entonces el paciente ya había llegado al otro edificio, donde atacó a varias personas.

Pero lo volvieron a capturar y después de eso las reglas son estrictas aquí.

Al llegar a la oficina del psiquiatra, Natalia sintió más nervios que antes; sus manos sudaban e intentaba concentrarse en lo que diría. Debía hacerlo de la manera más natural posible, de lo contrario el doctor Ramos podría descubrirlo todo.

—Buenas tardes Doctor —dijo Martha después de tocar la puerta y ser invitada a pasar—, he venido con una amiga, la Doctora en Psicología Natalia Córdova, quien necesita urgentemente hablar con usted.

—Buenas tardes, es un placer —respondió el Doctor poniéndose de pie y estirando la mano para estrechar la de Natalia—. ¿En qué puedo ayudarla?

Martha se disculpó y salió del despacho del Doctor, percatándose de que su presencia no sería más necesaria.

—Doctor... —empezó Natalia tomando asiento frente al médico—... he venido en busca de su ayuda, estoy en conjunto con la policía italiana buscando evidencias que inculpen a un asesino, un hombre que estuvo

internado en este lugar.

—¿Cómo puedo ayudarla?

—Bien, es difícil encontrar por dónde comenzar —dijo en voz baja pero suficiente para ser escuchada por el doctor.

—¿Qué tal por el inicio?

Ella sonrió pasando sus dedos por su flequillo, colocándolo detrás de su oreja, sus manos temblaban un poco.

—Está bien, su nombre actual es Davide Ferradini, asumo que tuvo otro nombre para entonces, pues el apellido de su padre fue López. Estuvo internado por matar a su padre siendo un niño...

—¿Cómo sabe usted todo eso?

—Lo he investigado... él me ha buscado para ser su psicóloga, pero he terminado en medio de... en medio de sus planes, así que busco su historial clínico para demostrar que él no es la persona que todos creen que es.

—¿Quiénes son todos?

—Todos los que lo creen inocente.

—Y ¿Quiénes lo creen inocente?

—Doctor, no hay pruebas para inculparlo, la verdad la sé solamente yo.

—Bien, sí ese hombre salió de aquí debe haberlo hecho sano.

—Ese es el punto Doctor, él es muy listo para demostrar su poca salud mental.

—Nadie puede ser tan listo para engañarme Señorita Córdova.

—Seguramente... no he venido a acusarlo a usted Doctor, he venido en busca de evidencias para inculpar a un asesino en serie, un psicópata, un hombre que está haciendo mi vida y la de muchos inocentes, un infierno.

El doctor Ramos, un hombre de aproximadamente 60 años, de mediana estatura y protuberante barriga. Retiró sus lentes de sus ojos negros para ponerlos sobre el escritorio, frotó su rostro con sus manos como indicando cansancio, suspiró y fijó sus ojos sobre Natalia con una expresión de decepción; pensaba mientras la veía y el silencio de pocos segundos, se

hizo eterno.

—¿Por qué estaría usted buscando inculpar a un detective Natalia?

Natalia quedó atónita frente a lo que escuchaba salir de la boca del doctor Ramos.

—¿Usted lo conoce? —preguntó asombrada.

—Claro que sí —respondió el Dr. Ramos con su ceño fruncido —cada vez que viene a Barcelona nos vemos. Es un hombre tranquilo que supo rehacer su vida después de estar encerrado en este lugar por 10 años; no disfrutó como un niño ni un adolescente normal, pero supo encaminarse. Es uno de mis grandes logros el haber conseguido su recuperación Señorita Córdova. Él no fue un psicópata, aunque presentaba un cuadro muy similar, él sufrió de psicosis y fue dado de alta a sus 18 años. Lo reviso frecuentemente, él está estable ¿Y ahora usted me dice que él es sospechoso de crímenes en serie, siendo que él es un detective de homicidios? Voy a volver a preguntarle entonces ¿Por qué está usted busca incriminarlo?

—Pero si usted lo conoce entonces debe saber que se cambió de nombre ¿Por qué haría eso?

—¿Acaso no encuentra respuesta lógica para cambiarse de nombre y apellido después de todo lo que sucedió? Es usted psicóloga ¿cierto? ¿No debería haberlo deducido ya? —dijo con su arrogancia el doctor, dando un pequeño golpe sobre su escritorio con su mano abierta.

Para Natalia nada de eso tenía lógica, no podía creer que estaba frente a un hombre normal para todos y que sólo ella conociera la verdad.

—Repetiré mi pregunta señorita ¿Qué es lo que está tratando de hacer al venir a pedir información de Davide? —preguntó notoriamente molesto.

—No... no tengo todas las respuestas Doctor Ramos, es lo que hago ahora, buscarlas, sólo sé que él es un asesino y que por ende, algo anda mal con su diagnóstico final.

—¿Quiere decir que él siendo aún un niño me engañó para poder salir y luego viene a visitarme y continúa engañándome? ¿Acaso usted está insultando mi trabajo? ¿Entonces usted es la única capaz de acertar con su diagnóstico?! —elevó la voz el Doctor, provocando irritación en ella ante tal petulancia.

—¡No le he dado un diagnóstico aunque soy muy capaz de hacerlo! y ante todas sus preguntas Doctor, sí, pienso que usted y todos los que no conocen la verdad están siendo engañados por ese hombre. Pero si estoy

equivocada Doctor, sea tan gentil de iluminarme y demuéstreme cuán equivocada estoy.

—Eso haré Señori...

—Doctora Córdova —interrumpió Natalia—, me he ganado mi título, le agradecería que lo use de la misma forma que yo uso el suyo Doctor Ramos.

—Está bien... Doctora, voy a buscar el expediente de Davide y así usted misma se dará cuenta del terrible error en el que ha caído —dijo él poniéndose de pie abruptamente—. Voy a necesitar de su tiempo, ahora vuelvo.

Salió el doctor de su oficina, no sin antes mostrar su enfado tirando la puerta detrás de sí.

Cuando se sintió libre de la mirada inquisidora del doctor, logró sacar de su pecho un suspiro de alivio. Aún faltaba la parte más dura, obtener lo que necesitaba del Doctor Ramos, pues él estaba tan seguro de todo que probablemente nunca le entregaría los archivos de Davide y por otro lado, Natalia comenzaba a analizarse a ella misma y, de estar equivocada, no se figuraba el mejor panorama.

Esperó por 15 minutos, estaba tan inmersa en sus pensamientos que se había desprotegido en lo que ella mejor sabía hacer: observar con atención. Había perdido la oportunidad de salir de esa oficina y volver a casa. Las puertas se abrieron y junto al Doctor Ramos entraron dos enfermeros.

—Está bien Natalia, no te resistas, sé que de verdad eres psicóloga y debes entender que todo esto se hace por tu bien —dijo el Dr. Ramos parado junto a los enfermeros con los brazos cruzados.

—¿De qué está usted hablando? —respondió ella levantándose de una sola vez de la silla y colocándose detrás del escritorio—. ¿Me va a encerrar aquí simplemente porque sospecho de algo? —preguntó asustada.

—Hablé con Davide y él me indicó el número de tu psiquiatra, el doctor Pasquetti, él nos pide que te mantengamos aquí por tu propia seguridad y por su propio diagnóstico: depresión y paranoia.

—¡No pueden hacerme esto, yo no estoy enferma! a partir del momento que sepan que Davide estuvo aquí encerrado por 10 años ya se podrá abrir una investigación porque demostrará que tiene antecedentes ¡Usted no puede ocultar esa información!

—Llévensela por favor —dijo el doctor a los enfermeros—, y no te resistas Natalia, sabes que será más difícil para ti.

Natalia miró aterrada como dos grandes hombres la tomaban de los brazos, estaba consciente de que de nada serviría resistirse, los enfermeros eran el doble de fuertes que ella y tenían experiencia en sostener personas a la fuerza, ella conocía ya el procedimiento.

“¿¿He sido tan estúpida para caer en todo este embrollo??” —se preguntaba a sí misma dejando caer las lágrimas que brotaron de sus ojos. Pasó frente a la mirada asombrada de Martha, quien no podía creer que hacía una hora atrás, había estado ayudándola y que en ese instante se la estuvieran llevando como a cualquiera de los tantos enfermos mentales del lugar.

Sin realizarle el ingreso al hospital, puesto que irían por ella en cualquier momento, la encerraron en una habitación, no sin antes quitarle todas sus pertenencias, desde los aretes, hasta los zapatos que llevaba puesta. Así fue como quedó inmersa en una repentina soledad.

Se sentó sobre la cama y sintiéndose frustrada comenzó a llorar con su rostro entre sus manos. No había avisado a nadie dónde estaría, su amigo el doctor Pasquetti creía que en realidad estaba delirando y de seguro la sacaría de allí, pero para internarla en otro hospital psiquiátrico en Italia.

Todos creerían lo mismo, pero estaba tan segura de todo que debía insistir en que Davide Ferradini era aquel que de niño mató a su padre y que estuvo encerrado en aquel hospital por 10 años, esa era su única salida.

Mientras sus manos rodeaban su rostro mojado, no se había percatado que estaba acompañada, y al sentir a alguien de pie cerca de ella, levantó su mirada, llevándose un tremendo susto. Se topó con una mujer parada frente a ella, miraba hacia el vacío y mecía su cuerpo de un lado a otro parada en el mismo lugar, la mujer puso su mano sobre su hombro, en son de consuelo, pero su mirada parecía estar en otro lugar.

Natalia sintió un poco de miedo, tal vez porque nunca había estado tan cerca de aquellos que le apasionaba analizar; siempre hubo la distancia entre la cordura suya y la locura de ellos, pero ahora estaban en el mismo lugar, compartiendo posiblemente el mismo mal. Pese a estar tan segura de lo que había vivido, la duda de su propia salud mental estaba haciéndole compañía.

Natalia le dio una media sonrisa y retiró suavemente la mano de la mujer de su hombro, se recostó sobre la cama y se limitó a esperar.

Del otro lado de la habitación Martha estaba conversando con el Doctor Ramos.

—¿Qué ha sucedido Doctor? Hace apenas unas horas estuve platicando con ella ¿Y ahora está encerrada como cualquier enfermo mental?
—preguntó confundida.

—Sucede que esta mujer está un tanto perturbada, he hablado con su psiquiatra y me ha dicho que la mantenga aquí mientras él viene en camino para llevársela. Al parecer ha estado con algún tipo de depresión anteriormente y ahora su psiquiatra teme que presente un cuadro de paranoia o psicosis, lo cual me parece lo más probable.

—Pero ella es doctora en psicología y no parece tener problemas depresivos Doctor —indicó Martha con su buen ojo clínico, muy dedicada a observar detalladamente a sus pacientes.

—Martha, han habido personas que llegan a este hospital con trajes elegantes y hablando coherentemente, lo que desconocemos hasta que realizamos los análisis es que son mitómanos o que tienden a la pseudología fantástica y muchos sufren de trastornos de personalidad o ninguno de esos casos, sino más graves: delirios, esquizofrénicos o pacientes que presentan psicosis... no debería sorprenderte que éste sea el mismo caso.

—Llevo aquí tan solo 5 años, nunca he visto en este lugar ese tipo de personas comportarse de la manera que la Doctora Córdova lo hacía...

—¡Ay Martha! No has aprendido nada, todavía eres una novata, tú deja en manos de los expertos los casos difíciles, con el tiempo irás ganando experiencia, pero para ello necesitarás muchos años más.

Martha se limitó a guardar silencio, tal vez tenía razón, su corta experiencia no le debía dejar opinar sobre el caso de Natalia, posiblemente ella sí estaba enferma y la corta conversación que mantuvieron las dos, no bastaba para conocer su estado mental, así que no debía dejarse llevar por intuiciones o apariencias, después de todo en su versión de estar trabajando con la policía existía algo de fantasía.

El Doctor Ramos volvió a su oficina al igual que Martha, pero ella no duró mucho tiempo sentada sobre su silla, al parecer sus dudas originadas por su corta experiencia no se comparaba con su inmensa curiosidad; le era muy complicado creer que desde el principio no se hubiera si quiera imaginado que Natalia era algún tipo de persona depresiva, psicótica o mitómana. Martha se caracterizaba por ser extremadamente observadora, como toda buena psicóloga, no podía haber sido esa la excepción.

Mientras Natalia yacía sobre la cama con sus brazos cruzados y mirando al techo como si se hubiera dormido con los ojos abiertos, Martha entraba con mucha cautela en la habitación.

—Hola Natalia, me gustaría, ahora que estarás aquí temporalmente, realizar mi parte del trabajo, como conoces soy la psicóloga de este lugar y me gustaría realizarte algunas pruebas, ya sabes, sólo para mi registro —dijo Martha con su sonrisa amable y pretendiendo realizar simplemente su trabajo

—¿Es necesario que sea ahora mismo? —preguntó Natalia con baja voz, sin ánimos de hablar.

—Preferiría que fuese ahora pues más tarde vendrán por ti, será algo rápido te lo prometo.

Natalia guardó silencio, pensó ante la paciente espera de Martha.

—Está bien —dijo ella levantándose de la cama con pesadez, caminó hasta ella y mostrando una media sonrisa continuó—, después de todo tú me brindaste ayuda también.

Martha llevaba bajo su brazo una carpeta con muchas hojas dentro, su mandil blanco era poco usual, en los bordes de éste, resaltaba una lista de color rosado.

Todo en Martha era distinto a lo que generalmente las personas que trabajaban en el área que ella se desenvolvía, eran. Su cabello perfectamente arreglado llevaba rizos y un listón rosado; dentro de su mandil, un vestido sencillo de bolitas blancas sobre una tela rosa. Ella parecía una niña, reflejaba ternura, un tanto de inocencia y carisma.

Entraron al comedor de los internos, era una habitación grande con tabloncillos largos y sillas apiladas en las esquinas; dada la hora, el lugar estaba vacío.

—Bien Natalia, me gustaría empezar con las pruebas, pese a que tal vez ya sepas como contestarlas... —dijo Martha emitiendo una pequeña carcajada al encontrarse por primera vez haciéndole pruebas a una psicóloga con más experiencia que ella misma.

—No servirá de nada que las responda, sabré como hacerlo, tú mismo lo has dicho, ni si quiera entiendo por qué te tomas el trabajo de hacérmelas —respondió suspirando y apoyándose sobre sus codos en la mesa.

—¿Sabes? al principio tuve la duda del diagnóstico de tu psiquiatra, pero

ahora me parece que me he equivocado...

—No puedes pretender que esté sonriendo ahora, me han encerrado aquí y creo que en este lugar no hay persona más cuerda que yo.

—Entonces quiero escuchar tu historia, tal vez pueda ayudarte escuchándola.

—¿Por qué?

—No lo sé, mi madre solía decir que una intuición es la voz de la verdad hablando en tu oído, por su puesto que de eso nadie está seguro... bueno, ella sí, nunca se equivocaba.

Natalia sonrió sin mucho afán.

—No te preocupes, mi amigo, el que dicen es mi psiquiatra, está en camino, tal vez ahora que se entere que aquel hombre estuvo aquí internado en este hospital por 10 años, crea al menos un poco en la posibilidad de que todo lo que dije es verdad.

—Y ¿qué le has dicho que es verdad?

—Que el hombre que todos creen inocente es un asesino.

—Y tú ¿cómo lo sabes?

—Es una historia muy larga y prometo que te la contaré algún día con una taza de café.

—Seguro que sí —respondió Martha riendo —mira, el doctor Ramos no es un hombre de confianza para mí, ha tratado de llevar el control de este edificio y cuando el director no está, como ahora, le molesta mucho que yo me quede a cargo de este bloque, siendo que soy mucho más joven que él, que tengo tan poca experiencia y... que soy mujer.

Natalia sintió la sinceridad en las palabras de Martha, decidió contarle la historia completa, desde que Davide fue a visitarla por primera vez hasta el momento en que ella estaba allí, omitiendo la parte de que ella no trabajaba con la policía italiana.

—Me has dejado conmocionada —respondió Martha notoriamente atónita y algo incrédula—, pero recibes apoyo de la policía, tú, trabajas para ellos ¿no es así?

Natalia guardó silencio y retiró su mirada de la de Martha, sin nada que

perder, reemplazaría la culpa por la sinceridad.

—La verdad es que... Martha... yo... yo no trabajo con la policía italiana —suspiró profundamente y continuó—, necesitaba encontrar la verdad, sólo de esa forma podría probar que Davide mintió y que yo no estoy loca.

Martha frunció el ceño, bajó su mirada, sintiendo una gran decepción —“el doctor Ramos tal vez tenga razón, acaba de entrar en el patrón de una mitómana, miente para conseguir lo que quiere y sólo dice la verdad al verse acorralada” —pensó.

Para cuando Martha se disponía a preguntar más, un enfermero junto al Doctor Pasquetti entraron por la puerta, a lo que Natalia no le puso mucha emoción.

—Buenas noches —saludó con su ronca voz y un acento italiano pronunciado—, soy el Doctor Pasquetti, Psiquiatra de la Doctora Natalia, y usted es...

—Soy la psicóloga del hospital, mi nombre es Martha Buenaño, lo estábamos esperando.

—He venido lo más rápido que pude.

—Veo que sí... bien, ahora si me disculpan, debo retirarme ya —indicó Martha recogiendo sus papeles de la mesa con desgano—, una buena noche para ustedes.

—No Martha, espera —dijo Natalia agarrándola suavemente de su brazo—, quisiera que te quedes un poco más, debes dar testimonio de lo que sabes.

—Lo único que sé Natalia, es lo que tú misma me has contado. Disculpa, debo irme para que puedas hablar con el Doctor, yo no tengo nada más que hacer aquí —respondió saliendo de la habitación sin voltear.

Natalia entendió que la había confundido, siendo ella tan joven en su profesión, aprendería a no confiar en sus instintos de ahora en adelante. Pensar que ella sería la causante de tal decepción en una profesional, le provocaba un nudo en el estómago.

Ahora debía salir del hospital para volver a casa y procurar ser más cautelosa, pero todas sus emociones florecían al ver a Fabio parado junto a ella, observándola con tal lástima.

—¿Con qué derecho has pedido que me retengan en este Hospital?!

—preguntó Natalia consternada.

—No debes seguir con todo esto ¡es ridículo! has llegado demasiado lejos —dijo el Dr. Pasqueti caminando de un lado a otro en un espacio reducido—, el que Davide haya estado internado aquí no significa que sea él un asesino. Eso sería como aceptar que por el simple hecho de que hayas recibido tratamiento psiquiátrico, tú estés ahora realmente loca —concluyó enfadado.

—¿Sabes entonces que Davide estuvo internado aquí?

—Claro que sí, el doctor Ramos me ha dado su archivo completo y no hay motivo para dudar del detective.

—¿Qué...? ¿no lo has leído aún?

—Claro que lo he hecho.

—Mira, sé que piensas que estoy loca, pero ¿puedo ver el archivo?

—No sé qué tan recomendable sea que lo leas, sin embargo lo haré para que despiertes de tu fantasía y aceptes que necesitas ayuda —dijo lanzando la carpeta en la mesa, resbalando ésta hasta las manos de Natalia.

Ella la tomó con su ceño fruncido, observando primero a Fabio, como clamando por apoyo.

Abrió cuidadosamente la carpeta y repasó sus líneas con asombro.

—¡Este archivo es falso! aquí dice que su ingreso fue en el año de 1998, y que fue voluntario al padecer de una posible depresión causada por excesivo... ¿estrés?... ¡Esto es basura! ¡No es verdad! —gritó Natalia lanzando la carpeta al piso, perdiendo el control al ver cómo la realidad se distorsionaba totalmente—, él ingresó en el año de 1983, cuando aún era un niño y su diagnóstico fue una posible esquizofrenia y...

—¡¡Basta ya Natalia!! —interrumpió Fabio golpeando la mesa con su puño cerrado—. ¿Acaso no te has dado cuenta de que estás equivocada? Deja de lado toda esa paranoia y déjame llevarte a Italia para tratarte como es debido.

—¡No me detendré, quiero que vayas a hablar con el Doctor Ramos, él mismo me dijo que Davide Ferradini no se llama así, que cambió su nombre luego de salir de este hospital a sus 18 años, por lo que las fechas no coinciden!... Fabio por favor, por favor ve y pregúntaselo, de seguro entenderás más cuando sepas la verdad —suplicó Natalia empezando a

sollozar.

El doctor Pasquetti miró la miró desconcertado, negando con su cabeza. Suspiró, poniéndose en cucullas, agarró la mano de su amiga entre las suyas y mirándola directamente a los ojos le habló con un tenue tono, pero parecido al ultimátum que da una persona cuando está al borde de perder la paciencia.

—Vengo de la oficina del Doctor Ramos, él me ha dicho que todo lo que tú dices no tiene sentido, que Davide Ferradini nunca estuvo internado por asesinato y menos aún, siendo un niño. Él mismo me dio el expediente del detective, pese a ser prohibido hacerlo, para que lo leyera contigo y así empieces a entender que todo esto es un simple producto de tu delirio... Natalia, mírame a los ojos —levantó de la quijada el rostro de su amiga—, debes entender que necesitas ayuda profesional, no puedes continuar con esta farsa, te estás lastimando demasiado, recuerda todo lo aprendido en psicología, utiliza un poco ese lado de tu mente que aún está sano y date cuenta de la realidad, por favor, te lo pido como un amigo que se preocupa mucho por ti —terminó su frase secando las lágrimas de ella.

Sollozando, Natalia intentaba contener sus lágrimas, pero le era muy difícil hacerlo al pensar que había la posibilidad de que en realidad estuviera imaginando todas esas cosas y que en efecto, probablemente necesitase ayuda profesional. Por su mente pasó la idea de que tal vez padeciera de algo irreparable. Esto la llenaba de zozobra.

—Está bien Fabio —dijo luego de unos minutos secando sus lágrimas y poniéndose de pie—, no acepto que tengas la razón, yo no estoy loca, pero me daré el placer de demostrártelo. Llévame a Italia, al lugar que tú creas más conveniente. Si tú tienes la razón y todo esto es producto de mis delirios, entonces me dejaré en tus manos, mientras que si es todo lo contrario, tú mismo me ayudarás a encerrar a Davide.

—Es una buena elección la que estás tomando Natalia y tenlo por seguro, toda esa tristeza que emanas ahora, en poco tiempo se irá junto con todos tus problemas.

Se aproximaron hasta ella los dos enfermeros que no habían salido de la habitación e intentaron sujetarla de los brazos para llevarla hasta donde el doctor lo indicase, pero éste al ver la quietud y calma de Natalia lo impidió, pidió se le devuelvan sus cosas y se la llevó en un taxi hasta el aeropuerto, donde la llevó de vuelta a Italia.

Capítulo 6

CAPITULO 6

Antes de llevarla hasta el hospital Psiquiátrico en el que el doctor Pasquetti trabajaba, llevó a Natalia hasta su departamento para que pudiese recoger un poco de ropa.

Durante el camino, ella había pensado seriamente en su estado mental. Trató de recordar con detalles las sesiones con Davide; intentaba acordarse en qué momento, si era el caso, confundió las cosas o empezaron sus delirios. Al menos estaba segura de que Davide Ferradini existía, de lo contrario dudaría aún más de su salud mental.

Recordaba también haber estado con Lorena cuando encontró a la niña y le asustaba aún más que entre tanta psicosis, desarrollase también algún tipo de doble personalidad que le hubiera llevado a ella misma a encerrar a la niña en el ático de aquella casa, para luego mezclar todas las historias y dar con el paradero (conscientemente desconocido para ella) de la niña.

Deducía, hasta llegar a casa, todo lo que podía estar sucediendo en su mente, si es que estaba equivocada.

El desgano de Natalia mientras recogía su ropa y la colocaba en una maleta se incrementaba al pensar en el lugar al que se dirigía. El sentimiento de culpa e ira que retuvo por mucho tiempo, cuando su madre y novio murieron en un accidente de tránsito mientras ella conducía años atrás, había desaparecido por completo, lo único que sentía ahora era nostalgia por ellos, nada que pudiera desencadenar enfermedad mental alguna.

Lista para salir de su habitación con su maleta en brazos y la desilusión adherida a ella, dio un último vistazo por la ventana

“Voy a extrañar tanta libertad” —dijo en un susurro.

Antes de voltear para seguir su camino, pasando su mirada por la ventana, vio a lo lejos a un hombre alto, envuelto en una gabardina elegante negra, abriendo el candado de la cerca del Hotel enfrente de su apartamento y entrar, le pareció reconocer en ese hombre a Davide Ferradini.

Sin imaginar lo que él podía estar haciendo ahí, apagó las luces de su habitación y tras las cortinas continuó mirando. Consciente de su posible estado mental, pensó que tal vez podía estar imaginando eso también,

pero entonces quería saber en qué terminaría su nueva alucinación.

Una luz muy tenue proveniente de una ventana redonda en el último piso del hotel abandonado, se encendió. Natalia intentaba divisar con dificultad lo que detrás de esa ventana había. Forzando su vista pudo distinguir a ese hombre sentándose frente a su ventana y junto con sus binoculares dirigir su atención hacia el departamento de ella.

Pese a la dificultad que Natalia tuvo para diferenciar la identidad de aquel hombre, fue suficiente para reconocer que Davide Ferradini la había estado observando hace ya mucho tiempo atrás.

Salió de su habitación en puntillas y apagando las luces, acercándose a su extrañado amigo.

—Ahora me creerás lo que te digo —dijo ella susurrando y nerviosa—. Davide Ferradini está en este mismo momento observando desde la ventana de enfrente, desconozco desde cuándo lo hará... Pero eso explica el que conociera tantas cosas sobre mí.

—Natalia, recuerda a donde nos dirigiámos —recalcó el Dr. Pasquetti tomando de los hombros a su amiga, tratando de acostumbrar su vista a la repentina oscuridad—, no desvíes tu atención hacia cosas que no debes, recuerda que ya habías admitido necesitar ayuda.

Natalia, enfadada, agarró la mano del doctor Pasquetti y, tropezando con algunas cosas en su camino, lo llevó hasta su habitación; buscó presurosa entre sus cajones sus pequeños binoculares que había comprado por internet cuando pensaba ir de camping, y se los entregó.

—¡Mira por ti mismo! —dijo poniéndolos fuertemente en el pecho de su amigo para que los tomase—. Hazlo con cuidado para que no te vea y mira hacia la ventana redonda del último piso, aquella con la luz tenue.

—No lo haré Natalia —dijo Fabio seguro de no querer entrar en ese juego.

—Sí lo harás, porque crees al menos un poquito en mí, porque en algún momento te hice dudar de tu diagnóstico hacia Davide, hazlo al menos para no sentirte culpable de haber encerrado en un hospital psiquiátrico a tu amiga sana —concluyó Natalia controlándose para no gritar.

Fabio vaciló por varios segundos. Virando sus ojos, juzgándose a sí mismo por lo que iba a hacer, tomó los binoculares y observó a través de éstos, hacia la dirección que Natalia le pidió.

Trataba de mantener firmes los binoculares en sus manos, se le dificultó un poco encontrar la ventana que su amiga le había señalado, pero al instante, vio a un hombre con binoculares también, observándolo al

mismo tiempo. Con sorpresa esperó a que el intruso se quitara sus binoculares de los ojos para reconocerlo, pero entonces la luz tenue que permitía ver muy poco, se apagó.

—Después de todo, lo que has dicho es cierto, hay un hombre observando hacia tu apartamento, pero ¿Cómo sabemos que no es un fisgón simplemente? ¿Por qué supones que es Davide?

—¿No le has visto el rostro? —preguntó Natalia hartándose de la falta de coincidencias cuando más las necesitaba.

—No, la luz se apagó, apenas divisé un hombre con binoculares observando hacia acá.

—¡Entonces te vio!... Debemos salir de aquí, si sabe que tú lo viste supondrá lo obvio y querrá matarte —advirtió Natalia inquieta.

—Y ¿Qué es lo obvio según tú?

—Es que tú dijiste que estaba sano y ahora él creerá que dudarás de tu propio diagnóstico y querrá matarte para que no haya dudas.

—¿Dudas de qué? Escúchate por favor...

—No es momento de una sesión Fabio, tenemos que salir de aquí.

—Está bien Natalia, te demostraré que alucinas por completo, no sé cómo alcanzaste a ver quién estaba al otro lado de la ventana con tan poca luz. Ahora mismo voy al hotel y hablaré con el guardia de seguridad para saber quién está arriba observando hacia acá —dijo Fabio frunciendo el ceño y saliendo del departamento, haciendo caso omiso a Natalia, quien intentaba detenerlo.

Sin parar e incitado por el ligero enojo que había sentido al perder la paciencia con su amiga, caminó rápidamente hasta el hotel abandonado, donde se encontró con el guardia de seguridad, dormido en su garita.

—Buenas noches señor —irrumpió Fabio en el sueño del hombre—, disculpe que interrumpa su siesta. Hay un hombre en el último piso con binoculares observando hacia el apartamento de mi amiga, quisiera estar más tranquilo conociendo quién está haciéndolo.

—Debe ser el otro guardia, él vigila toda la noche por adentro —respondió dejando notar su insoportable aliento a alcohol.

—Le agradezco la información y agradecería mucho más si le pide que dejara de hacerlo, no puede irrumpir la privacidad de los demás de tal

manera.

—No se preocupe, ahora mismo se lo digo —dijo el guardia apoyándose nuevamente sobre el espaldar de su cómoda silla y disponiéndose a continuar con su siesta, haciendo caso omiso al pedido de Fabio.

—No veo que lo haga señor —indicó Fabio enfadado ante la apatía y el asqueroso olor de alcohol saliendo de la respiración del guardia—. ¿Podría hacerlo ahora mismo? ¿O tendré que llamar a la policía? No quiero subir y volver a ver a ese hombre mirando hacia el apartamento de mi amiga.

Sin tener otro remedio, el guardia de seguridad agarró su radio y llamó a su compañero, el cual respondió desde muy cerca, Fabio podía escuchar la voz de éste por la radio y a su alrededor. El guardia le pidió específicamente que dejase de observar al departamento de enfrente.

—No tengo ventanas a mi alrededor y no me muevo por las noches de mi puesto, es muy tétrico por aquí adentro —respondió el otro guardia.

Tal afirmación dejó a Fabio pensativo.

“Debe estar mintiendo para salvarse” —pensó, y sin más retraso volvió hasta el departamento de Natalia.

Una pequeña voz, aquel presentimiento le decía que tal vez ella tenía razón en algunas cosas, pero él prefería no prestar atención a su voz interior, no quería confundir el afecto que le tenía a su amiga, con lo que realmente estaba ocurriendo.

Al entrar Fabio al departamento de Natalia, se topó con una pequeña nota sobre el sofá.

“Lo siento Fabio, por un momento llegué a creer que estaba enferma, pero ahora que vi a Davide observándome, sé que todo esto sí sucedió, de alguna manera lo detendré. Sería bueno que tú me apoyaras, la vida de muchos está en peligro”

El Dr. Pasquetti soltó su cuerpo sobre el sofá, arrugó entre su puño la pequeña nota mientras pasaba la otra mano sobre su cabeza con sorpresa por haberse dejado engañar.

“Tendré que buscarla antes de que siga hundiéndose en su propio juego” —Pensó, saliendo en búsqueda de un taxi.

Mientras esperaba en la acera, volvió su mirada hacia la ventana redonda del último piso del hotel, llegando a divisar aquella tenue luz que casi se confundía con el reflejo del farol e inmediatamente se volvió a apagar. Miró hacia donde estaba el puesto de guardianía y se topó con los dos

guardias tomando un vaso de café.

“Si sólo hay dos guardias ¿quién está arriba entonces?... ¿Davide Ferradini?” —especuló para sí mismo.

Pensó en acercarse hasta los guardias nuevamente para preguntar, pero era tarde y el único taxi que pasaba frente a él, tal vez sería el único que conseguiría a esas altas horas de la madrugada.

Decidió subir al vehículo, en el que dio una vuelta a la manzana buscándola, sin suerte alguna. Natalia se había esfumado y no tenía ni rastro de ella.

Sería mejor buscarla por la mañana, cuando la luz del día lo ayudara y su agotamiento hubiere desaparecido, debía volver a su casa y descansar. Fabio estaba empezando a pensar demasiado en la posibilidad de que ella tuviera razón y no debía dejarse llevar por sus emociones.

En el camino a su casa, el Doctor Pasquetti realizó un par de llamadas insistentemente al celular de Natalia, sin lograr que ella respondiera. Pensó en llamar al detective Ferradini para que lo ayudara a encontrarla, entonces pensó en que la involucraría en muchos problemas, pero si no la encontraba al siguiente día, debía notificar a las autoridades sobre su estado mental.

Estaba tan sumido en sus pensamientos que al pasar frente a una iglesia no se percató que una mujer estaba sentada en las escaleras de piedra, arrimada a la puerta de la misma, abrazando sus rodillas encogidas al pecho y su rostro metido entre sus brazos.

Su angustia, la había llevado en búsqueda de un refugio seguro. Pensó entonces en la iglesia a la que solía asistir años atrás, antes de enfadarse con el destino que Dios había puesto en su camino.

Como a muchos, en el momento de la desesperación y soledad, creer en algo más allá de su propia comprensión, le brindaría alivio, pasajero por lo menos.

Se encontró con las puertas cerradas de la iglesia, sin dinero no tenía a dónde ir y tampoco lugar seguro donde pasar la noche.

Se dispuso a quedarse junto a la puerta de aquella pequeña iglesia y pasar la noche allí, su llanto brotó repentinamente, sentía que cada vez se alejaba más de detener a Davide.

“¡¡Maldito seas!!” —gritó perdiendo el control mientras continuaba

llorando.

Se le acercó repentinamente alguien, haciéndola asustar. Era un hombre de pocos cabellos blancos y mirada dulce.

—Hola ¿Estás bien? ¿Necesitas ayuda? —preguntó él.

—Natalia no podía parar su llanto.

—Estoy bien... No se preocupe —respondió entre sollozos.
No parece estar bien, déjame ayudarte —se acercó más hasta tratar de ayudarla a levantarse.

Natalia, asustada, se alejó tratando de evitar su aproximación.

—Tranquila muchacha, soy el cura de esta iglesia, he escuchado tus gritos cuando sacaba la basura.

Sonriendo, él se aproximó nuevamente tendiéndole su mano.

—Ven conmigo, te daré un vaso de agua hija, está haciendo demasiado frío para que estés sentada aquí con tan poco abrigo.

Ella dudó, pero inmediatamente respondió tomando la mano del cura y dejándose guiar por él.

El vaso de agua la tranquilizó un poco y viendo la buena voluntad del cura, le agradeció por ello.

—Solía venir a esta iglesia... ¿el Padre Russo sigue aquí?

—No hija, hace mucho tiempo que él fue transferido a otra parroquia.

—Qué lástima, me agradaba mucho...

—Bueno, yo también te agradecería si vinieras a misa seguido —contestó el cura sonriendo.

Natalia respondió con una media sonrisa, su tristeza era profunda y notoria.

—Ahora que estás más tranquila, tal vez te haga bien platicar un poco.

—Sí, pero verá Padre, he hablado tanto al respecto que ahora todos creen que estoy loca, dudo mucho que usted sea la excepción, contarle lo que me sucede sólo hará que se sume a la lista y eso no me conviene ahora.

—¿Por qué no tener un poco de fe y creer lo contrario? Podría ser el único que te crea cuerda.

—Es una observación muy buena padre...

—Pruébame, soy buen confidente.

—¿A manera de confesión?

El cura sonrió y asintió con la cabeza.

Natalia cargaba sola su pesar y cuando fue hasta allí, no lo hizo únicamente buscando un techo para resguardarse, lo hizo también buscando ese algo que ni ella misma podía explicar, que le llenara un poco el hoyo en su corazón. Buscaba consuelo y fuerzas para continuar.

Sintió que sería bueno confiar en alguien que no podría hacer nada después de conocer lo que le dijera, alguien tan neutral como un confesor. Entonces le contó sobre su problema. Mientras lo hacía, veía el pavor reflejado en los ojos del cura.

—A juzgar por su expresión, tenía razón Padre, parece ser usted el único en creerme.

El cura continuaba con la misma expresión y cada vez parecía empalidecer un poco más. Se levantó de la pequeña mesa en la que conversaban, caminó con su mano tapando su boca sin retirar su espanto.

—En fin, lo que le conté no es nada a comparación de sentirlo en carne propia... lo lamento, no quise horrorizarlo, ni preocuparlo...

—No, no... no ha pasado nada...

—Por cierto, mi nombre es Natalia —indicó ella poniéndose de pie y extendiendo su mano para estrechar la del cura.

Él quedó observándola con preocupación, tardó unos segundos en reaccionar.

—Perdona... —dijo el cura tomando la mano de ella para estrecharla —Mi... mi nombre es Francesco, soy el Padre Francesco hija, un placer y... disculpa que esté así, en verdad tu historia es preocupante.

—Gracias por el agua padre Francesco, usted ha sido muy bueno al ayudarme, ahora me voy para dejarlo descansar.

—¡No!... espera, no puedes irte, no tienes a donde ir, pero puedes

quedarte aquí al menos por esta noche, aquí estarás a salvo.

Ella no tuvo mucho qué pensar, en realidad necesitaba un lugar donde pasar la noche a salvo. Sin remedio y arriesgándose a parecer abusiva, aceptó la invitación del padre, quien la llevó hasta una habitación en la parte posterior de la Iglesia. Ahí se recostó y sintiéndose segura, inmediatamente concilió el sueño que hacía tanto tiempo no lograba hacerlo.

Mientras tanto el Padre Francesco estaba fuera de la habitación donde dormía Natalia, arrimado a la pared, sumido en sus pensamientos.

“Dios, la has puesto en mi camino ¿qué significa?” —hablaba con el creador a manera de oración y pensaba en su cuestionamiento una y otra vez.

La puerta de la habitación contigua se abrió, apareciendo Samuele entre la oscuridad. El repentino ruido lo había despertado y al salir, se llevó un susto al ver al padre Francesco parado en medio de la penumbra.

—¿Qué sucede Padre, se encuentra bien? —preguntó Samuele.

—No sucede nada hijo, simplemente he traído hasta esta habitación a una muchacha que estaba afuera necesitando abrigo, el día de mañana se irá.

—Y... ¿quién es ella?

—Su nombre es Natalia y voy a pedirte muy encarecidamente que no hables mucho con ella, está un poco perturbada por la situación por la que está atravesando —dijo el padre Francesco tratando de mantener a Samuele al margen de sus problemas.

—Está bien Padre... —respondió él, dudoso y volviendo a su habitación—, lo que me intriga —continúo deteniendo su paso y volteando hacia el cura—, es saber por qué habiendo siempre pordioseros durmiendo a la intemperie afuera de la iglesia, usted se compadece únicamente de ella.

—No tienes que comprenderlo, muchos pordioseros han elegido mendigar, esta muchacha sufría por cuestiones distintas... Además, no tienes por qué cuestionar siempre todo lo que hago Samuele, estoy viejo pero no incapacitado —terminó diciendo el párroco un tanto enfadado y retirándose hacia su habitación.

El padre Francesco era muy caritativo, pero nunca había metido a alguien de la calle hasta allí, de lo contrario, ese sería un albergue y no una iglesia, cosa que lo aprendió del mismo cura. Samuele no dudaría en

averiguar lo que le provocaba tantas dudas.

Entre sueños perturbadores Natalia pasó la noche, despertó muy temprano sin lograr conciliar el sueño nuevamente como lo deseaba tanto, en realidad prefería no despertar sino hasta que todo hubiera pasado.

Tomó su chaqueta y sigilosamente, salió. Trataba de no hacer mucho ruido para no despertar a nadie. Buscó el comedor, lugar en el que había hablado con el Padre Francesco la noche anterior, su intención era dejarle una nota agradeciendo su hospitalidad y salir de ahí a continuar buscando algo que incriminara a Davide Ferradini en sus asesinatos, pero se topó con un joven desayunando, dada la hora, se sorprendió de sobremanera.

—Buen día ¿cómo amaneciste?... ¿Natalia verdad? —dijo Samuele.

—Sí... buen día. ¿Y tú eres...?

—Mi nombre es Samuele Bianchetti, vivo aquí junto con el padre Francesco, quien ha sido muy bueno contigo al dejarte pasar la noche en aquella habitación, nunca lo ha hecho antes —dijo él retirando la silla e invitando a sentarse a la desconocida—, ¿gustas un poco de café?

—Lo aceptaré, gracias —respondió ella algo apenada, al haber llegado hasta allí con las intenciones de marcharse sin decir nada, después de tanta hospitalidad.

—No daré muchas vueltas al asunto, pues el Padre Francesco no tardará en despertar. Estoy curioso y preocupado por lo que está sucediendo Natalia, tal vez tú puedas aclarar mis dudas, coincidentemente apareces cuando busco un vínculo con la nueva actitud del padre. Antes él nunca te hubiera invitado a pasar la noche aquí.

—No entiendo de qué me estás hablando, yo no conocía al padre Francesco, si es a lo que te refieres, sino hasta ayer por la noche, cuando me dio posada al verme en mala situación, no sé si será costumbre o no de él hacerlo, sólo sé que lo hizo conmigo... por lo que estoy muy agradecida por cierto.

—¿Agradecida marchándote antes de que despertara?

—No... no he querido ser descortés, sólo he querido evitar problemas.

—¿Qué tipo de problemas?

—Los que traigo conmigo ahora... disculpa si he sido impertinente al aceptar pasar la noche aquí, pero necesitaba un lugar dónde descansar

antes de levantarme nuevamente.

Samuele miró por un momento a Natalia tratando de analizar sus palabras, pasó su mano por su frente apenado, dispuesto a desistir de su interrogatorio.

—Disculpa, creí que tal vez tú podías darme alguna pista del por qué el Padre Francesco ha actuado tan extraño últimamente... sé que no es asunto mío... ni tuyo, pero de verdad me preocupa su estado.

—No te disculpes, te entiendo perfectamente.

—Pero no desperdiciemos la oportunidad de charlar un poco mientras terminamos nuestro café, hace mucho tiempo que no converso con alguien por la mañana ¿A qué te dedicas Natalia?

—Soy Doctora en Psicología —respondió ella con una ligera sonrisa, pretendiendo olvidar por unos minutos su desgracia—, y tú ¿eres cura también?

—Prefiero la palabra Sacerdote, y sí, estoy preparándome para serlo.

—Ah, disculpa no conozco la diferencia...

—No es necesario que la conozcas, es la misma cosa al final de cuentas —respondió riendo.

—Debe ser una decisión difícil entrar en la vida al servicio de Dios —señaló Natalia dando un sorbo a su café—, y de mucha vocación... admiro a los que hacen cosas tan sacrificadas.

—¿Sí? Bueno, no me admires a mí, no soy más que una persona normal y para ser sincero contigo, no sé si es realmente lo que deseo.

—¿No sabes si quieres ser sacerdote?

Él sonrió nuevamente, tomó un sorbo de su café caliente y se dispuso a abrirse.

—Verás, todo empezó con mis estudios de filosofía, después de ello quería estudiar historia o algo relacionado a la investigación. Entré a la universidad más joven de lo que usualmente los chicos empiezan sus estudios universitarios. Luego pensé en estudiar psicología también, sin embargo me llamó mucho más la atención Teología. Pasé por muchos problemas en mi vida y quise ser monje para cuando estaba cerca de egresar en Teología, pero después el camino me condujo a la iglesia Católica y luego, al Padre Francesco, quien ha sido como un verdadero padre para mí; él me trajo hasta aquí y no he querido dejarlo solo, me he

encariñado bastante con él y a su edad, creo que estar solo no sea una buena opción —detuvo sus palabras para reír al verse confesando sus verdades—, pero dime Doctora Natalia, con tu experiencia en psicología ¿qué opinas?.

—Vaya encrucijada la tuya, al parecer ahora solamente querías o quieres ser cura por tu ejemplar de padre, el padre Francesco. Sin embargo, en ti ya había la vocación de no ser así ¿Por qué estudiarías Teología? Y tú mismo lo has dicho, querías ser monje.

—Así es, pero la razón de eso era que buscaba la paz espiritual, aunque al pasar el tiempo me han hecho cambiar de idea en algunas cosas.

—La calma espiritual está en ti mismo y si ser cura o monje te da la pauta para sentirla, entonces debes hacer lo que decidas.

—Lo haría con mayor agrado si estuviera seguro de que es eso lo que aún quiero... Todavía falta tiempo para poder decidir sobre mí, ahora quien me importa es la situación del Padre Francesco... y pensé que tú me darías alguna pista de ello, pero me equivoqué...

—¿Qué sucede con él?

—No lo sé, por eso he sido un patán al tratar de que tú me explicaras por qué te dejó pasar la noche aquí, pensando que estabas involucrada en su historia, pero ya me he disculpado, entiendo que no ha sido más que su bondad.

Natalia continuó bebiendo su café y en silencio los dos se quedaron. Él, mirando al frente y ella, mirando su taza.

Samuele sólo estaba preocupado por el Padre Francesco y parecía ser muy importante conocer el por qué le dio posada esa noche. Tal vez Natalia no comprendía las razones porque no sentía en su propia piel el tormento que Samuele vivía al estar tan inquieto por la situación del Padre, pero ella sí sabía lo que era vivir un tormento, así que estaba consciente de que dejarlo con la duda, no le causaría más que un suplicio.

—Está bien Samuele, te contaré un poco de lo que me ocurre y así entenderás por qué el Padre Francesco me ha dejado dormir aquí...

—No, no hace falta, sé que ha sido por bondad, él es un hombre bueno, no he querido decir lo contrario.

—Sí, lo es, pero tú no estarás tranquilo hasta que comprendas por qué tanta bondad hacia mí.

—Tienes razón —respondió Samuele riendo —no me quedaré tranquilo... eres muy buena, debes tener éxito en tu carrera.

—Gracias...

—Y bien, ¿Qué es lo que ha hecho que el padre Francesco se compadezca de ti?

—Le he contado mi historia, una en la que un asesino me ha involucrado...

—Vaya... ¿Qué te ha hecho?

—Me ha puesto en medio de un juego sombrío, en el que él esconde gente y yo la tengo que buscar.

—¿No has hablado con la policía?

—Es más complicado de lo que parece... Davide parece inocente y no hay forma de probar la verdad.

—Y ¿Cómo te hace buscar?

—Vino hasta mí, tratando de buscar una víctima que guardara el secreto de confesión, ya sabes, como ustedes los curas, nosotros los psicólogos tampoco podemos revelar lo que en sesión se dice, a menos claro que sucedan cosas de este tipo, en estos casos lo que se hace es tratarlo en conjunto con un psiquiatra y emitir el diagnóstico que permita inculparlo, pero él es más listo que todos, no creo que haya forma de incriminarlo.

—Suena complicado, lo siento tanto por ti... y este hombre ¿Davide has dicho?

—Sí, lo siento, se me ha escapado su nombre, no debí habértelo dicho.

—No te preocupes yo... espera un minuto ¿Davide? —preguntó Samuele levantándose de la silla con su ceño fruncido y pensativo—, ¿Cómo es él?

—¿A qué te refieres con cómo es él?, ¿físicamente?

—¡Sí, sí! ¿cómo es físicamente?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Sólo dímelo, por favor...

Natalia observó con desconfianza a Samuele, repentinamente él se puso

muy nervioso.

—Es un hombre de cabello oscuro, ojos azules, alto... ¿Ahora me dirás a qué viene tu pregunta?

—¿Lleva gabardina larga generalmente?

Ella abrió sus ojos con asombro.

—¿Qué...? ¿Tú cómo lo sabes?

Samuele se sentó nuevamente, con la mano cubriendo su boca, agitado y sintiendo su corazón latir con fuerza.

—¿Cómo lo sabes?! —volvió a preguntar Natalia un poco más exaltada.

—No... no lo sé, creo que lo he visto en el confesionario con el Padre Francesco.

—No lo entiendo...

—Natalia, estoy tan asombrado como tú... Déjame explicártelo, luego de que este hombre se confesó con el Padre Francesco, él ha cambiado, está aturdido y no ha vuelto a ser el mismo...

—Pero... ¿Por qué asumes que es Davide el mismo hombre?

—Porque un día este hombre salía del confesionario y el Padre Francesco lo llamó por su nombre, me lo grabé porque pensé que me llevaría a alguna pista, como ahora lo hace.

Natalia no podía creerlo, estaba atónita, quedó por varios segundos, jadeante y con las manos temblorosas, observando a Samuele mientras su mente le enviaba destellos de información acumulada.

—Lo entiendo —susurró recuperándose del asombro—, él guarda el secreto de confesión... Pero entonces —alzó su voz hasta el tono original—, él puede ayudarme ¡El Padre Francesco puede...!

—No Natalia, él no lo hará —interrumpió Samuele—. Él es fiel al secreto de confesión, ya he intentado que hable... además, sería algo muy peligroso para él.

—¿Peligroso para él? Tú no tienes idea del infierno que vivo tratando de sobrevivir a todo esto, tratando de mantenerme cuerda, tratando de encerrarlo para proteger a todos los niños inocentes que él mata... Si el

Padre Francesco está involucrado en esto, él debe ayudarme.

Samuele volvió a ponerse de pie, sin perder de vista los ojos suplicantes de Natalia, acercándose más a ella.

—Por otro lado, no sabemos con certeza que ese hombre sea el mismo —recalcó Natalia—, podría tratarse de una coincidencia de nombres nada más.

—No lo creo... y sí, tienes razón, él debe ayudarte, pero conociéndolo no lo hará, así que debemos pensar en otra cosa.

—¿Qué otra cosa que lo...?

Las palabras de Natalia se vieron interrumpidas por la entrada del padre Francesco, quien dirigió su mirada molesta hacia Samuele, pues había desobedecido a su pedido.

—Padre Francesco, buenos días, necesitamos hablar con usted —dijo Samuele evitando su mirada.

—No tengo tiempo, Natalia mencionó que debía marcharse temprano y yo debo hacer mis tareas diarias, al igual que tú Samuele.

—No Padre Francesco —insistió él poniendo una actitud más firme—, será ahora la conversación, Natalia me ha contado todo y ahora sé que usted también conoce a Davide.

—¿De qué estás hablando? Si Natalia te contó lo que le sucede es su problema, pero no tienes por qué continuar con tus investigaciones sin sentido.

—Sabemos que es así Padre Francesco y de verdad necesito saber qué le ha dicho, necesito de su ayuda —resaltó Natalia guardando una esperanza más.

—Desconozco de lo que estás hablando hija, no entiendo nada y tampoco me interesa hacerlo.

—¡Padre, muchos niños están siendo víctimas de un demente que se cree invencible! —dijo Samuele alzando la voz a su tutor, esperando que éste reaccionara—. Deje de mentir al respecto, que así como respeta tanto el secreto de confesión debe respetar la verdad.

El Padre Francesco guardó silencio, mirando a Natalia y a Samuele, se limitó a negar con la cabeza y bajar la mirada mientras daba media vuelta

y salía del comedor sin pronunciar palabra alguna.

—¡Padre por favor! —gritó Natalia en vano al cura que cerró la puerta detrás de él.

—Tengo una mejor idea Natalia. Te llevaré a mi habitación, le diré al padre Francesco que te fuiste y esperaremos el tiempo que sea necesario hasta que ese hombre vuelva, estaré muy atento a ello y entonces podremos llamar a la policía, con esa presión el Padre Francesco tal vez diga lo que sabe —expuso Samuele con la seguridad de poder encontrar la solución.

—No, la policía es él Samuele, Davide es detective y está a cargo del caso... Sin embargo la idea de quedarme hasta que él llegue a hablar con el Padre Francesco me agrada, si no te molesta lo haré.

—Hazlo, quédate el tiempo que necesites, mientras que yo seré la sombra del Padre Francesco, así podré avisarte en caso de que Davide apareciera. Yo dormiré en la habitación contigua, pero el Padre Francesco no puede saber nada al respecto.

Pasó el día encerrada en esa habitación, el aburrimiento era abrumador, y tan sólo había transcurrido un día. Al menos tenía donde pasar las siguientes noches sin correr riesgos.

La noche llegó con la lentitud de quien espera que algo suceda. Samuele le llevó comida y agua, pero aún no había visto a Davide. Natalia sabía que no tardaría mucho en aparecer, con ella desaparecida, no tendría a quién más visitar.

Para cuando la oscuridad se apoderó del cuarto, ella se había quedado dormida. Samuele entró para percatarse de que estuviera cómoda. Se acercó y la arropó, deslizando la cobija hasta su cuello, donde se detuvo, sin soltarla, observando el rostro de ella. La miró por largos segundos, preguntándose cómo podía cargar con todo ese pesar por sí sola.

—Dios nunca nos da más de la cuenta... —susurró separándose de ella.

Desde la puerta de la habitación, antes de salir, volteó a observarla nuevamente; su figura bajo esa cobija, emitiendo una paz tan necesaria para ella en ese momento. Él sonrió y cerró la puerta suavemente, esperando no hacer ruido alguno que interrumpiera el sueño profundo en el que ella había caído.

El tiempo transcurría lentamente, habían pasado ya tres días en los que Samuele no perdía de vista al Padre Francesco, sólo se separaba de él para llevar comida a Natalia y conversar un poco con ella. Comenzaba a creer que todo sería en vano, hasta que una tarde vio a un hombre con

abrigo entrar a la Iglesia y sentarse en la primera banca. Desde lejos Samuele no podía distinguir si se trataba de Davide.

El Padre Francesco se dirigía al confesionario y al ver al hombre, su aspecto apaciguado cambió por una expresión de asombro y terror.

“¡Es él!” —dedujo Samuele y con prisa, se dirigió hacia su habitación.

Abriendo apresuradamente la puerta, sin hacer mucho ruido, entró a la habitación, encontrando a Natalia recostada de lado en la cama, dando las espaldas hacia la puerta.

Llevaba puesta el único vestido que logró llevar consigo después de huir de su departamento, la falda corta dejaba ver sus piernas hasta más allá de lo permitido para Samuele, y pese a la prisa que llevaba, él, se quedó inmóvil, mirándola de pies a cabeza. Eran ya muchos años en los que no veía con tal cuidado la silueta de una mujer, especialmente de una mujer hermosa como ella. Su corazón palpitó con mayor fuerza y su prisa desapareció por un tiempo ante tal imagen.

Lentamente Natalia despertó ante la presencia de Samuele, haciéndolo reaccionar y acercarse con cuidado a ella.

Se sorprendió de verlo a esa hora pasando por la habitación y no pudo ocultar su emoción de verlo. Esos días había pasado sin mucho qué hacer, así que era muy importante para ella tener compañía que la distrajera del tedio, y él, le había dado su tiempo; conocerlo la había llevado a apreciarlo más de lo que ella pudiera aceptar.

Samuele era un hombre muy inteligente, simpático y de buen corazón; todo lo que una mujer buscaría, pero ella luchaba contra sí misma para no sentir más que gratitud hacia él. Era un hombre destinado a la sacristía por lo que no debía mezclar sus sentimientos. Su fragilidad por la situación por la que atravesaba podía confundirla; no podía equivocarse, y aunque era tan poco el tiempo que había pasado con él, estaba siendo suficiente para sentirse atraída.

—Vamos Natalia —dijo retirando rápidamente la mirada que sostuvo durante unos segundos sobre sus labios—, debes venir, Davide está en el confesionario con el Padre Francesco.

Natalia se levantó de la cama presurosa y juntos salieron de la habitación.

—Samuele, voy a necesitar que te alejes de aquí, no debe notar que tú sabes algo de esto, él es muy perspicaz y puede saber que tú estás involucrado con tan solo verte —dijo Natalia deteniéndolo, poniendo su

mano contra el pecho de él antes de salir hacia el altar.

—No te dejaré sola con esto —respondió él, tomando la mano de ella y apretándola con firmeza—, si somos dos, seremos más presión tanto para Davide como para el Padre Francesco.

—No Samuele, tú serías nuestra salvación si algo nos llega a suceder, él no sabe que hay un tercero que conoce los hechos.

Casi contra su voluntad propia, tuvo que retirarse y observar escondido detrás del muro, lo que estaba a punto de suceder.

Mientras que Natalia se dirigía hacia el confesionario, estaba dispuesta a escuchar toda la conversación entre el Padre y Davide, muy sigilosamente se paró junto a la cortina que cubría el confesionario y esperó.

—Su trabajo Padre, es excelente, pese a que la última vez no le di la ubicación precisa del niño, usted lo halló ¡Bravo por eso! —dijo Davide encendiendo un cigarrillo y tomando una gran bocanada de humo—, ahora le tengo más trabajo, estuve viendo la escuela que está en frente de esta Iglesia y pensé: “vaya, que lugar tan acogedor para mi actual víctima” ¿quién podría encontrar a un niño perdido en una escuela? Ahora le toca ir a...

—Apaga ese cigarrillo y escúchame bien Davide —dijo el Padre Francesco enfadado e interrumpiendo al asesino—, no continuaré con tu jueguito ¿quieres involucrar a más personas en esto? ¡Hazlo! ya seríamos más personas al conocimiento de tus asesinatos, pero yo renuncio a escuchar tus confesiones.

—Eso es muy triste Padre, comenzaba a pensar que usted era inteligente. El problema es que nadie más formará parte de las búsquedas, me divertiré más matando a los niños y listo. Sé que su ayudante ¿cómo se llama?... ¡Samuele! no es un hombre de tanta confianza como usted, aún no está listo para ser mi confesor y sé también que es muy listo y que me mira atentamente cada vez que vengo, por su actitud debe sospechar algo, pero me limito a darme cuenta de ello, si lo involucro, lo haré como una más de mis víctimas... Por lo visto ya no tengo nada más que hacer aquí —dijo Davide poniéndose de pie con el cigarrillo en su boca y dispuesto a salir—. Suerte con su conciencia Padre, estará marcada con muchas muertes, quizá logre superarlo con un poco de oraciones.

—No es sólo eso Davide, tú no harás más daño porque contaré todo lo que has hablado conmigo, soy cura y tengo influencia espiritual sobre la conciencia de algunas personas.

—¡Jaaaa! —carcajeó Davide con ironía—. No lo hará, conozco muy bien a su especie, pero si lo hace, yo soy detective Padre y hay suficiente mala

fama entre los sacerdotes como para hacerle formar parte del grupo a usted también. A la mayoría de curas les gusta los niños por ser tan indefensos ¿no es así?... simplemente no lo hará —concluyó Davide terminando de reír.

—¡Sí lo hará! —dijo una voz al otro lado de la cortina.

Rápidamente Davide salió para encontrar a Natalia con una sonrisa triunfante.

—Natalia, veo que ya conoces a tu compañero de búsqueda —dijo Davide con su peculiar sarcasmo.

—Parecías más listo detective, no has sido capaz de darte cuenta que lo único que te separa del exterior, son un par de cortinas por donde tus palabras salen claramente.

—Es de mala educación escuchar las conversaciones ajenas, eso se añadirá en tu historial psiquiátrico. Por cierto, el Dr. Pasquetti te ha buscado por todas partes, ahora la policía está a cargo de buscarte también... ¡Ah! Es verdad, yo soy un policía y puedo llevarte ahora mismo conmigo —aclaró mirándola desafiante.

—No lo harás porque entonces dejas cabos sueltos —respondió ella regresando a ver al Padre Francesco.

—¿Sabes Natalia? para mí lo más sencillo sería deshacerme de alguno de los dos, sería un placer —dijo él mientras tranquilamente comenzaba a caminar alrededor de ella, cual león acechando a su presa—, pero no soy de esos a los que les gusta ir matando sin sentido, lo sabes, prefiero jugar un poco más y me encanta armar tramas que lleven a un culpable o en este caso, dos culpables... un cura y una psicóloga, qué buena pareja de asesinos.

—Yo diría que esta historia termina con un detective encerrado en prisión, eso sería mucho mejor para ti, rodearte de quienes te odien... Ahora Davide ¿Qué vas a hacer? ya he llamado a la policía y viene en camino, les encantará escuchar al Padre Francesco hablar de tu confesión.

—No lo entiendes ¿No? todo lleva a ustedes. Encontraron a los niños secuestrados y desaparecieron dejando huellas y rastros detrás de ustedes, el primer niño solía venir cada domingo con sus padres a misa y uno de los padres de esos niños fue tu paciente hace un par de años Natalia. Todo lleva a ustedes, además el Padre Francesco no contará nada, el secreto de confesión es algo inquebrantable para él.

Natalia inmediatamente miró al padre Francesco, quien avergonzado escondía su mirada, afirmando con ello lo que Davide aseguraba.

Dejándola sin más coartada, ni plan que la respaldara.

—Natalia, me da mucha lástima que todo esto se haya ido por el camino equivocado —expresó Davide con un profundo suspiro—, yo simplemente quería que tú continúes con mi juego, pero tuviste que buscar ayuda para tratar de encerrarme en un hospital psiquiátrico, después de que te conté que salí de uno porque engañé a los médicos. Ahora tú deberás ir a uno y lo único que me satisface es que seré yo quien te lleve, porque tu obsesión es tanta que me acosas hasta en la iglesia. Pobre de ti Natalia.

—No me llevarás a ningún lado —dijo ella retrocediendo poco a poco hasta voltear y correr hacia la puerta de la Iglesia.

Samuele, mirando todo desde ese rincón; indeciso, no sabía si ayudar a Natalia o esperar, después de todo, si las cosas salían tan mal, él era el único que podía convencer al Padre Francesco de hablar y si Davide se percataba de cuán involucrado estaba, entonces ya no habría solución.

Cuando Natalia atravesó la puerta de la iglesia esperando poder escapar, sintió de repente un fuerte empujón que la botó al piso, provocándole un golpe en su cabeza. Con dificultad, pudo ver a la detective Malagoli acercándosele, seguidamente, perdió el conocimiento.

Capítulo 7

CAPITULO 7

Natalia despertó en una habitación blanca y fría, sobre un colchón tan delgado, que podía sentir con su cadera el metal de la cama en la que yacía de lado. No tardó mucho en recordar lo que había sucedido y en darse cuenta de dónde estaba.

De un salto se sentó sobre la cama. Miró a su alrededor aturdida, tocó su vestimenta, una bata blanca y delgada. Se puso de pie, estaba descalza y el gélido piso de mármol la hizo vacilar. El levantarse le provocó un mareo que le hacía doler un poco más la cabeza.

Tambaleándose y agarrándose de la pared, se dirigió hasta la puerta y comenzó a golpearla insistentemente.

—¿Hay... hay alguien ahí?!

Continuó golpeando la puerta por un poco de tiempo y pese a su insistencia, no tuvo respuesta alguna. Se alejó de la puerta y ahora su respiración jadeante la obligaba a soltarse en llanto. Podía sentir cómo la ansiedad se apoderaba de ella y al verse en tal estado, no conseguía controlarse a sí misma.

Golpeó nuevamente la puerta con tanta fuerza, que sus manos se lastimaron, y gritó con tanta insistencia, que su voz se quebró.

Fabio, quien se encontraba en el hospital, para cuando le notificaron que su amiga había despertado, se apresuró hacia su habitación.

Cuando ingresó, la denigrante imagen de su amiga lo conmocionó. Sentada sobre el piso; con sus manos sangrantes sobre su pecho, manchando la bata blanca; despeinada y sudorosa de tanto llorar.

Siempre la vio elegante y agraciada, con su apariencia bien cuidada. Hasta en sus momentos de depresión, no desaparecía su atractivo. Simplemente parecía que no había situación que la hiciera lucir mal y es que para muchos, Natalia era una de esas bellezas que mientras menos se arreglara, más naturalmente hermosa lucía. Sin embargo ahora, no sabía si era el lugar en el que se encontraba o la imagen que transmitía, lo que, pese a no quitarle completamente gracia, la hacía lucir tan enferma y demacrada.

Con cuidado la tomó del brazo, la levantó y la sentó sobre la cama, mientras observaba con tristeza y sumo cuidado, sus manos sangrantes. Los enfermeros llegaron con vendas para curarla, pero él se negó a

moverse y se encargó de sanarla.

Ella no dejaba de llorar y es que había llegado a donde no debía, pensaba que después de ese lugar no habría otro, nadie la sacaría de allí ahora que había entrado.

Cuando terminó de limpiar y vendar las heridas de su amiga, se quedó hincado frente a ella por unos segundos más.

—Necesito que te calmes para poder hablar —dijo Fabio sintiendo el dolor de su amiga.

Natalia, retiró de sus rodillas las manos de su amigo y esta vez, sin encontrar más sentido a pronunciar palabra alguna, se recostó en la cama, dando las espaldas para Fabio. No estaba dispuesta a escuchar lo que ya sabía le iban a decir: que le habían encerrado por su estado mental, por sus delirios...

Fabio no se resignó, continuó por varios minutos, parado junto a la cama, observando a su amiga, con sus cejas fruncidas, dejando que sus emociones le dictaran un proceder.

—Natalia por favor, trata al menos de demostrar que estás dispuesta a mejorar y a salir de aquí.

Entre sollozos y muy enfadada, eligió no voltear para no cruzarse con esos ojos de lástima que la consumían.

—Sé cómo funciona esto... ¡Mejor vete ya!

Sin querer perturbarla más, el Doctor Pasquetti asentía con su cabeza, como afirmando sus pensamientos. Salió de la habitación y tras de él, la puerta se cerró y el sonido hueco de la cerradura, atravesó el alma de Natalia, como un fusible quitándole la vida.

Ahora que toda su existencia se había visto destrozada, pensaba que la solución estaba demasiado lejos. Ella no estaba enferma, pero sabía que era cuestión de tiempo nada más, perder la cordura encerrada en un lugar donde la locura, era lo único aceptable.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por dos enfermeras entrando en su habitación, llevaban consigo una jeringuilla y un vaso con pastillas.

—Hola linda, es hora de tomar tu medicina —dijo una de ellas dulcemente.

—No tomaré nada, no lo necesito —respondió secando sus lágrimas e

intentando controlar su respiración.

—Preciosa, yo sé que eres Psicóloga, debes saber cómo funciona todo esto, si te rehúsas, tendremos que hacerlo a la fuerza. De cualquier forma vas a tomar tus medicamentos, mejor hagámoslo de la manera fácil, sin lastimarte ni lastimarnos.

Tenía razón y Natalia lo sabía, si se resistía le obligarían de cualquier manera y en esos momentos, ella había perdido las fuerzas para luchar. Así que se sentó al borde de la cama, tomó las pastillas y dejó que la inyectaran. No pretendió ni saber lo que le administraban, estaba a punto de darse por vencida y simplemente hacer todo lo que debiera para salir de ese lugar, si es que lo hacía. Poco a poco sintió un sueño incontrolable y profundamente se quedó dormida.

Mientras que al otro lado de la ciudad, Samuele estaba en su habitación tratando de atar cabos para armar algún plan que sacara a Natalia de la situación en la que se encontraba.

Hablar con el Padre Francesco era imposible, él se había encerrado en su habitación y ni la misa de las 6 de la tarde fue capaz de sacarlo de allí.

Samuele, no dejaba de pensar, si iba a la policía de seguro le pedirían pruebas y él, ni si quiera había estado presente en el rescate de los niños; no podía decir que Natalia fue quien le contó todo lo que sucedía porque entonces lo escucharían con menos atención. Todo se arreglaría si el padre Francesco se decidía a romper el secreto de confesión, pero Samuele estaba consciente de que eso, no sucedería, al menos no ahora y probablemente, nunca.

Después de analizar la situación por un largo tiempo, a su mente vino inmediatamente la imagen de la mujer que empujó a Natalia en la puerta de la iglesia, era una detective que estaba con Davide Ferradini, tal vez ella era una pieza clave.

Buscó en la web información sobre los asesinatos y los nombres de quienes estuvieran investigando el caso, encontrando el nombre de la Detective Ivanna Malagoli entre las noticias.

—Es ella —dijo mirando la fotografía—, ahora tendré que arriesgarme...

Se vistió con unos jeans, una jaqueta y una gorra, de manera que pasaría desapercibido. Fue a pararse en la puerta de la estación de policía, a esperar a Ivanna, deseando no encontrarse con Davide, no sabía si él ya conocía de su existencia.

Esperó frente a la comisaría durante una hora e impaciente, decidió entrar y preguntar por ella, aduciendo querer hablar de un tema personal para

ser atendido directamente por ella.

Al instante salió de entre el corredor Ivanna, con señal de preocupación. Saludo a Samuele y se sentó junto a él.

—¿Ha sucedido algo con mi madre? —preguntó consternada.

—No... Disculpe que la haya traído hasta aquí con tal excusa, no conozco a su madre —respondió Samuele apenado.

—¿¡Está usted loco?! Me ha causado una gran preocupación, si desea hablar conmigo deberá hacer una cita primero, yo estoy muy ocupada y no tengo tiempo para este tipo de bromas, que tenga una buena tarde —dijo Ivanna enfadada y levantándose de su asiento.

—No, por favor escúcheme, es muy importante —replicó Samuele tomando del brazo a Ivanna impidiendo que se fuera—. Tengo información sobre los niños desaparecidos, por favor salga en media hora y diríjase hacia la iglesia donde atrapó a Natalia, hágalo sola y por lo que más quiera, no se lo diga a Davide, él no puede saberlo. Solo me escuchará por unos minutos y si no logro convencerla de lo que tengo que decirle, entonces podrá contarle a quien usted desee, pero por ahora vaya sola a la iglesia y no comente nada con su compañero.

—¿Por qué no he de decirle a mi compañero nada? —cuestionó la detective curiosa ante tanto misterio que no la convencía totalmente.

—Porque es algo que le compete únicamente a usted y si quiere de alguna manera resolver el caso de los niños desaparecidos, deberá hacer todo lo que esté a su alcance ¿No lo cree?

Ivanna miró extrañada a Samuele, no era usual lo que sucedía en ese momento y la dejaba intrigada.

—Haré lo que pueda —dijo Ivanna retirando la mano de Samuele que aún sostenía su brazo.

—Gracias Detective, esperaré por usted y no lo olvide, no puede decir nada a Davide —insistió.

Con esto, él salió presuroso e Ivanna quedó pensativa mientras volvía a su oficina. Siempre había confiado en Davide, pero ahora había una pequeña astilla clavando en la duda. Primero Natalia con tal historia de que su compañero era el asesino y ahora este hombre queriendo hablar sobre los niños desaparecidos sin que Davide se enterara. Algo estaba ocurriendo y debía averiguarlo.

Al regresar a su oficina, había olvidado que Davide estaba con ella cuando Samuele la llamó, y cuando regresó, él continuaba allí, esperándola.

—¿Qué le ha sucedido a tu madre? ¿Está todo bien? —preguntó él.

—Mmmhh... Sí, no ha sido nada grave... ha sido el hombre del seguro de vida de mi madre, estaba preocupado porque llevaba una cuota que olvidé pagar... Pero ya he arreglado el problema —respondió Ivana simulando tranquilidad.

—Es extraño que tú olvides algo, especialmente si se trata de tu madre ¿Qué te ha ocurrido?

—Creo que hemos estado trabajando mucho, últimamente estoy olvidando pequeños detalles. —Estoy muy cansada y creo que deberíamos tomarnos el resto de la tarde para mañana empezar de nuevo con la mente descansada. Pero antes de ir a casa, me gustaría ir al médico, parece que estoy enfermando y no quiero que avance.

Davide lucía extrañado ante las palabras de Ivanna, pero ella llevaba la ventaja de contar con su entera confianza. Ferradini sabía que sería incapaz de dudar de él, habían sido reiteradas las ocasiones en las que ella le había manifestado cuánto lo admiraba por su talento e imparcialidad en todos los años que llevaban trabajado juntos.

Él había visto muchas veces a Ivanna quedarse hasta la media noche trabajando sin descanso, así que vio conveniente que su compañera se dispersara un poco, así él tendría tiempo suficiente para continuar con sus asuntos.

La Detective Malagoli se percató de que su compañero saliese primero para ella poder ir tranquilamente a la Iglesia. Todo el camino fue mirando hacia atrás, había de alguna forma, traicionado su lealtad o por lo menos eso era lo que sentía. Además de la culpa, ella conocía muy bien a Davide y sabía que él era muy intuitivo, por lo que presentía que no había logrado engañarlo por completo. Se sentía tonta, pensaba que de seguro al regresar a su oficina, le contaría todo el mal entendido.

Cuando llegó a la Iglesia, Ivanna se sentó en la última banca a esperar, lo más cerca posible de la puerta. No le gustaban las Iglesias, le producían dolor de cabeza y hasta la sofocaban; tanto adorno, tantas estatuas de santos y de ángeles en un lugar tan cerrado y oscuro le provocaban claustrofobia. Mirando su reloj esperó impacientemente a Samuele, quien no tardó en aparecer con su usual vestimenta.

—Así que eres un sacerdote —recalcó ella cuando él se aproximó.

—Algo así —respondió sentándose junto a ella —me da mucho gusto que haya venido sola, pero no es un buen lugar para conversar, venga conmigo.

Samuele la llevó hasta el comedor, en la parte trasera del altar.

—Mi nombre es Samuele —continuó—, estoy próximo a ser sacerdote también, como el Padre Francesco. La he llamado porque la vi con Davide cuando atraparon a Natalia... ¿Por qué usted estaba afuera mientras Davide hablaba con el Padre Francesco?

—Respeto sus creencias aunque no las comparto y él es muy devoto, no hay impedimentos cuando debe confesarse... Pero no he venido a contarte eso. Así que conoces a Natalia...

Ivanna conservaba la desconfianza en Samuele, y lo demostraba, sin recelo, manteniendo sujeta el arma dentro de su chaqueta.

—Sé que ustedes suponen que ella está enferma, pero yo puedo demostrarle que no lo está, todo lo que ella dice es verdad y...

—Sé que puede parecer muy convincente Samuele —interrumpió inmediatamente la Detective—, es psicóloga, su trabajo es ser convincente, pero no soy yo quien la ha diagnosticado, ha sido un especialista, eso es suficiente para que yo crea que tiene problemas mentales.

—Escúcheme Detective, sé que no lo está porque el Padre Francesco, el confesor de Davide, también ha sido víctima del juego del que Natalia habla. Él tiene ventaja al ser el detective a cargo de resolver el caso en el que él mismo está implicado.

—¿Cómo sabes que el Padre Francesco está involucrado también?

—Son varias las razones Ivanna —respondió Samuele sin saber por dónde iniciar para que, lo que tenía que decir, sonara tan real como lo era para él—. Empezaré indicando que el Padre Francesco estuvo ausente, como nunca, la noche en que encontraron en las vías del tren a un niño, en ese mismo lapso de tiempo. Conocí a Natalia por una increíble coincidencia y ella estuvo aquí, esperando descubrir a Davide en medio de la confesión con el Padre Francesco y la única manera de dejarse descubrir, era teniendo claro lo que sucedía, y así fue, sólo se pronunció cuando lo ameritó. Sé que algo ocurre y estoy seguro de que el Padre Francesco también está buscando a los niños bajo el secreto de confesión.

—Tienes una teoría un tanto confusa e irreal. Es simplemente una historia montada con suposiciones, que las sacaste de la historia que Natalia te contó y ella, ahora está bajo cuidados médicos en un hospital psiquiátrico,

por lo tanto tu historia no tiene fundamento alguno.

—Por favor Detective, no se ciegue de tal manera, usted debe investigar y dudar de su compañero, al menos sólo para estar segura de que lo que Natalia y yo decimos es verdadero o falso. No le pido que lo meta en la cárcel ahora mismo, sólo le pido que no descarte la idea de que Davide puede estar involucrado. Sólo le pido un poco de desconfianza hacia él, si es que yo me equivoco, al menos usted lo habrá intentado, de lo contrario, nunca estará en paz.

Ivanna escuchaba atenta, sabía que él tenía razón al decir que debía escuchar a la duda; confiar en alguien ciegamente como lo hacía con Davide, no era lo adecuado ahora que había dos personas creyendo que su compañero era un asesino. Por más descabellada que le sonara la idea, había aprendido a base de graves errores, que cuando hay un murmullo, debe prestar atención.

—Está bien Samuele —respondió Ivanna un tanto vacilante—, investigaré al respecto, pero deberás mantenerte al margen de todo esto. Si resulta ser todo producto de los delirios de Natalia, podrías entrar en problemas innecesarios o en el peor de los escenarios, correrías peligro.

—Gracias Detective, dejaré todo en sus manos... debo advertirle que Davide es muy listo, de seguro tendrá cuartadas para todo.

—De eso no te preocupes, sé realizar mi trabajo y te lo repito: no te involucres más en esta historia —concluyó Ivanna muy seriamente.

Samuele acompañó a la detective hasta la puerta; ella salió de allí pensando en todo lo que tendría que hacer ahora para despistar a su compañero para así, poder continuar con la investigación por su lado.

Decidió acudir al doctor, no era del todo fingido su malestar y dadas las circunstancias, solicitó permiso médico para tener tiempo de buscar un poco de información.

Cuando llegó a su casa, la noche estaba cerca y se dispuso a descansar. Mientras cambiaba su ropa, el teléfono sonó y dejó que la contestadora atendiera la llamada, pero al escuchar una voz familiar tomó el auricular. Del otro lado de la línea, sorprendentemente, pues ellos siempre se comunicaban por celular, era Davide preguntando por su estado de salud. Ella le informó sobre su permiso médico y un silencio de duda se apoderó de la conversación, podía sentir la respiración de su compañero en la nuca.

—¿Hola? —dijo Ivanna con voz algo temblorosa.

—Está bien... nos veremos cuando mejores.

Pensándose un tanto paranoica, por la deducción apresurada que sacaba de la llamada y ese silencio que la había incomodado, tomó su celular y no encontró llamadas perdidas. No dejaba de pensar en lo que Davide especulaba, y estaba intrigada.

Conocía a Davide por cinco años, tiempo suficiente para saber cómo trabajaba. Tomó el teléfono y llamó al consultorio de su médico, donde le confirmaron que un hombre había llamado preguntando por una cita a su nombre.

“¿Por qué él haría eso?” pensó mirando al vacío de su pared blanca y lisa.

Al siguiente día, muy temprano en la mañana, Ivanna salió rumbo a la Iglesia, siempre percatándose de que nadie la siguiera.

Nuevamente sintió el dolor de cabeza y la falta de aire al entrar allí.

“Debería escoger otro lugar para reunirme con Samuele” —pensó ante su malestar.

A lo lejos lo vio, él se encontraba avisando a todos los feligreses que el Padre Francesco continuaba indispuerto y que la misa no se realizaría esa mañana.

—Buen día Samuele —saludó la Detective acercándose al altar —necesito hablar con el Padre Francesco ¿me llevarías con él?

Él la guio por el oscuro corredor de piedra, donde estaban las habitaciones.

—Has dicho que el Padre está indispuerto ¿Acaso está enfermo?

—No, simplemente no quiere salir de su habitación, pero ahora mismo lo saco para que hable con usted.

Samuele tocó la puerta delicadamente, sin recibir respuesta inmediata. Al segundo intento, la puerta se abrió y el Padre Francesco se vio muy molesto al percatarse que Samuele estaba acompañado.

—¿Quién es esta mujer? —preguntó.

—Disculpe Padre, ella es la Detective de Homicidios Ivanna Malagoli y necesita hacerle unas preguntas sobre el caso de los niños desaparecidos.

—¿Y yo qué tengo que ver con ello?

—No tienen nada que ver Padre —dijo Ivanna colocándose frente a Samuele rápidamente—, es simplemente una investigación ¿Me permite pasar y hablar con usted un momento?

Sin más remedio, el Padre Francesco accedió y la invitó a sentarse en la silla de su escritorio, mientras Samuele se retiraba.

—Padre, para empezar me gustaría saber dónde estuvo la noche del 25 de noviembre, hace dos semanas atrás.

—Aquí en la Iglesia, soy un cura, no hay muchos lugares a donde me guste ir y menos aún en las noches.

—Sé que no es así Padre, Samuele me ha confirmado que usted estuvo fuera aquella noche —dijo Ivanna levantando una ceja y mirando fijamente al Padre Francesco, notoriamente trataba de intimidarlo para analizar su reacción.

—Ah... Sí, la noche en que salí y Samuele estuvo preocupado —respondió el Padre haciendo notorios sus nervios al entrelazar sus manos y mover su pie repetitivamente—, no recuerdo la fecha exacta, pero recuerdo haber salido por la noche hace dos semanas atrás... Bien, fui a caminar un poco, estaba aturdido, ya sabe, el mundo está dañado y necesitaba estar a solas, respirar un poco de aire mientras hablaba con Dios ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque es la misma noche en que encontraron en la estación de trenes a un niño que había desaparecido; según las declaraciones de las personas en el lugar, quien lo encontró era un hombre alto, de poco cabello blanco como el suyo y la contextura como la suya, quien luego desapareció. Nadie vio con claridad porque le prestaron más atención al niño, pero me lleva a pensar que pudo haber sido usted.

—¿Por lo alto y el poco cabello blanco? Hay muchos hombres como yo en la ciudad —dijo el Padre riendo pero frunciendo el ceño al mismo tiempo.

—Padre —continuó Ivanna acercando su cuerpo un poco más hacia el cura que sentado sobre la cama, la escuchaba—, ayúdeme, estoy tratando de encontrar al asesino de niños, criaturas inocentes e indefensas. Si usted que es cura y se limita a rezar y escuchar los acontecimientos exteriores se siente aturdido con lo dañado que está el mundo, imagínese cómo me siento yo que tengo que ver el resultado de ello todos los días. Estoy harta de buscar y no encontrar al responsable y temer por el bienestar de los niños de mi familia.

El padre Francesco sintió las palabras de Ivanna como cuchillas en su corazón. Desde el principio había estado entre la espada y la pared, pero

ahora sentía más presión.

—No sé de qué me está hablando Detective, yo soy un cura, no un aventurero —dijo el Padre levantándose de golpe, evitando mirarla más.

—Pero usted es el confesor de Davide ¿Puede al menos decirme si estoy yendo por buen camino? —preguntó Ivanna algo indignada.

—No puedo revelar las confesiones, juré no hacerlo frente a Dios.

—No quiero que me diga la confesión, quiero que me diga si estoy yendo por buen camino, nada más —insistió la detective

—Si confiaras más en Dios y en ti misma lo sabrías, no soy yo quien tiene que decirte si estás yendo por buen camino.

—¡Esto es inútil! —expresó la Detective rendida ante su intento—. Creo que no debí haber venido aquí y menos aún dudar de mi compañero, será mejor que me vaya. Gracias por su atención Padre y disculpe los inconvenientes —concluyó, poniéndose de pie y dispuesta a salir de la habitación.

—No busques en la iglesia la solución —Indicó el padre mirando muy fijamente a la Detective—, deberías estar vigilando las escuelas, son inseguras. La escuela de aquí en frente carece de seguridad y es tan grande que un día casi me pierdo en ella, podría haberme quedado allí que nadie lo hubiera notado; podría haber estado agonizante en algún rincón de esa escuela que nadie lo hubiera sabido y ¿Quién buscaría a un cura o a un niño perdido en una escuela?

—Sí Padre, la seguridad será prioridad en las escuelas. Gracias por su tiempo.

Samuele vio salir a Ivanna con prisa y fue tras de ella

—¿Logró averiguar algo detective? —preguntó con la esperanza de que el Padre hubiera hablado.

—No, el Padre Francesco no sabe nada y así lo supiera, no lo diría. Lo siento Samuele, creo que Natalia te engañó a ti también.

Diciendo esto, Ivanna salió de la Iglesia. Tomó su celular y llamó a Davide, estaba dispuesta a volver a su trabajo y continuar buscando al verdadero asesino de niños.

Cuando Davide contestó, ella alcanzó a escuchar risas y voces de niños a

su alrededor.

—¿Dónde estás? —preguntó curiosa por el ruido.

—Estoy en la calle, caminando hacia la oficina ¿Y tú, ya estás mejor?

—Sí, ya me siento mejor, así que yo también voy rumbo a la oficina. Estoy en auto, si quieres paso por ti.

—No, no, tranquila ya estoy llegando.

—Está bien, nos vemos allá. Adiós.

La Detective salió del estacionamiento junto a la iglesia, en marcha hacia su oficina. Paró en un alto de la escuela, por donde frente a su vehículo, pasaban muchos niños corriendo con sus padres. Esto le puso a pensar en todos esos pequeños indefensos que entraban a clases, todos se veían tan felices y tranquilos, no sabían que cualquiera de ellos podía estar en peligro.

Mientras conducía lentamente entre la gente, frenó de golpe al ver a Davide saliendo de la escuela frente a ella. Pasaba desapercibido en medio de tantos niños y padres de familia, nadie podría decir que era un extraño en ese lugar.

Se preguntó qué haría él allí —“tal vez investigaba el caso” —pensó, pero entonces ¿Por qué le mentiría sobre su ubicación cuándo hablaron por el celular?

Davide continuó su camino y ella seguía con el vehículo parado, dudando de sus apresuradas conjeturas.

Los demás vehículos detrás de ella hacían sonar sus bocinas pero ella no reaccionaba, su mente parecía haberse desconectado. Recordó las palabras del Padre Francesco: “la escuela de aquí en frente es insegura y tan grande que un día casi me pierdo en ella, podría haberme quedado ahí que nadie lo hubiera notado, podría haber estado agonizante en algún rincón de esa escuela que nadie lo hubiera sabido y ¿Quién buscaría a un cura o a un niño perdido en una escuela?”

—¿A un niño?! ¡¿Por qué diría a un niño?! —dijo para sí misma mirándose en el retrovisor, con rabia por no haber sido objetiva.

Él le había dado una pista, pero estaba tan molesta por su falta de lealtad hacia su compañero, que no lo había notado y ahora veía a Davide saliendo de aquella escuela.

¿Coincidencia? No dejaría esta vez que su objetividad se viera en dudas por pensar que la combinación de acontecimientos sólo era el resultado de lo que le habían dicho o de lo que ella pensaba. Debía parar de pensar tanto, hacerlo mucho puede dañar el sentido de un detective.

—Los sabuesos no piensan... —dijo para sí misma empezando a actuar.

Arrancó su vehículo y lo estacionó lejos de la escuela, tomó su chaqueta y se dirigió a investigar.

Se identificó y pasó sin problema, habló con la directora del lugar y con el conserje para conocer si habían visto alguna cosa extraña en los últimos días y ellos lo negaron. No dio mayores explicaciones, simplemente calificó su investigación como un asunto clasificado.

La directora instruyó al conserje para que acompañara a Ivanna a investigar un poco más. Caminarían por la escuela e inspeccionaría algunas bodegas, la directora estaba segura de no tener nada que esconder y no quería obstruir una investigación, así que le dio la libertad de hacerlo.

El conserje era un hombre de mediana edad y con la peculiaridad de hablar demasiado, cuestión un tanto molesta pero beneficiosa al final de cuentas.

—Todos los días hay que limpiar —dijo él mientras caminaba con desgano—, yo como conserje tengo que hacer todo, pero lo más duro es por las noches, cuando tengo que recorrer la escuela. Es que hay fantasmas Detective, no sé si usted lo crea pero aquí se escuchan muchas cosas, se escuchan pasos detrás de mí, puertas que se abren y se cierran...

—Los fantasmas no existen y de existir, más miedo debería tenerle a los vivos que son capaces de hacer daño.

—No Detective, los fantasmas asustan más... Antes sólo eran los pasos y las puertas, pero ahora, justo por ese pasillo oscuro, es por donde se escuchan los lamentos de uno que llora despacito —dijo él, señalando el corredor por el que temía pasar—. Ya le pedí hace tiempo al Padre de la iglesia que viniera a bendecir el lugar, pero no lo ha hecho. Escuché que anda enfermo, parece que ya está muy viejo, usted sabe la edad nos llega a todos. El otro día me acordaba de cuando era niño y...

—¿Ha dicho el lamento de un fantasma? —interrumpió Ivanna al conserje.

—Sí detective, es como el lamento de un niño, es horrible escucharlo, se

me pade la piel de gallina y se me paran los pelos.

—¿Y hace cuánto que los escucha?

—Uuuu... A los fantasmas los he escuchado siempre, desde que trabajo aquí y es que...

—¡No! ¡¿Hace cuánto escucha el lamento del niño?!

—Ah... ese lo escucho desde hace... como 2 semanas, supongo.

—¿Y nunca se preguntó si ese lamento podría ser de un niño vivo?
—cuestionó ella corriendo hacia el pasillo del que hablaba el conserje.

—¡No Detective! —gritó el conserje siguiéndola—, da mucho miedo ir por allá.

Ivanna se encontró con 3 puertas frente a ella.

—¡Dígame dónde escuchó al niño!

—No lo sé, pero si quiere le abro todas —respondió el conserje confundido por la reacción de la detective.

—¡Hágalo, rápido!

Tembloroso, el hombre sacó sus llaves y comenzó a tratar de abrir, torpemente, todas las puertas. La presión le hacía tardar segundos interminables. Cuando terminó, observaba desde una distancia prudencial a la Detective, sin comprender con certeza lo que ella estaba haciendo.

Los cuartos estaban llenos de cajas y muebles, buscaba insistentemente entre los rincones y debajo de las mesas, hasta que un olor insoportable se pudo percibir en una de las bodegas. Ivanna entró a revisar pensando en lo fatal que sería encontrar la fuente de tal olor, deseando que se tratara de una rata o algún animal muerto el que lo emitiese.

Pasmada, se quedó cuando vio un costal lleno de moscas y manchas fétidas en un rincón de la habitación. Negó con la cabeza y se acercó hasta éste con prisa, distinguiendo la forma de alguien en posición fetal dentro del saco.

Rápidamente se hincó, conteniendo las náuseas que tal olor le producían, abrió el costal y se topó con un niño inmóvil adentro. Lo sacó rápidamente, tomó su pulso esperando sentirlo, pero era en vano, sus manos temblorosas no le permitían tomar el pulso con precisión. Respiró profundamente y volvió a tomarlo de la muñeca, sintiéndolo débilmente

palpitando.

Inmediatamente la detective tomó su celular y llamó a una ambulancia, su voz temblaba y procuraba controlarse. Tomó al niño en sus brazos sin importarle el fétido olor que provenía de los desechos del mismo, al haber estado en malas condiciones desde hace tanto tiempo y lo sacó de allí, ante la expresión estupefacta del conserje.

Al poco tiempo, la ambulancia llegó y se llevó al niño para ser atendido con urgencia en el hospital más cercano. Después de entregarlo, Ivanna quedó aturdida por completo, las lágrimas temblaban en sus ojos. Nunca se había acostumbrado del todo a los hallazgos macabros que usualmente realizaba, pero había conseguido con el tiempo, no pensar en el cuerpo inerte o en el sufrimiento que podía haber tenido, siempre se concentraba en la escena y en los hechos, pero esta vez, este hallazgo le había conmovido más que nunca el corazón.

Corrió hasta el baño donde lavó su rostro tratando de controlarse, no sabía qué era lo que le aturdía más, si el hecho de haber encontrado a un niño en tal estado o el hecho de haberse dado cuenta de esa manera, que su compañero era ahora el principal sospechoso.

Respiraba profundamente, intentaba mantener la calma pensando en el siguiente paso que tomaría. ¿Cómo explicaría lo que hacía ella allí en la escuela? ¿Cómo vería ahora a los ojos a Davide? Lo único que sabía era que debía actuar con cautela.

Salió del baño y buscó al conserje, quien no terminaba de estar sorprendido con tal hallazgo.

—Señor, usted sabía que había un niño allí y no hizo nada, eso está en su contra. Todo apuntaría a que usted lo llevó hasta allí —dijo Ivanna teniendo en mente un plan.

—¡No detective, ya le dije que pensé que era un fantasma!

—Usted parece un hombre honesto, pero sabe que la ley no ve eso cuando se trata de juzgar —suspiró haciendo una pausa—, ¿Sabe? yo creo en usted y por eso hará algo por mí, para que yo no permita que usted vaya preso.

—Está bien detective ¡Haré lo que sea, pero no iré preso por favor!
—respondió el conserje abatido.

—Preste atención —dijo la detective empezando a revelar su manipulador plan—, sólo quiero que diga que usted me llamó para decirme que escuchaba sonidos extraños por la noche y que había un niño que lloraba, diga que consiguió mi nombre por el periódico y mi número personal en

información con la operadora, si le preguntan por qué me llamó a mí y no a la policía, diga que fue porque sabía que hay niños desapareciendo y por los periódicos, sabe que soy la detective a cargo. De otra manera creerán que usted está involucrado en el secuestro de los niños.

—Está bien, es lo que diré...

—Sólo asegúrese de decir exactamente lo que le dije y vamos a repetirlo hasta que lo diga correctamente.

En cuanto terminó con el conserje, fue a buscar a la directora, quien estaba igual de sorprendida que todos los que vieron al niño subir a la ambulancia. Le comentó la historia más detalladamente, tal como la creó para el conserje. Así Ivanna, temporalmente estaría lo suficientemente cubierta y sin perder más tiempo, llamó a la estación para notificarles lo sucedido.

A los pocos minutos llegó la policía, incluyendo a Davide. Ivanna lo vio desde lejos y se fue acercando poco a poco, tratando de contener sus impulsos. Saludó con él sin mucho afán y caminaron hasta el lugar donde el niño fue hallado.

—¿Qué hacías aquí Ivanna? ¿No estabas camino a la oficina cuando hablamos? —preguntó él sin gesto de sospecha, pero muy curioso por una respuesta.

—En efecto, pero recibí la llamada del conserje, quien me dijo que había escuchado a un niño llorar por las noches, encontré al niño con su ayuda.

—¿Por qué te llamó a ti...?

—¿...Y no a la policía? Lo mismo pensé yo —dio una media sonrisa fingida— sabes que nuestros nombres están en los periódicos y mi número personal lo consigues con tan sólo llamar a la operadora.

—Mientras tú revisas un poco más la escena, voy a tomar la declaración del conserje y de la directora —dijo él, respondiendo el gesto con otra media sonrisa.

—Yo ya la tomé.

—Vaya, no me esperaste...

—No hacía falta, demoraron en llegar... Ahora debemos trabajar para encontrar al maldito que ha causado tanto daño —concluyó mirando fijamente a los ojos de Davide, percatándose por primera vez de la falta

de brillo que éstos tenían.

Él la miró con una ceja levantada y algo confuso, su actitud era diferente y le incomodaba la forma en la que ella lo miraba.

—Comprendo tu enfado Ivanna, pero te recuerdo que yo estoy de tu lado...

Ella se limitó a bajar la mirada y afirmando con su cabeza, se retiró.

Recogieron la evidencia que necesitaban y fueron a la oficina, Ivanna intentaba comportarse como usualmente lo hacía, pero le resultaba imposible estar cerca de su compañero. No toleraba la idea de que todo ese tiempo el posible asesino hubiera estado junto a ella. Al mismo tiempo, sentía que se estaba apresurando a los hechos, tal vez podía haber una buena explicación a las coincidencias, pero mientras no la encontraba, ella no dejaría de investigarlo.

Podía ver a Davide observándola a cada momento, analizando cada paso que daba, cada palabra que decía, la observaba con una abrumadora atención y ella comenzaba a presentir que él sospechaba algo.

Era tal la perturbación de Ivanna que su jefe, pensando que el hallazgo de esa mañana la había afectado demasiado y pese a su negación, le dio el día libre. Para no levantar más sospechas, se dirigió directamente a su casa, temiendo que Davide la siguiera, encontrándose no tan lejos de la realidad.

Llegó a su casa pretendiendo no haber notado que su compañero la observaba desde un vehículo a distancia prudencial, se encerró por un par de horas. Posteriormente, llamó a la oficina para conocer el paradero de Davide, recibiendo la confirmación de su ubicación en el lugar; entonces decidió salir en busca de más respuestas.

Se dirigió al hospital psiquiátrico, decidida a hablar seriamente con Natalia.

Al llegar, caminó por los pasillos de ese espantoso lugar; escuchaba el sonido del eco de risas repentinas y desmedidas; no faltaban los gritos que a lo lejos resonaban. Imaginarse en un lugar así le hizo compadecer a toda la gente que moraba y trabajaba allí.

Guiada por un enfermero, llegó a un salón y encontró a Natalia, sentada en un rincón, sobre la baldosa blanca y fría, mirando hacia el vacío; los cabellos le caían sobre el rostro, dejando ver poco de éste.

Ivanna, no esperaba encontrarse con tal imagen, no pudo evitar sorprenderse y apenarse. Se acercó y se hincó junto a ella sonriendo

amablemente, la saludó con un tono suave, pero ella no respondía, ni se inmutaba, continuaba mirando hacia el vacío entre sus cabellos alborotados sobre el rostro. De no haber estado respirando, parecería que estaba frente a un ser inerte.

—¿Qué ha sucedido con ella? ¿Por qué está con la mirada perdida?

—preguntó la Detective al enfermero que esperaba cerca.

—Está medicada, no le responderá.

—De todas formas lo intentaré —respondió ella volviendo su mirada hacia Natalia.

—Le recomiendo no insistir si no responde —insistió el enfermero con displicencia—, podría reaccionar atacándola, nunca se sabe con esta gente...

Sin darle importancia a las palabras del hombre, quien dando media vuelta se marchaba, ella continuó intentándolo.

—Traigo buenas noticias para ti... Es posible que no estés enferma, pero me sentiría muy culpable si terminas enferma después de todo esto. Necesito que hables conmigo para llegar a algún punto, encontré a un niño más y sospecho de Davide, pero no estoy segura por completo ¿Podrías decirme algo que me ayude?

Pese a haber dicho algo tan importante, ella no respondía, ni se inmutaba. Continuaba con la mirada clavada en el vacío.

Ivanna, acercó una silla y esperó pacientemente por una respuesta, sentada junto a Natalia mientras observaba por la ventana hacia el jardín, por donde poca gente caminaba; algunos ancianos del brazo de jóvenes, probablemente de sus hijos o nietos y, así también, jóvenes en batas del brazo de probablemente sus padres.

Encontró un triste panorama, muy lejos de su entorno, antes de ese pequeño segundo, imaginaba a los enfermos mentales como los asesinos a los que usualmente ella perseguía y fue en ese corto momento que consiguió compadecer a cada una de esas personas, tanto a los enfermos como a las personas que sanas visitaban a sus parientes y sufrían con ellos el dolor de haber perdido la noción de la realidad.

Sacudiendo su cabeza, despertando de sus pensamientos se dio cuenta de que no conseguiría respuesta alguna de Natalia.

Tocó su cabeza con la mano abierta, acariciando un poco sus cabellos

antes de alejarse de ella. Decidió acudir al Dr. Pasquetti.

Al no encontrar a nadie que la anunciara y la puerta del despacho del médico psiquiatra abierta, decidió entrar.

—Buenas tardes Doctor, tal vez no me recuerde, soy la Detective Ivanna Malagoli.

—Claro que la recuerdo —respondió Fabio algo confundido por su presencia, pero con amabilidad estrechando la mano de la Detective que se acercó a él—. ¿En qué la puedo ayudar?

—He venido con el único fin de conocer el estado de Natalia, espero no ser impertinente.

—Por su puesto que no lo es, ella está siendo bien atendida. Su estado es similar al anterior, no ha pasado sino un par de días desde que usted la trajo hasta aquí —dijo el doctor con una media sonrisa.

—¿Ha mencionado alguna cosa más sobre Davide?

—No, desde que ingresó, no ha hecho otra cosa que colaborar, no se rehúsa a tomar sus tratamientos, ella sabe muy bien lo que hace, sabe el procedimiento y por ello colabora con su mejoría.

—Pero entonces ¿Ella sabía que estaba loca desde un principio?

—Bueno Detective Malagoli, loca no es un término que usamos ahora, cada "loco" tiene un diagnóstico... pero respondiendo a su pregunta, no, claro que no, por eso huyó de su departamento el día en que iba a ser internada.

—Pero el día que la trajimos usted dijo que ella se internaría voluntariamente ¿Por qué huyó después?

—La verdad Detective, también dudé de que ella estaba en tal estado —prosiguió Fabio emitiendo un suspiro y apoyando los codos sobre su escritorio —por eso la escuché cuando me pidió que fuese a revisar en el hotel abandonado frente a su departamento.

—¿Por qué le pidió eso?

—Porque supuestamente Davide la estaba observando desde allí, algo típico de su fantasía. Yo cometí el error de escucharla a sabiendas de su estado mental.

—¿Dijo que la observaban?

—Sí, de hecho vi que la observaba algún guardia curioso, pero ella se dejó llevar por su fantasía.

—Pero usted le creyó...

—Así es, usted sabe, ella es mi amiga y con mis pacientes puedo ser muy profesional pero con ella... con ella me equivoqué, todo era producto de sus delirios, cosa muy usual en la paranoia, es por eso que...

—Gracias Doctor debo irme, fue un placer —dijo Ivanna interrumpiendo al doctor y saliendo rápidamente, dejando a Fabio con la palabra en la boca.

—Detectives... —susurró negando con su cabeza y volviendo a lo que hacía antes de ser interrumpido.

En su vehículo se dirigió con prisa hacia el hotel abandonado frente al departamento de Natalia, la noche estaba cerca, debía apresurarse.

Observando hacia arriba, en el cuarto piso estaba la ventana del departamento de Natalia; a la misma altura, del otro lado de la calle, una ventana diminuta en el Hotel abandonado.

Un viento fuerte sopló, obligándola a bajar la vista y acomodarse el abrigo. Mirando a los costados, cruzó la calle y se acercó al guardia de seguridad. Habló con él mostrando su placa, lo que era generalmente un pasaporte seguro para las cosas que necesitaba.

El guardia la miró desconfiado por un momento. Al final, alzando sus hombros, sabiendo que no había nada que perder, le permitió el paso, asegurándose de ir detrás de ella.

—Desde aquí puedo sola —dijo Ivanna sonriendo amablemente.

—Sí usted lo dice...

El hombre se marchó arrastrando sus pies y dejando la puerta entre abierta.

Incomodada por el olor a rancio que emanaba el piso, Ivanna comenzó a subir los escalones de madera que rechinaban haciendo eco en el vacío lugar. Habiéndose previamente percatado de la altura de la ventana, dio con la bodega que buscaba sin mucha dificultad. Abrió la puerta sin cerradura y se encontró con un completo desorden. Una nube de polvo cubría el piso y el ambiente. La habitación era grande y al fondo, detrás de todas esas cosas cubiertas con sábanas que alguna vez habían sido

blancas, estaba la pequeña ventana redonda.

Se acercó un poco más y se encontró con el sofá frente a la ventana, con una pequeña mesa junto y unos binoculares en el piso. Además a contra luz, unas vagas señales de huellas se detallaban sobre la nube de polvo en el piso. Era poco probable que esos objetos hubieran estado desde el inicio allí, de entre todo, eran los únicos sin polvo.

Alguien había estado recientemente en ese lugar y había usado los binoculares, cómodamente sentado sobre ese sofá, frente al departamento de Natalia y ella, lo había notado.

Tomó con su pañuelo los binoculares y con cautela, tomó una muestra de las huellas que encontró.

Dispuesta a salir de allí, dio un último vistazo al sofá y algo muy pequeño llamó su atención, parecía una astilla grande, parecía un pedazo de... ¿piel? Se acercó un poco más achinando sus ojos para mejorar su visibilidad y tomó lo encontrado, guardándolo en un sobre que lo metió en el bolsillo de su chaqueta.

Dejando todo en su lugar, Ivanna brevemente salió con rumbo a su oficina.

Cuando llegó, aún era temprano y había bastante gente allí. Usualmente el lugar estaba lleno hasta altas horas de la noche. Temía toparse con Davide, pero lo que más le preocupaba era lo que haría si las huellas eran de él.

Le pidió a su colega de trabajo y amigo cercano, revisar las huellas y llamarla apenas tuviera un resultado, no sin antes solicitarle total discreción.

Mientras esperaba el resultado, llamó a Davide a su celular, siempre lo hacía y no debía ser esa la excepción, de esa manera no sospecharía más de lo que había sospechado al seguirla ese día a su departamento. Tenía su celular apagado, lo buscó por la oficina y nadie sabía dónde estaba e Ivanna, sin conocer su paradero, se inquietó al pensar lo que estaría haciendo.

Capítulo 8

CAPITULO 8

Davide Ferradini entraba por la puerta de la Iglesia mientras el Padre Francesco finalizaba la misa de la tarde a la que ya no podía rehusarse a efectuar, pese a su estado nervioso.

Davide no dejó notar su presencia hasta que toda la gente salió del lugar. Entonces se acercó hacia el Padre, sin importarle que Samuele estuviera cerca.

—Padre Francesco, debo confesarme —dijo Davide seriamente.

—No es hora de confesiones, pronto cerraremos la iglesia —respondió el Padre tratando de simular sus nervios al estar Samuele observándolos.

—¿Acaso no le concederá un par de minutos a una persona arrepentida? ¿Qué ejemplo le estaría dando al joven Samuele? —preguntó él, volteando a ver su reacción.

Samuele volteó a mirar al escuchar su nombre, coincidiendo con la mirada de Davide y, al conocer de su astucia, solamente mostró una sonrisa fingida y se retiró.

—Al parecer nuestro amigo no sabe quién soy y eso me alegra, pero debo hablar con usted Padre, es importante si no quiere que este último niño muera.

El Padre Francesco esta vez quiso escuchar todo acerca del paradero de este niño, no perdería la oportunidad de salvar a otro pequeño, así que escuchó con mucha atención. Quería además, de alguna manera guiar a la Detective Malagoli, sin necesidad de revelar el secreto de confesión. Lo haría a su manera.

Samuele simulaba barrer el altar mientras miraba de reojo la salida de Davide del confesionario, apenas éste cruzó la puerta de salida de la Iglesia, él se apresuró a llamar a la Detective Malagoli, solicitándole su inmediata presencia, pues sabía que el Padre tenía una nueva misión.

Minutos después, el Padre Francesco salió del confesionario y fue directamente en búsqueda de Samuele. Lo conocía muy bien e intuía que él haría algo al respecto después de haber visto al asesino.

—Samuele, sé de tus sospechas y... Sólo debo pedirte que tengas cuidado, uno nunca sabe de qué son capaces las personas cuando se ven

amenazadas y él, es un Detective, recuérdalo.

Samuele negó con la cabeza mientras miraba al Padre con preocupación.

—Es suficiente, usted no debe cargar con esto solo, puede detenerlo ahora mismo si habla con la Detective Malagoli.

—¡Entiéndelo de una vez, no romperé el secreto de confesión!

—Entonces me lo está asegurando, Davide es el asesino.

El Padre calló y no mostró expresión alguna.

—Padre, Davide causa daño y usted está en el medio, sólo debe decidir qué lado tomará, porque así, usted no está haciendo nada más que apoyándolo a que continúe.

—¡No insistas con tantas tonterías! —replicó el Padre Francesco, retirándose lentamente hacia su habitación. Era evidente su cansancio.

Para cuando Samuele terminó de barrer el altar, la detective Malagoli había llegado a la iglesia y él, la llevó directamente hacia la habitación del Padre.

Se toparon con la puerta abierta, situación que extrañó a Samuele. Poniendo su mano para evitar que él continuara, Ivanna sacó el seguro de su estuche y sostuvo el arma dentro de su chaqueta, colocándose al frente y apegándose a la pared. Asomó su cabeza con sumo cuidado y encontró al Padre sentado sobre su cama, observando a la puerta, parecía haber estado esperándola.

—Buenas noches Detective.

—Padre ¿Está bien? —preguntó Ivanna revisando con su mirada la pequeña habitación—. Sé que Davide estuvo aquí... sé también que usted me dio una pista de la ubicación del último niño, ¡Yo lo encontré Padre! ahora el niño está en la clínica luchando por sobrevivir.

—Hija, quiero que entiendas que el secreto de confesión no puedo romperlo, pero me he decidido a ayudarte de otra manera. No declararé contra Davide, tampoco te contaré lo que me ha dicho, pero podré dejar que me sigas esta noche.

Las palabras del Padre, pese a ella haber tenido casi certeza de la culpabilidad de Davide, le provocaron una decepción que la sintió en la boca de su estómago, una sensación similar a la que se siente cuando se bebe un trago amargo y helado; sintió su saliva bajando por su garganta raspando todo a su paso. Lo que el Padre aseguraba con sus palabras, era

veneno para ella.

—Está bien Padre... —respondió con su sentir —esperaré afuera y lo seguiré esta noche.

—Pero con una condición.

—Lo escucho.

—Quiero que Samuele se mantenga al margen de todo esto, no quiero que sepa lo que vas a hacer porque entonces, él me seguirá también y debo protegerlo a toda costa.

Ivanna asintió con la cabeza, tomando con ternura la mano áspera y arrugada del Padre.

Saliendo de la habitación y ante la mirada atenta de Samuele, Ivanna movió negativamente la cabeza y bajó su mirada, a lo que él entendió que las cosas no habían marchado como esperaban, dejando que la Detective se marchara.

Afuera en su vehículo, esperó por un tiempo prolongado. Encendió la radio al sentir que sus ojos se cerraban, había transcurrido más de una hora y empezaba a impacientarse.

En medio de un bostezo y el sonido moderado de la música, vio a lo lejos a Samuele, saliendo de la Iglesia; corriendo torpemente; tropezando varias veces y con gesto de angustia en su mirada.

Ivanna bajó de su vehículo rápidamente y corrió a darle encuentro.

—¿Qué sucede? —preguntó al alcanzarlo.

Él estaba pálido, temblaba y le costaba hablar. En medio de su momento confuso, se observó las manos empapadas en sangre.

—Es el... el Padre... el Padre Francesco... —titubeaba con dificultad.

Ivanna observaba con cautela de dónde provenía la sangre, mientras lo dejó caer con cuidado al piso.

—No es mía... Él... él... él está muerto —susurró rompiendo en llanto —¡El Padre Francesco está muerto!

Los ojos de Ivanna se abrieron tanto como su boca al escucharlo y dejando a Samuele atrás, entró presurosa, con su arma en mano, por la puerta junto a las gradas de la iglesia, en las que ahora Samuele reposaba

ensangrentado.

Seguidamente en el comedor, encontró al Padre Francesco tirado en el piso, con el cuello cortado y un cuchillo ensangrentado en su mano derecha. Tomó su pulso... era en vano.

Entró para revisar la iglesia y las habitaciones, pero no había rastro de nadie en el lugar.

Volvió a ver al Padre sobre un charco de sangre, ese cuerpo empalidecido que tantas veces había visto; no dejaba de causarle el mismo efecto, la misma sensación de impotencia y cólera.

Se agarró la frente y con furia, golpeó la pared, quedándose un momento apoyada y respirando. Al instante reaccionó y como un resorte se incorporó.

—¡Natalia! —susurró fuertemente.

Corrió hacia afuera, encontrando a Samuele en el mismo mal estado.

Pidiéndole que llamara a la policía mientras corría, subió a su vehículo y arrancó, haciendo rechinar sus neumáticos.

Mientras se dirigía al hospital psiquiátrico, Ivanna recibió la llamada del especialista en huellas para revelar la identidad del hombre que había dejado pistas en los binoculares.

Lo escuchó con atención y su expresión connotaba tanta confusión, pero no tenía tiempo de pensar en eso, su objetivo ahora era salvar a Natalia.

Cuando llegó al hospital, mostrando su placa la dejaron entrar. En ese momento Ivanna no actuaba con cautela, ni esperaba hacer lo correcto, estaba siendo guiada por su intuición y su deseo de esclarecer todo.

La enfermera abrió la puerta de la habitación de Natalia y dejó entrar a la Detective, quien no se molestó esta vez en tratar de hablar con ella; simplemente la tomó por el brazo y levantándola con dificultad, la llevó con ella con la intención de sacarla de allí. Los enfermeros trataron de impedirlo, obligándola a desenfundar su arma y apuntar a todos, abriéndose paso con facilidad. Nadie más se interpuso en su camino.

Sacó a Natalia hasta su vehículo, donde le acomodó en el asiento trasero y sin dejar de apuntar a quienes trataban de detenerla, encendió su vehículo y la sacó de allí.

Durante el camino, Natalia estaba dormida, la medicación que le proporcionaban era lo suficientemente fuerte como para tenerla tan

absorbida, que simplemente actuaba como una marioneta.

Cuando llegaron a casa de la Detective, la recostó en su cama. Ivanna se había percatado de que nadie la siguiera todo el camino y por ahora, estaban seguras. Pero debía volver a la Iglesia.

De vuelta a la escena del crimen, encontró a Samuele sobre la acera de la calle, sentado con su cabeza metida entre sus manos y sus codos apoyados en sus rodillas. Tomó aire y se le acercó colocando la mano sobre su hombro, a lo que él no reaccionó inmediatamente.

El cuerpo del Padre Francesco, dentro de una bolsa negra, estaba siendo trasladado y Samuele, levantando su mirada, con sus ojos enrojecidos y una profunda tristeza, veía cómo el vehículo de la morgue se perdía a la distancia.

—Lo siento mucho Samuele —dijo Ivanna conmovida de verlo así—, sé que esto debe ser difícil para ti...

—El Padre Francesco no se suicidó —respondió él apretando sus puños y con la voz entrecortada—, él no sería capaz de hacerlo.

—Lo sé, pero debemos tener cuidado con lo que decimos, imagino que ya te interrogaron.

—Sí, lo hicieron y dije que lo encontré tirado en el piso, tal como sucedió, sólo omití la parte en que tú entraste, Davide no puede enterarse que tú estuviste aquí.

—Lamento decirte que Davide posiblemente sepa que estuve aquí, por eso tal vez él mató al Padre Francesco...

—En ese caso la víctima debías ser tú...

Ivanna no respondió, aunque sintió su deseo como una punzada en su pecho.

—Lo lamento —continuó Samuele—, no quise decir eso...

—Simplemente no debió haber muerto, no tiene sentido. Comprendo tu pesar. Mira, el Padre iba a guiarme hasta otro niño, por eso lo esperaba aquí afuera... Eso fue un riesgo para Davide.

—Debí haber dejado las cosas como estaban, así él no estaría muerto ahora...

—No lo hagas, no te culpes por ello, ahora debes suponer que el Padre Francesco se suicidó y te debe sorprender la noticia, si Davide sospecha

de ti, tú podrías ser el siguiente.

—Debemos buscar a Natalia...

—Ya lo he hecho y ahora está segura. Debes ir a descansar que por hoy es suficiente —dijo Ivanna poniéndose de pie y despidiéndose de Samuele con unas palmadas en su hombro, dejándolo sentado en la misma acera, solo, con el espacio que necesitaba para reponerse.

Natalia abrió sus ojos con desgano, un fuerte dolor de cabeza y mucho cansancio se apoderaban de ella conforme más consciente estaba. Desconocía el sonido abrupto de un despertador proveniente de alado de la cama donde yacía. Conocía la habitación que vería al abrir sus ojos y se sorprendió al verse en otra. Difícilmente logró ponerse de pie, estaba tan mareada que sentía estar dentro de un barco en alta mar; cruzó la puerta del dormitorio caminando lentamente y agarrándose de las paredes para no caer; las piernas le temblaban haciéndola perder el equilibrio. Se topó con Ivanna en el comedor sirviendo el desayuno.

—Bueno días Natalia ¿Dormiste bien?

—¿Qué estoy haciendo aquí? —preguntó confundida.

—Te he sacado del hospital, corrías peligro en ese lugar y te tengo buenas noticias, al parecer no estás loca...

—Ah, muy bien, pero eso ya lo sabía antes de que me empujaras en la Iglesia para luego encerrarme en un hospital psiquiátrico.

—Perdona, no fue personal, pensaba que realmente estabas enferma... ahora sé que no lo estás.

—¿Cuánto tiempo llevo dormida?

—Desde ayer.

—Y... —continuó sentándose con dificultad en la silla del comedor, tomando su cabeza con una mano, tratando de evitar el mareo —dime ¿Qué sucedió para que corriera peligro o para que cambiaras de opinión sobre mi estado mental?

—Hablé con Samuele y el Padre Francesco...

—¿iEl Padre Francesco ha dicho todo sobre Davide!? —preguntó

levantando su cabeza abruptamente.

—No... no lo hizo, pero me dio una pista que me llevó a encontrar a un niño, de no haber sido así, nunca hubiera creído que Davide estuviese involucrado en todo esto.

—Davide no sólo está involucrado, él es el asesino y únicamente yo y el Padre Francesco lo sabemos, pero como creen que yo estoy loca, tenemos que convencer al Padre para que hable.

—Lo siento Natalia, pero el Padre Francesco murió ayer, supuesto suicidó... realmente él fue asesinado, por eso te saqué del hospital, tú eres la única que conoce la historia de Davide y corrías el peligro de morir también.

—¡Oh, no! ¡No puede ser! y Samuele ¿cómo está? El Padre Francesco era todo para él —preguntó Natalia consternada.

—Él no está bien por ahora, pero lo superará. Ahora quiero saber sobre lo que Davide habló contigo en las sesiones. Lo único que he descubierto es que hay un hombre que te observaba desde el hotel frente a tu casa.

—Sí, me observaba Davide.

—No era él, las huellas digitales que hallé en el lugar pertenecen a otra persona, a un hombre llamado Dario López.

—Imposible, ese es el nombre del padre de Davide y está muerto, él lo asesinó cuando aún era un niño y yo vi a Davide entrando en el hotel la noche en que me escapé de Fabio, sé que era Davide quien me observaba, lo hacía ya desde hace mucho tiempo atrás, por eso conocía todo sobre mí.

—Sabes mucho sobre el tema...

—Si no hubiera sido psicóloga, probablemente hubiera sido Detective —respondió con una media sonrisa.

Ivanna quedó impresionada, suponía que Davide era un asesino, pero nunca imaginó que llevaba ese problema desde niño.

—Debo conocer cada detalle antes de continuar, debo descubrirlo.

—Ya lo intenté Ivanna, él está bien cubierto, por todos lados.

—Fui al hospital en dónde estuvo internado cuando niño, en Barcelona y los archivos desaparecieron. Él médico que lo trató sabe acerca de él, pero está convencido de su salud mental porque Davide engañó a todos para

salir de allí. El verdadero nombre de Davide lo desconozco, sólo sé que por su padre debió apellidarse López.

Ivanna permaneció en silencio, pensaba en encontrar algún cabo suelto en medio de toda esa historia. Ahora sabía que Darío López no existía, pero estaba con las huellas dactilares de Davide, entonces él ¿Con qué huellas dactilares estaba registrado?

La única salida para ese momento en que todos debían estar enterados de que Ivanna había sacado a Natalia del hospital, era hablar con el Jefe Valdini y contarle todo. Éste era un hombre que no confiaba ni en sí mismo, de seguro le daría el paso a la duda.

—Debemos irnos —dijo Ivanna poniéndose de pie—, vendrás conmigo a mi oficina, tengo un plan.

—Pero Davide debe estar allí, si me ven me meterán nuevamente en ese hospital.

—Claro que no, prometo que no lo dejaré. Tengo un plan, puedes ponerte algo de mi ropa y saldremos.

En su vehículo, fueron a la estación de policía. Durante el trayecto, Natalia le terminaba de contar la historia completa de su calvario y todo lo que había sucedido después de que encontró a esa niña en la cabaña abandonada, tenía como testigo del encuentro a Lorena, su mejor amiga, pero ahora no quería involucrarla también a ella en todo el problema.

Todos miraban de pies a cabeza a Ivanna cuando la vieron entrar con Natalia detrás de sí.

En medio camino se topó con Davide, quien les cortó el paso poniéndose frente a ellas.

—¿Podrías explicarme qué demonios haces Ivanna?! —pregunto él mostrando su enfado.

—No tengo tiempo Davide, déjame pasar —respondió ella tratando inútilmente de esquivarlo.

Davide sonrió con su gesto irónico y luego de mirar fija e intimidantemente a Natalia, se hizo a un lado y las dejó continuar con su camino.

Ivanna entró bruscamente a la oficina del Jefe Valdini, presta a inculpar a su compañero.

—¿Qué te sucede Ivanna?! ¿Acaso estás demente? ¡¿Supones que entrando así vas a arreglar el problema que has causado sacando a esa mujer del hospital psiquiátrico?!

—Vengo a acusar a mi compañero, el Detective Davide Ferradini —dijo sin más preámbulos—, por ser el principal sospechoso de todos los asesinatos y desapariciones de los niños que hemos estado investigando, además del asesinato del Padre Francesco, el hombre que suponen se suicidó ayer.

—¿Y bajo qué bases Detective Malagoli?

—Cuento con la palabra de la Doctora Natalia Córdova, quien fue la psicóloga que trató a Davide Ferradini y con el testimonio de dos personas más, de las que prefiero no dar identidades hasta que esto continúe... Natalia encontró a una niña en una cabaña abandonada, lo hizo después de que Davide le dijese que él la secuestró y le diese el paradero de ella...

—¿Te estás basando en la historia de esa mujer?! —interrumpió el Jefe—, quien por cierto no creo deba recordarte de dónde la sacaste.

—No está loca Jefe Valdini, escúcheme ella...

—¡Si vas a venir a acusar a un compañero tuyo o a cualquier persona, de ser un presunto asesino, debes traer las suficientes pruebas para hacerlo! —hizo una pausa tratando de controlarse—. Primero te reportas enferma, das unas huellas digitales al especialista para que las revise sin emitir ni un sólo reporte de ello y después vas al hospital psiquiátrico apuntando con un arma a todos y sacas a esa mujer a la fuerza ¿Te parece que debo escucharte Ivanna?

—He trabajado aquí por 10 años Jefe, tiempo suficiente para demostrar mi profesionalismo, objetividad y seriedad en mi trabajo, ahora le pido solamente que me escuche, hágalo por esos 10 años en los que me he ganado mi puesto.

El Jefe Valdini miró fijamente a Ivanna, calló y suspiró impaciente. Ella tenía razón, Ivanna había sido una excelente Detective, pero así también lo habían sido muchos de su departamento, a quienes les había afectado psicológicamente su trabajo en algún punto. Además Davide del mismo modo, era un Detective ejemplar.

Parecía mantener una discusión interna con él mismo, movía negativamente la cabeza y por un momento permaneció callado. Al final, se sentó y arrimó sus brazos al escritorio.

—Habla, tienes 5 minutos —dijo al fin.

—Las huellas que encontré las saqué de unos binoculares frente a la casa de Natalia, alguien la observaba desde el hotel abandonado y ella afirma que se trataba de Davide. Cuando entregué las huellas para que las revisaran, el resultado arrojó que éstas pertenecían a un hombre llamado Darío López; el nombre del padre de Davide, el cual fue asesinado por el mismo Davide cuando aún era un niño. Davide estuvo internado en un hospital psiquiátrico hasta sus 18 años y cambió su nombre por el que ahora tiene.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó el Jefe sin quitar su expresión de enfado.

—Simplemente lo sé...

—¡No, no! Llevas en este trabajo tanto tiempo ¿Y me respondes "simplemente lo sé"?

—No podemos perder tiempo, las pruebas contundentes se las daré, pero mientras tanto él es el principal sospechoso por la acusación de la Doctora Natalia Córdova...

—¡Una loca!

—Por favor jefe, sólo le pido que revise las huellas de Davide, es todo lo que le pediré por ahora —terminó diciendo Ivanna con mirada suplicante.

El Jefe Valdini debía estar seguro de la verdad, contaba con el don, y la maldición al mismo tiempo, de nunca confiar ciegamente en nadie, así que mandó a llamar a Davide, quien entró tranquilamente a la oficina del jefe.

—¡Tonny! —llamó a un policía próximo a él—, quiero que lleves a Davide con el especialista en huellas dactilares, que le revisen los dedos cuidadosamente y vean que sus huellas coincidan con las de su identidad.

—Claro Jefe —respondió éste volteando a ver a Davide extrañado, pero cumpliendo con lo solicitado, parándose junto a él y tomándolo del brazo.

—¿Por qué lo hace jefe? —preguntó Davide.

—Porque necesito saber algo, ahora no preguntes más y ve con Tonny.

Natalia estaba observando todo y desconfiaba de la posibilidad de que todo eso funcionara, lo poco que conocía a Davide era suficiente para saber que su inteligencia no lo dejaría caer con algo tan pequeño, especialmente por la calma que tenía al ser llevado a revisarle las huellas dactilares, con esa media sonrisa con la que volteó a verla. Parecía

predecirle su fracaso.

Mientras aguardaban por los resultados en la sala de espera de la jefatura, Natalia recordó a Martha, la joven psicóloga que por un tiempo creyó que ella no estaba enferma.

—Debemos buscar el número del hospital psiquiátrico San Lorenzo en Barcelona, debo hacer una llamada —dijo Natalia apresurada.

—¿Es necesario ahora?

—Sí, si Davide se libra de esta, puedo conseguir una coartada, pero debemos salir de aquí a realizar la llamada.

—No podemos —respondió la Detective —¿Ves a esos dos hombres sabuesos allí en la esquina? —señaló sin reparo alguno—, ellos están vigilándonos.

—Entonces debemos buscar el número del hospital desde tu oficina y contarle todo a Samuele, si no podemos salir de aquí, él podrá ayudarnos.

—No lo creo Natalia, Samuele estaba muy afligido con la muerte del Padre Francesco, posiblemente ahora quiera estar al margen de todo esto.

—Lo dudo, especialmente si sabe que el Padre Francesco fue asesinado por el mismo Davide.

Ivanna asintió con la cabeza y se puso de pie, mientras los hombres que las vigilaban también lo hicieron.

—Quietos —dijo Ivanna sarcásticamente con su dedo índice extendido hacia ellos—, sentados... Eso es, buenos chicos, cuando regrese les daré una galleta.

Llevó a Natalia a su oficina cerrando la puerta de vidrio detrás de sí, todos podían verlas pero no escucharlas.

Desde allí se comunicaron con el Hospital Psiquiátrico en Barcelona.

—¡Martha! —dijo Natalia al ser transferida su llamada a la extensión de la psicóloga —soy Natalia, no sé si me recuerdas, estuve en aquel hospital investigando...

—¡Hola! Claro que te recuerdo —respondió ella con una voz gentil en el altavoz del teléfono—, pero dime ¿Estás bien? ¿Ya has salido del hospital?

—Sí, claro, todo fue un mal entendido... sin embargo toda esa historia que te conté sobre el asesino aún no se soluciona y me gustaría contar con un poco de ayuda.

Martha se quedó en silencio por unos segundos.

—¿Hola? ¿Sigues ahí?

—Sí, sigo aquí... Lo siento Natalia... yo... yo no me puedo involucrar en toda esa historia, entiende mi posición por favor, creo que debes buscar ayuda profesional.

—Sé que suena a fantasía, probablemente en tu lugar también lo pensaría así y no dudaría en colgar el teléfono, pero eso haría yo... En cambio tú Martha, sé que no eres el tipo de persona que se ciega creyendo en tan sólo una verdad, eso te convierte en la excelente profesional que eres —prosiguió Natalia con el fin de convencerla—. Sólo te pido una oportunidad, de ti puede depender mucho, por favor ayúdame.

Nuevamente el silencio en la línea se prolongó, donde Martha sólo dejó escuchar su respiración, un tanto más pronunciada.

—Natalia... yo preferiría...

—Hola Doctora Martha, soy la Detective Ivanna Malagoli —interrumpió Ivanna impaciente—, placa número 7853—2; puedes buscarme en internet o llamar a la jurisdicción de Roma si quieres averiguar... Sé que esto suena a locura, para mí lo era hasta que me atreví a dudar, pero ahora necesitamos realmente tu ayuda.

—Detective... bueno yo no sé qué decir, comprendan, esto es nuevo para mí.

—Lo sé Martha y de no necesitar tu ayuda, no me atrevería a buscar tu apoyo.

Martha, la chica más dulce de todo el hospital, le apasionaba su trabajo tanto como a Natalia el suyo, pero sentía que su vida era tan aburrida desde siempre. Nació en Barcelona, se crio en Barcelona, estudió en Barcelona, trabajó en Barcelona y todos sus años los vivió y conoció únicamente su ciudad: Barcelona. La máxima aventura que había tenido en su vida, fue desvelarse hasta las 2 de la mañana en su graduación, y aunque era tan gentil e inteligente, no había conocido a un hombre que la quisiera tanto como para querer compartir su vida con ella, ni lo había buscado en realidad. En todo ese tiempo que mataba sus horas leyendo y estudiando no quería ninguna otra cosa más que viajar y conocer los lugares más recónditos del planeta, esos lugares donde sólo se llega en botes, caminatas largas de tres días, donde la soledad le satisfaga o

conocer al hombre que la apasionara hasta el punto de sentir locura. El Hospital donde trabajaba estaba lleno de personas que en cierta forma se parecían a ella y aunque su deber era velar por su salud mental, a veces parecía que no trataba de curarlos, sino de comprenderlos.

Cuando escuchó que Natalia necesitaba ayuda, pensó que tal vez seguir sus instintos o por último su locura, por una sola vez, no sería más que un acontecimiento emocionante y desconocido para ella en cierta forma y solamente la palabra "aventura" en su cabeza le daba la ilusión de poder vivir algo diferente a esa rutina que parecía eterna y le resultaba torturante.

—Está bien —respondió con un tono suave y casi sin querer decirlo—. ¿Cómo les puedo ayudar desde aquí?

—Necesito que convenzas al Doctor Ramos de que Davide es un asesino —indicó Natalia— sólo él puede probar que se cambió de nombre y que estuvo internado cuando era niño, él sabe toda la historia y si él no habla al respecto, no podremos hacer nada.

Natalia, eso es algo más complicado de lo que parece —respondió Martha volviendo a dudar, pese a su sed de aventura su trabajo le importaba mucho más—. Entiéndeme, tú estuviste aquí internada, no sabes lo que significaría que yo fuera a hablar con el Dr. Ramos acerca de los que él piensa son tus delirios, como si fueran verdaderos.

—Tú conoces más al Doctor Ramos que yo, eso te da la ventaja para tratar de abordar el tema de otra forma, confío en que lo lograrás.

—¿Confías? —preguntó Martha en voz baja, interrumpiendo con un suspiro sus propias frases, dudosa y pensativa—. Escucha, intentaré convencer al Dr. Ramos, aunque es muy difícil que quiera escucharme sobre este asunto, pero si no lo logro, Natalia, te deseo suerte.

—Te agradezco mucho Martha, no te arrepentirás, te lo aseguro.

De esta manera Natalia terminó la llamada con la esperanza de que Martha, a lo lejos lograra ayudarla de alguna manera. Luego llamó a Samuele y le puso al tanto de todo, le habló sobre Martha en España y le pidió que la buscara en caso de que no logran inculpar a Davide.

Esperando impacientemente, después de un par de horas, vieron cómo el jefe Valdini salía de su oficina con los resultados en mano. Llamó a Ivanna y con ella se encerró en su oficina mientras Natalia era vigilada desde más cerca por los dos policías.

No podía escuchar ni ver lo que hablaban Ivanna y el Jefe Valdini, pero después de un largo momento, vio a la detective salir con su cabeza baja, el Jefe Valdini miró a los dos policías que custodiaban a Natalia y les hizo

una seña con la que respondieron agarrándola de los brazos y sacándola de allí a tirones. Fue cuando ella comprendió que todo había salido mal y que había perdido nuevamente la oportunidad de escapar.

—¡Estás suspendida! Y reza porque el director de del hospital no presente cargos por allanamiento —dijo el Jefe apuntando con su dedo amenazador a Ivanna—. Y estarás bajo investigación por la muerte del Padre Francesco.

—Pero yo no...

—¡Estarás bajo investigación! ¡Fuiste vista horas antes con el cura! Pero han dicho que se suicidó.

El Jefe Valdini volvió su mirada eufórica hacia ella, sin lograr amedrentarla.

—¿Quién me vio?! ¡Dígame qué bases tiene para decir tal estupidez!

—¿Estupidez? ¿Tú te atreves a hablar de estupidez?

Ella calló, comprendía que no tenía la situación a su favor.

—Conforme avance la investigación tendrás detalles... ¡Ahora márchate!
—concluyó el Jefe con decepción, suficiente para que Ivanna se marchara con los ojos empapados.

Natalia en cambio, fue llevada de vuelta al hospital psiquiátrico, sin mostrar resistencia alguna. Comprendió que la paciencia debía ser su mejor aliada ahora que volvía al inicio.

—Natalia, entiendo que sea más complicado ahora que te han llevado y has parado tu tratamiento por este corto tiempo, pero puedes estar segura que todo pasará y tú pronto saldrás de aquí, sólo tienes que poner de tu parte —dijo el Dr. Pasquetti al oído de Natalia mientras la llevaba a su habitación.

—Todo el tratamiento que me das es inútil, lo único que harás es dañar mi sa

Capítulo 9

CAPÍTULO 9

Samuele, después de llamar a Ivanna a su oficina y enterarse de su suspensión, actuó inmediatamente. Preparó una pequeña maleta; con sus pocos ahorros, compró un ticket aéreo y emprendió el viaje hacia Barcelona.

Se hospedó en una habitación en el centro de la ciudad y esperó hasta el siguiente día para buscar a Martha en el Hospital Psiquiátrico San Lorenzo, tal como había sido el plan si todo salía mal.

Después de la muerte del Padre Francesco, él había quedado impactado y desde entonces, fragmentos de su vida que lo lastimaban volvían a su memoria, como flashes, una y otra vez.

Samuele había sido abandonado por su padre al nacer. Su madre, devastada y joven, buscó consuelo en el trabajo y lo convirtió en su vicio, gracias a ello su acomodada vida había estado llena de lujos pero vacía de la presencia de su madre, a quien con suerte conseguía ver en navidad. Pasó su niñez bajo el cuidado de su abuela, mujer que le había enseñado los valores que conservaba, pero un mal funcionamiento de su corazón, la quitó de su vida cuando él apenas tenía 15 años.

Esperando que la ausencia de su abuela trajera de vuelta a su madre, durante varios meses la esperó, recibiendo tan sólo una carta con dinero suficiente para su movilidad y estadía en su nuevo hogar, un internado franciscano que costaba mensualmente, más de lo que le hubiera dado a su abuela un funeral y entierro decentes. Se hubiera reusado, la hubiera ido a buscar para reclamarla, pero no había remedio, él no la conocía y ella, probablemente no le importaría, así que hasta sus 17 años pasó recibiendo una carta anual, en la fecha errada de su cumpleaños, ropa de moda y dinero que al guardarlo, se convirtió en una pequeña fortuna sin sentido. Pero él lo entendía, al menos se daba el tiempo de recordarle cada 15 de febrero y no en marzo, o cada que le pedían del internado lo que él necesitaba.

Al salir del internado se mudó de Palermo hacia Roma, donde, después de dedicar su tiempo al arduo trabajo y al estudio, conoció al Padre Francesco. Con él mantenía largas horas de charla, tenían mucho en común y le transmitía esa paz de hogar que buscaba desde niño. Fue así como decidió seguir los pasos del párroco y concluir sus estudios de teología, pese a que su vocación no era la que había escogido... Nunca y nada en su vida había elegido, así que hacerlo, había sido más difícil de lo que él había creído y a veces sentía que erró, como todo aquel que pocas

veces tiene elección, pero el tener cerca al Padre Francesco había sido suficiente para continuar con su aparentemente falsa vocación, suficiente para salvarlo de su solitaria vida. Así terminó tratando de converse a sí mismo que su vida continuaría en la Iglesia, pero las dudas le volvían con más fuerzas ahora que el Padre Francesco se había ido y sobre todo, al reconocer los sentimientos que le producía estar cerca de Natalia.

Muy temprano en la mañana cuando despertó, miró por la ventana, húmeda por el frío exterior. Con un hondo suspiro, se convenció a sí mismo de continuar.

Para hacer un poco de presión psicológica sobre las personas del hospital, usó el hábito de cura que lo tenía guardado y se dirigió hasta el lugar.

Samuele no dominaba el español y conocía poco de la lengua, así que le sería difícil expresar lo que necesitaba.

Al llegar al hospital, con un acento italiano muy pronunciado, preguntó por Martha. Inmediatamente a él se le acercó una joven, delgada y pequeña, con una sonrisa muy servicial.

—Buen día ¿En qué le puedo ayudar Padre? —preguntó ella ante la sonrisa de Samuele, quien encontró gracioso y algo halagador que después de tanto tiempo esperando serlo, lo llamaran “Padre”.

Samuele intentó hablar y aunque sus palabras se confundían con el poco dominio de la lengua, consiguió que la conversación fluyera.

—Mi nombre es Samuele Bianchetti y vine porque Natalia Córdova... ella habló contigo. No encontré pruebas contra Davide Ferradini, la encerraron nuevamente. Yo sé que el Doctor... el Director de este hospital sabe todo de Davide, así que me encantaría hablar con él.

—Ya lo he intentado —respondió Martha afligida—, pero su respuesta es evasiva, el Dr. Ramos lleva trabajando muchos años en este hospital y nunca ha tenido alguna actitud deshonrosa, dudo que de verdad sepa sobre ese hombre al que buscan inculpar.

—Imagino que aún piensas que Natalia está mentalmente enferma ¿verdad? —preguntó Samuele mirándola fijamente a los ojos.

—No la he tratado para dar un diagnóstico, sin embargo he ayudado en lo que he podido, eso muestra que muy en el fondo creo que no está enferma.

—¿Me llevas hasta el Dr. Ramos? Tal vez pueda ayudarme —pidió

Samuele muy educadamente.

Martha accedió y lo llevó hasta donde el Doctor se encontraba.

—Doctor —irrumpió Martha en la oficina del director, abriendo suavemente la puerta de la oficina al ser invitada a pasar—. Le he traído a un sacerdote que necesita hablar con usted.

—¿Un sacerdote? ¿Qué necesita de mí un sacerdote? —cuestionó algo molesto por la presencia inusual.

—Él mismo le hará saber... debo advertirle que es italiano, es probable que se dificulte la comunicación... Si gusta traigo a Sandra, para que traduzca su conversación.

—No es necesario, hablo italiano... —suspiró profundamente y pensó por unos segundos— déjalo pasar...

El Doctor Ramos se sintió curioso por conocer el tipo de caridad que el sacerdote estaba dispuesto a ofrecer o solicitar.

Ya existieron ocasiones en las que les había venido bien la ayuda extranjera, especialmente cuando estaban dispuesto a ofrecer la caridad.

Samuele ingresó al despacho del Doctor, repasando en su mente una y otra vez lo que le diría, no había tenido tiempo suficiente para analizar la situación; su impulsividad, de la que nunca se había dejado llevar, ahora le estaba poniendo en una situación de nervios inesperados, pero se controlaba, era muy bueno en eso.

—Buen día doctor, mi nombre es Samuele Bianchetti —afirmó extendiendo su mano y estrechándola con la del médico.

—Qué curioso, hace poco tuve una visita desde Italia... Dígame en qué le puedo ayudar.

—Hablaré rápido, mi avión está próximo a salir. Hace una semana aproximadamente, la Doctora Natalia Córdova vino a verlo con el fin de encontrar información acerca del Detective Davide Ferradini. Sé que usted lo conoce, sé también que usted se negó a dar los verdaderos archivos del Detective... Sé que usted está tratando de protegerlo, pero Doctor, le aseguro que está cometiendo un gran error. Usted es el único que sabe la verdad sobre ese hombre, aunque desconozca que es un asesino en serie.

—Padre, en primer lugar la Doctora de la que usted me está hablando, está ahora encerrada en un hospital parecido a este. Imagino por mi experiencia, que usted ha venido hasta aquí basándose en lo que ella le

ha contado ¿No le parece inapropiado creerle a alguien que está enferma mentalmente?

—No lo digo sólo por ella, Davide Ferradini mató a un sacerdote, después de mantenerlo buscando niños para salvarlos, aprovechándose de su secreto de confesión para continuar con ese juego. Ese Sacerdote era mi antecesor en la iglesia, casi un verdadero padre para mí.

—Si tienen su testimonio imagino que sería suficiente ¿No es así?

—No, él está protegido... Pero yo sé que él lo mató.

—¿Acaso lo vio? —pregunto irónicamente el doctor.

—Sí, así fue y usted debería tomar conciencia de todas esas víctimas que son tan solo niños ¡Mire! —lanzó sobre el escritorio del psiquiatra, algunos recortes del periódico en el que constaban historias de los niños desaparecidos y de los que fueron hallados muertos—. Eso es lo que usted continuará ocasionando simplemente por su terquedad.

El Doctor Ramos miró los recortes sobre su escritorio sin tomarlos, volvió su mirada hacia Samuele con su ceja levantada, tanto como su arrogancia se lo permitía.

—Salga de mi oficina —masculló entre dientes, apretando su mandíbula—. No quiero escuchar más ridiculeces...

—¿El peor error de un hombre no sería cerrar sus ojos y oídos por miedo a haberse equivocado? —cuestionó Samuele, levantándose de su asiento y colocando su peso sobre su manos, ahora apoyadas al escritorio del médico. Mirándolo fijamente a los ojos.

—Usted es un simple cura, no un doctor. No me sorprende que una psicótica le haya convencido de sus delirios. Después de todo, ustedes sólo viven de hablar del alma y de Dios.

—Cosas que evidentemente le hacen falta conocer mejor, —hizo una corta pausa para controlarse— es extraño cómo usted en su arrogancia se atreve a nombrar a Dios. No sólo de la mente está formado el hombre Doctor, todos tenemos consciencia y aunque para usted sea simplemente una parte del cerebro que se basa en nuestra educación, espero que le deje dormir por las noches —concluyó Samuele, negando con su cabeza y saliendo del lugar, tan a prisa como su rabia controlada se lo permitía.

Quedó tan enfado que prefirió salir del hospital sin si quiera hablar con Martha para agradecerle.

Sin la esperanza con la que había llegado a España, tomó su avión rumbo a Italia, arrepintiéndose de haber cedido a su arrebatado impulso, lo que provocó su ausencia en el velorio del Padre Francesco. Había cambiado la oportunidad del último adiós, por tratar de razonar con un necio.

Parecía que no había forma de cumplir con el plan que había prometido continuar, no hallaba forma de ayudar a Natalia.

De regreso a Italia, Samuele se dirigió a la Iglesia con su maleta en mano; entró por la puerta principal, donde se detuvo un momento a observar el altar. Con un hondo suspiro bajó su mirada, tragó saliva tratando de deslizar el nudo que en su garganta se había atorado, dio media vuelta y caminó lentamente hacia las habitaciones.

Pasó por la habitación del Padre Francesco deslizando sus dedos por la puerta hasta la manija, donde se detuvo vacilante. Dio una media sonrisa y la soltó.

—No seas curioso Samuele —se dijo a sí mismo—. Esta vez lo escucharé Padre Francesco...

Ya en su habitación, no sólo sentía el vacío en su interior, sino también innecesaria su presencia allí. La Iglesia habría conseguido ya un párroco nuevo, en ese punto no le interesaba mucho lo que pudiera suceder con ese lugar, lo único que le importaba de allí, se había marchado para siempre.

Abrió con cuidado su armario, recogiendo su ropa y guardándola en la misma maleta de mano que llevaba consigo, suficientemente grande para que le alcanzara lo poco que tenía.

Tomó sus libros y unas fotografías y las guardó también, parecía muy seguro de su decisión cuando pasó bajo el umbral de su habitación, dejando la puerta abierta detrás de sí, no pensó que sería tan rápida su partida, que su vida cambiaría en tan poco tiempo.

Con maleta en mano y sus ojos humedecidos, Samuele parecía más indeciso cada vez que se acercaba a la salida, recordando a quien supo mostrarle un cariño paternal, a quien le dedicó tiempo, paciencia y le brindó seguridad, al único padre que formó parte de su vida y quien quería que fuera parte de ese mundo al que ahora renunciaba.

Se detuvo un momento, dio media vuelta, como queriendo regresar e inmediatamente volteando nuevamente para retomar su rumbo, estando cerca de la gran puerta de madera de la Iglesia, volvió su mirada por última vez y continuó, hasta que sorprendentemente una voz habló detrás de

él.

—Padre Samuele...

Samuele volteó rápidamente y vio a un hombre en gabardina salir de entre la sombra de la pared.

—Necesito hablar con usted.

—No soy un sacerdote señor, así que no me llame "Padre" por favor —alegó Samuele, manteniendo la calma mientras limpiaba sus ojos con la manga de su camisa.

—Sé que me reconocerá, muchas veces vine a hablar con el Padre Francesco, que en paz descanse... Es una lástima lo que le ocurrió, quién pensaría que un cura se suicidaría.

—Sí, pero más lástima me da del desgraciado que lo mató, porque no sabía que el Padre Francesco era surdo.

—Es para eso que he venido, soy el Detective Davide Ferradini y me gustaría saber todo sobre tus sospechas.

—Ahora estoy de salida —respondió esperando que Davide le abriera paso al haberse ubicado frente a él.

—Veo que llevas maletas ¿Vas a viajar?

—No, en realidad vengo de viaje, de Barcelona para ser exacto, —quedó un momento a la expectativa de la reacción del Detective— y ahora salgo de aquí. No hay nada más que hacer en este lugar.

—¿Qué hacías en Barcelona?

—Visitaba a un conocido... Es un Doctor que trabaja en un hospital llamado San Lorenzo.

—¿A quién conoces de ese hospital Samuele? Tú parece estar muy cuerdo como para conocer alguien así.

Davide lo observaba con mirada penetrante mientras hablaban, no mostraba ninguna emoción como lo esperaba Samuele, ninguna exaltación ni molestia.

—Sólo he dicho que es un hospital ¿Por qué haces énfasis en mi cordura? —cuestionó, desafiándolo de cierto modo.

El Detective quedó callado pero haciendo frente al reto que encontró en las palabras del aún diácono.

—En fin —continuó como si nada—. ¿Ha venido a investigar sobre la muerte del Padre Francesco o a preguntarme sobre lo que hice en mi viaje?

—En realidad, estas preguntas forman parte de la investigación —respondió sacando de su bolsillo una pequeña libreta con su esferográfico y empezando a garabatear.

—No puedo hablar más, llevo prisa, si sé de alguna cosa yo te avisaré —concluyó Samuele, abriéndose camino y saliendo rápidamente, evitando ser detenido nuevamente por Davide.

—Está bien Padre, yo lo buscaré, es muy fácil encontrar a alguien cuando se es Detective.

Samuele continuó con su camino sin responder al comentario de Davide, lo hizo percatándose con el rabillo del ojo, del camino que él tomaba. Entonces cuando se alejó lo suficiente, Samuele decidió dar media vuelta y seguirlo, apostaría todo en ese momento.

Davide, sin percatarse de la alejada pero certera presencia de Samuele, ingresó en un antiguo edificio que llevaba en reconstrucción tanto tiempo, que parecía abandonado, tal y como le gustaban cuando de esconder niños se trataba.

Samuele, inquieto por lo que hacía, estaba muy seguro de que encontraría respuestas muy pronto, así que fue tras de él; pensaba llegar hasta donde le fuera posible observarlo sin dejarse notar.

Llegó hasta la entrada del edificio, pero entonces un miedo poco particular lo envolvió, algo parecido a un presentimiento que lo detuvo allí, frente al agujero que le invitaba a pasar. Sin estar completamente seguro de lo que encontraría y con la inseguridad apoderándose de él, decidió no continuar.

Dio vuelta enfadado consigo mismo por el poco temple de sus nervios. Tomó otro camino y se dirigió a buscar la habitación de un hotel, permanecería en una hasta reanudar su vida.

Estando en su nueva y temporal morada, pensó durante toda la noche. En los pocos minutos que concilió el sueño, le asechaban pesadillas repetitivas del edificio abandonado, Natalia y el Padre Francesco muerto. Sabía que esa pesadilla lo seguiría a donde fuera, sería su compañía hasta el final de sus días si no dejaba de lado sus temores, sentía el tener una responsabilidad en sus manos y aunque trataba de evadirla pensando en

sí mismo como pocas veces lo había hecho, no dejaba de atormentarle.

Al siguiente día, muy temprano decidió volver al edificio. Caminó con prisa mientras guardaba sus manos en los bolsillos de su chaqueta evitando el frío. Se escondió detrás de un muro fuera del edificio y decidió esperar.

Esperó durante tres horas sin resultados, no tenía la costumbre ni la disciplina necesaria para mantenerse de pie durante tanto tiempo, tampoco la paciencia, aunque estaba poniéndola en práctica al esperar durante tanto tiempo. Las piernas le dolían tanto como el rostro entumecido por el gélido viento. Tomó aire profundamente y se impulsó con sus brazos en la pared, como obligándose a sí mismo a entrar, sería la única forma de investigar a profundidad. Así, ingresó al oscuro edificio.

Escuchó susurros a la distancia, una voz que chocaba contra las paredes provocando un eco difícil de localizar. Se dirigió hasta el subsuelo siguiendo el murmullo. Desde una plataforma de metal a la que llegó, ubicada en la parte superior, vio a un hombre de espaldas; por la gabardina y la textura reconoció a Davide, quien sacó de su bolsillo un pedazo de pan e hincándose, abrió un costal que yacía en el piso.

—Toma niño —masculló dejando escuchar retumbar sus susurros en el vacío y grand elugar; sacando del costal a un pequeño asustado y un tanto desorientado—no te quiero ver muerto aún, pese a que tal vez nunca te encuentren a partir de hoy.

Samuele ya lo imaginaba, esperaba encontrar algo parecido o peor, pero nunca imaginó la sensación que ver tal cosa le ocasionaría. Con sus emociones confusas, mezcla de ira y temor; sus manos sudorosas y su impotencia ante todo, quedó inmóvil detrás de las sombras que lo ocultaban.

Poco después, cuando su cuerpo se lo permitió, retiró su mirada de la escena y salió sigilosamente de ese lugar. Se dirigió hasta un piso superior; aún afligido y con la rabia fluyendo por su sangre, sacó su celular y se comunicó con la Jefatura de Policía, solicitando hablar directamente con el Jefe Valdini.

Era tan complicado hablar con ese hombre que tuvo que pasar un poco de filtros antes de conseguirlo y cuando al fin lo atendió, Samuele le pidió que fuese hasta ese lugar, alegando que encontraría pistas del asesino de niños y sobretodo, al asesino mismo. Evitó el interrogatorio, colgando la llamada antes de que no quedara convencido. Él lo esperaría afuera del edificio.

Rápidamente el Jefe Valdini llamó a Davide, su Detective a cargo del caso, pero no tuvo respuesta inmediata, así que llevó a tres de sus policías con él y emprendió camino hacia la dirección indicada por el extraño al

teléfono.

El Jefe no dejaba de pensar que había mucha gente hablando de ese caso, parecía haber traspasado la frontera de la confidencialidad. Era evidente que tendría problemas y se los esperaba, estaba muy bien preparado para lo que vendría: el peor panorama de pánico colectivo por un asesino en serie de niños. Por eso, no hacía caso omiso a cualquier llamado referente al caso, de lo contrario podía parecer inseguro o despreocupado y de eso, en su jefatura, nadie le culparía jamás. Además, pese a los años de trabajo, él conocía muy bien su deber servicial.

Para cuando llegaron y vieron a Samuele parado fuera del edificio, el Jefe Valdini creyó haberlo visto en alguna ocasión, su rostro le resultaba tan familiar que le molestaba no reconocerlo del todo, no descifrar de dónde o cuándo, aunque de entre tantos rostros que pasaban por la Jefatura de Policía, era incoherente demandarse a sí mismo ser tan preciso.

Sin mucho preámbulo, se acercó a Samuele y él lo llevó con mucho cuidado para no ocasionar ruido alguno que pusiera en alerta al asesino, mientras los otros tres policías buscaban más puertas para cubrir.

Desde lejos, el jefe Valdini pudo ver a un hombre hincado, amarrando un costal que se movía y de donde salían ligeros gemidos de niño, percibiendo así que en efecto, se trataba de algo inusual.

Sin perder más tiempo, tomó su arma y con voz firme y amenazante se dirigió al misterioso hombre: "¡Suelta lo que tienes, voltea lentamente con tus manos donde las pueda ver! ¡Hazlo o disparo!".

Bajó de lado los escalones metálicos que daban conexión al piso con la plataforma, manteniendo firme el revolver en sus manos.

El hombre soltó el saco como le había sido pedido; sin voltear se quedó inmóvil, con las manos arriba, mientras lentamente el Jefe Valdini se iba acercando, tratando sobretodo, de ver el rostro del sospechoso.

En un brusco e impredecible movimiento, mientras el Jefe Valdini estaba más cerca, el hombre misterioso se agachó, rodó en el piso y corrió, saliendo por una puerta que estaba junto a él y que en la oscuridad del lugar, había pasado desapercibida. El Jefe Valdini corrió detrás de él, mientras Samuele bajó de la plataforma con prisa y se acercó hasta el costal, lo abrió y sacó al asustado niño. Estaba en buen estado, con sus pies y manos atados y su boca sellada con cinta de embalar. El pequeño al que ahora liberaba, tenía aproximadamente 5 años, sus ojos llenos de lágrimas y el terror reflejado en su mirada, cosa que Samuele percibió en una muy breve pausa que dio mientras lo desataba y le provocó un vuelco

del corazón.

Con un nudo en su garganta lo agarró en brazos y lo sacó de allí a prisa.

Afuera estaba un policía, vigilando aquella salida; entre Samuele y él socorrieron al niño mientras esperaban que llegara la ambulancia.

Samuele se impacientaba cada vez más, la angustia le aumentó cuando escuchó un disparo proveniente del edificio. No quiso esperar y corrió detrás del policía que ante el disparo acudió para ayudar, pero al instante vieron al Jefe Valdini regresar agitado, junto a los dos policías. Llegaban con esa expresión de decepción a la que temía tanto.

—¿Ahora creerá que Davide está involucrado en todo esto? —preguntó Samuele al Jefe Valdini mientras el lugar se llenaba de policías y gente de criminalística.

—¿Lo conoces?

—Sí, por eso supe a quién llamar.

—¿Cómo sabes que era él? ¿Cómo alcanzaste a verlo?

—Ayer lo seguí hasta aquí y...

—¿Y ahora recién nos llamas?

—No... ayer no entré, sólo lo seguí hasta aquí y esta mañana volví para ingresar, es ahí donde lo vi de lejos.

—Bien, deberás venir con nosotros a dar tu declaración —afirmó el Jefe Valdini mientras llamaba con su mano a uno de sus policías— ¿Cómo conoces a Davide?

—Es una historia muy larga...

—Cuéntamela —pidió el Jefe mientras se arrimaba en la pared, aun intentando recuperar el aliento.

—Soy... bueno, era el sucesor del Padre Francesco en la Iglesia de San Benedetto y... soy amigo de Natalia Córdova

— ¡Ah! ¿Tú también estás dentro del grupo de los seguidores de la Doctora Córdova?

—¿De qué está hablando?

—Dime algo... ¿Samuele cierto? ¿Viste el rostro de ese hombre? ¿O te estás basando en tu presentimiento?

—Ya le dije, ayer seguí a Davide hasta aquí, luego de que él viniera a investigar sobre la muerte del Padre Francesco y...

—...Y no entraste, pero ahora, esta mañana ¿viste que se trataba de Davide?

—No hizo falta verle el rostro, pero estoy seguro que se trataba de Davide Ferradini.

—Entonces, no lo viste...

—No, pero ustedes lo vieron. Además es inconfundible.

—Inconfundible es una persona a quien se le ve el rostro o de quien sean las huellas que están en ese costal, el hombre no usaba guantes. De todas formas darás tu declaración.

—Espere... ¿Usted lo vio cierto?

El Jefe Valdini calló, mirándolo con cierta decepción.

—No Samuele, no lo vi, pero las pruebas nos dirán de quién se trata... ahora —se incorporó agarrándose del cuello notoriamente adolorido—, deja todo en nuestras manos, no quiero que te involucres en esto tú también.

Entre la plática del Jefe Valdini con Samuele, vieron llegar a Davide, pasaba junto a ellos con suma seriedad y sin si quiera regresarlos a ver.

—Detective Ferradini ¿Qué haces aquí? —Le preguntó el Jefe llamando su atención hacia ellos.

—Disculpe Jefe, no lo vi... He venido al escuchar la llamada —contestó con naturaleza.

—¿Dónde escuchaste la llamada?

—Pues... en la radio.

—Sorprendente, al fin has llevado la radio contigo, pensé que no te gustaba cargarla pues emitía mucho ruido según tú — se notó lo irónico en su tono.

—La llevo conmigo nuevamente y por lo visto me ha servido, nadie me ha llamado esta vez para que venga a investigar, siendo que este es mi caso.

—Detective Ferradini, yo llamé a tu celular sin servicio y si no estabas trabajando en la oficina ¿Dónde estabas?

—Estaba camino a la oficina cuando escuché lo que sucedía.

—Pero has tardado mucho, demasiado diría yo —alegó el Jefe Valdini mirándolo fijamente a los ojos y mostrando su usual desconfianza.

—¿A qué se debe su pregunta Jefe? ¿Acaso está dudando de mí? ¿O es este hombre —apuntó con su dedo firme frente a Samuele— le ha estado hablando sobre los delirios de Natalia?

—Deja de decir tonterías. Este caso se está complicando demasiado con tanta gente diciendo teorías varias, sabemos que mientras no haya pruebas, no tienen valor pero en todo este embrollo siempre estás tú Davide, te has convertido en el centro de atención de todos, así que para mayor seguridad tuya y de los involucrados, será mejor que no te encargues más de este caso.

—¡No puede sacarme del caso sólo por los rumores que hay!

—Claro que puedo, y lo estoy haciendo. También quiero que vayas a tu casa y descanses por al menos dos semanas.

—¿Me está suspendiendo por dos semanas?!

—Llámalo como quieras, no te quiero en la oficina por ese tiempo, tomate vacaciones si es el caso. Has llamado demasiado la atención, nunca te reportas e hiciste investigaciones de lo que no te concierne.

—¿Cuál investigación?

—Del suicidio del Padre de la Iglesia de San Benedetto. Hay suficientes razones para suspenderte sin paga y por más tiempo, sin embargo te estoy simplemente enviando a casa, a que te des unas vacaciones de dos semanas.

Davide respiró profundo empuñando sus manos, miró su reloj y en un segundo, cambió de actitud, repentinamente.

—Está bien, está bien, Jefe —dijo más calmo—. Sabe dónde me puede encontrar si me necesita. Tomaré esas dos semanas para dedicar todo mi tiempo a las cosas que más me gustan hacer —concluyó mostrando su sonrisa escalofriante dirigida hacia Samuele y dando vuelta se marchó,

caminando lentamente.

Samuele lo observó hasta que se perdió por entre los edificios.

—Quiero dar mi declaración Jefe Valdini —dijo tocando el hombro del jefe para que volteara—, yo he visto quién entró en este lugar, estoy completamente seguro de que Davide está involucrado.

—Te he dicho que la darás hijo... ¿iHay alguien en este maldito lugar que me obedezca!? —gritó furioso al no encontrar quien llevara a Samuele a la Jefatura—, pero te advierto que mientras no haya pruebas, no habrán acciones, pues tú y la Detective Malagoli, están involucrados con Natalia, quien bajo diagnóstico médico está encerrada en un hospital psiquiátrico.

—Comprendo, pero ayudaré de todas formas.

—Ahora ve al automóvil con Tonny —afirmó el Jefe señalando al policía que se acercó ante el grito dado segundos antes— te llevará a dar la declaración de los hechos.

Pese a conocer el peligro en el que estaba envuelto, su único afán era sacar a Natalia del hospital psiquiátrico y encerrar a Davide, especialmente después de lo que presenció.

Durante el camino que lo llevaba al departamento de policía, la imagen de aquel niño envolvía sus pensamientos. Pensó en el sufrimiento que debieron haber padecido sus padres y estos pensamientos se ligaron con sus propias emociones.

Entonces pensó en el inmenso sufrimiento que todos somos capaces de causar, sin necesidad de matar o torturar. Cada pena encerrada en el corazón de todo el mundo por causa de la falta de amor, compasión, piedad, raciocinio... “Que inciertos nos ha hecho” —pensó desconcertado, casi dudando de sus propias creencias.

Los especialistas de criminalística encontraron huellas digitales en el costal y en algunas bolsas de plástico que estaban regadas por el piso. Llevaron las huellas a examinarlas y eso, como todo, tomaría un poco más de tiempo.